

Papá Noel también fue joven

El chico que salvó la NAVIDAD



MATT HAIG

Ilustraciones de CHRIS MOULE

se

Lectulandia

Estás a punto de descubrir la auténtica historia de Papá Noel. Una historia en la que la magia es real y todo, incluso lo más insólito... es posible.

Nicolás era un chico que no tenía regalos en Navidad, y a pesar de que vivía muy humildemente, era feliz. Hasta que su padre decidió emprender un largo viaje para obtener una recompensa y salir de la pobreza... Empeñado en reunirse con su padre, Nicolás atraviesa bosques y montañas nevadas en un recorrido fascinante que le llevará a la tierra de los Elfos. Allí conocerá sorprendentes personajes y vivirá aventuras que desafiarán su imaginación, para comprender al fin cuál es la magia de la Navidad... y cómo salvarla.

Matt Haig

El chico que salvó la Navidad

Navidad - 1

ePub r1.0

Titivillus 17.11.2021

Título original: *A Boy Called Christmas*

Matt Haig, 2015

Traducción: Elda García-Posada

Ilustraciones: Chris Mould

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

Aa

A Lucas y Pearl



Impossible:

Una antigua palabrota élfica

Un niño normal y corriente



stáis a punto de leer la verdadera historia de Papá Noel.

Sí. Papá Noel.

Puede que os preguntéis cómo es que conozco la verdadera historia de Papá Noel; a lo que os contestaré que, en realidad, no deberíais preguntaros tal cosa. Por lo menos, no por ahora, al comienzo del libro. Para empezar, no es de muy buena educación. Lo único que debéis hacer es asumir que es cierto, que conozco la historia de Papá Noel; de lo contrario, ¿por qué habría yo de escribir sobre ella?

Tal vez vosotros no lo llamáis Papá Noel.

Puede que lo llaméis de otra manera.

Por ejemplo, Santa Claus, o Santa, o San Nicolás, o Viejito Pascuero, o Colacho, o Pare Noel, o Pai Nadal, o incluso, quizá, «El estrafalario barrigudo que habla con los renos y me hace regalos». Puede que, a lo mejor, solo en broma, le hayáis puesto un mote inventado por vosotros mismos. No obstante, si fuerais un elfo, lo llamaríais siempre Papá Noel. Fueron los duendes (que, como veremos, son muy distintos de los elfos), los que empezaron a llamarlo Santa Claus, y este nombre se propagó: así son los duendes, unos pillos a los que les encanta liar las cosas.

Pero sea cual sea el nombre por el que lo conozcáis, sabéis a quién me refiero, y eso es lo que importa.

¿Me creeríais, no obstante, si os dijera que hubo un tiempo en que nadie lo conocía? ¿Un tiempo en que era tan solo un niño normal y corriente? Un niño llamado Nikolas, que vivía en medio de la nada (o, para ser más exactos, en medio de Finlandia) y que, aunque creía en la magia, no tenía ningún poder. Un niño que apenas sabía cosa alguna sobre el mundo a su alrededor, más allá de las historias que le contaban sus padres, el sabor de la sopa de champiñones y el frío de los vientos del norte. Y que para jugar solo tenía un muñeco hecho con un boniato.

Sin embargo, la vida estaba a punto de cambiar para Nikolas de una forma que él jamás habría podido imaginar. Muchas cosas iban a empezar a pasarle.

Cosas buenas.

Cosas malas.

Cosas imposibles.

Aunque, bueno, si sois una de esas personas que creen que ciertas cosas son imposibles, lo mejor será que dejéis este libro ahora mismo. Está claro que no es para vosotros.

Porque este libro está lleno de cosas imposibles.



*¿Aún seguís leyendo?
Bien. (Los elfos se sentirían orgullosos de
vosotros).*

Empecemos pues...

El hijo del leñador



ues bien: Nikolas era un niño feliz. Bueno, en realidad, no.

Si hubierais tenido la ocasión de preguntarle por aquel entonces, él os habría dicho que sí que lo era, y lo cierto es que, de hecho, intentaba serlo. Sin embargo, la felicidad es algo a veces bastante engañoso. Supongo que lo que quiero decir es que Nikolas era un niño que creía en la felicidad, igual que creía en duendes, elfos y troles. Aunque, del mismo modo que nunca había visto un solo duende, elfo o trol en su vida, tampoco se podía decir que hubiera conocido la felicidad propiamente dicha. O, si alguna vez la había llegado a conocer, hacía mucho tiempo que no la experimentaba. Ciertamente, no se lo habían puesto fácil. Fijémonos, por ejemplo, en lo que pasaba al llegar las Navidades.

Esta es la lista completa de regalos que Nikolas había recibido por Navidad en toda su vida:

1. Un trineo de madera.
2. Un muñeco hecho con un boniato.

Ya está. Eso era todo.

La verdad es que, a sus once años de edad, Nikolas llevaba una vida dura; a pesar de que él intentara disfrutarla lo máximo posible.

No tenía hermanos ni hermanas con los que jugar, y el pueblo más cercano, Kristiinankaupunki, estaba a un buen trecho de distancia. Se tardaba en llegar a él aún más incluso de lo que se tarda en pronunciar su nombre. Además, por otro lado, tampoco es que hubiera demasiado que hacer en Kristiinankaupunki, excepto ir a la iglesia o mirar el escaparate de la tienda de juguetes.

—¡Papá! ¡Mira! ¡Un reno de madera! —solía exclamar con excitación Nikolas apretando la nariz contra el cristal.

O bien:

—¡Mira! ¡Un elfo de juguete!

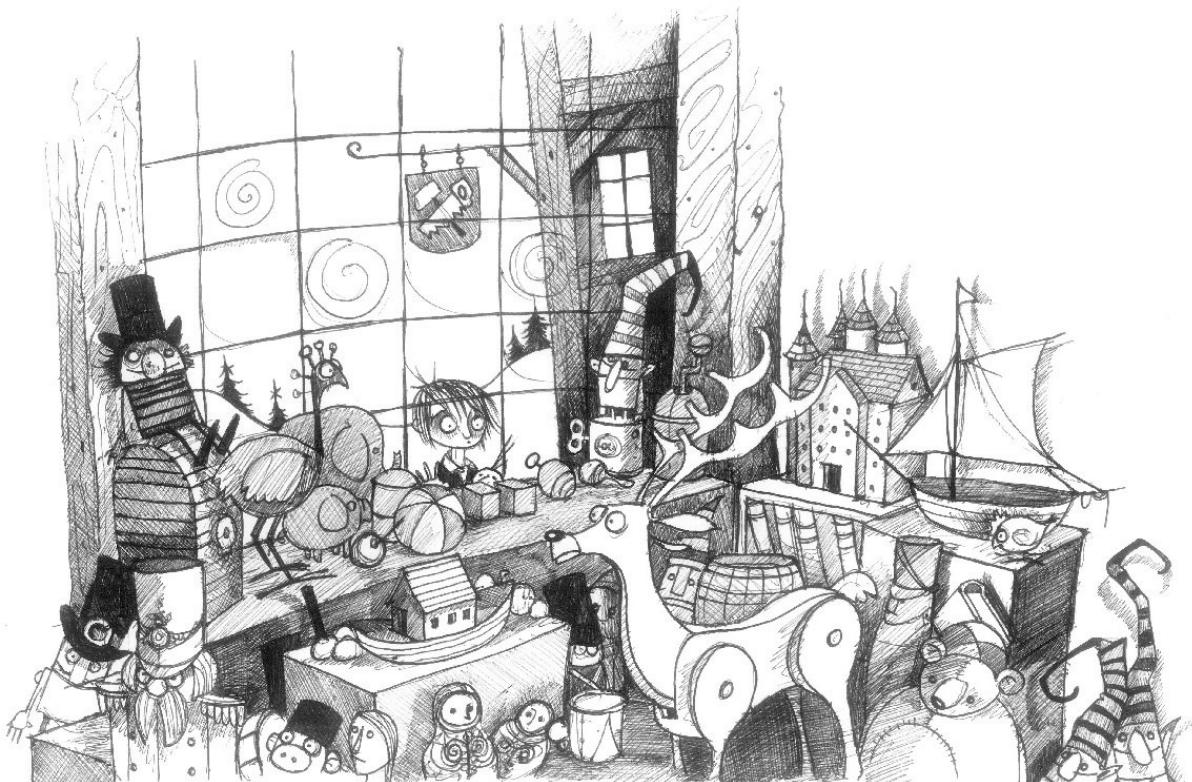
O tal vez:

—¡Mira! ¡Un peluche del rey!

Una vez incluso llegó a preguntar:

—¿Me puedes comprar uno de esos muñecos?

Levantó la mirada hacia el rostro de su padre. Un rostro alargado, con anchas y profusas cejas y la piel más acartonada que unos zapatos viejos bajo la lluvia.



—¿Sabes cuánto valen? —preguntó a su vez su padre, que se llamaba Joel.

—No —respondió Nikolas.

Entonces, su padre levantó la mano izquierda y estiró los dedos hacia arriba. Solo tenía cuatro dedos y medio en dicha mano debido a un accidente que había sufrido con un hacha. Un accidente horrible que hizo correr la sangre a raudales. Pero lo mejor será que no nos detengamos demasiado en el tema; a fin de cuentas, esta es una historia navideña.

—¿Cuatro rublos y medio?

Su padre frunció el ceño con gesto contrariado.

—No. No. Cinco. Cinco rublos. Cinco rublos por un elfo de juguete es demasiado. Podríamos comprarnos una cabaña por ese dinero.

—Yo pensaba que las cabañas valían más de cien rublos, ¿no, papá?

—No pienses tanto, Nikolas.

—Creía que habías dicho que debía pensar por mí mismo.

—Esta vez no —repuso Joel—. Además, ¿para qué necesitas un elfo de juguete si ya tienes el muñeco que te hizo tu madre? ¿No puedes hacer como que es un elfo?

—Sí, papá, por supuesto —contestó Nikolas, al que no le gustaba hacer enfadar a su padre.

—No te preocupes, hijo. Trabajaré tan duro que algún día seré rico y podrás tener todos los juguetes que quieras, y nos compraremos un caballo de verdad, y tendremos nuestro propio carromato, y entraremos en el pueblo subidos en él, ¡como un rey y su príncipe!

—No trabajes demasiado duro, papá —dijo Nikolas—. Tienes que tener tiempo para jugar también conmigo de vez en cuando. Además, yo soy feliz con mi Boniatillo.

No obstante los ruegos de su hijo, Joel trabajaba duro. Talaba madera todos los días, durante toda la jornada. Comenzaba a trabajar tan pronto como amanecía y no paraba hasta que se hacía de noche.

—El problema es que vivimos en Finlandia —le explicó su padre el mismo día en que comienza nuestra historia.

—¿No vive todo el mundo en Finlandia? —preguntó Nikolas.

Era temprano. Habían salido en dirección al bosque, pasando junto al viejo pozo de piedra al que nunca se atrevían a dirigir la mirada. El suelo estaba cubierto por una fina capa de nieve. Joel llevaba el hacha a la espalda, y la hoja centelleaba bajo los rayos de sol de aquella fría mañana.

—No —respondió Joel—. Hay gente que vive en Suecia. Y hay unas siete personas que viven en Noruega. Puede que ocho, incluso. El mundo es un lugar muy grande.

—Entonces, ¿cuál es el problema de vivir en Finlandia, papá?

—Los árboles.

—¿Los árboles? Creía que te gustaban los árboles, y que por eso los talabas.

—Es que hay árboles por todas partes. De modo que nadie paga mucho por...

De repente, Joel dejó de hablar y se dio la vuelta.

—¿Qué pasa, papá?

—Me parece haber oído algo.

Sin embargo, no vieron nada de particular, salvo abedules, pinos, arbustos y matorrales. Un pajarillo de color rojo se posó sobre una rama.

—Seguro que no ha sido nada —continuó su padre, poco convencido.

Joel levantó la vista hasta la copa de un pino gigante y, apoyando una mano contra la rugosa corteza del árbol, dijo:

—Este es.

Acto seguido, comenzó a talar, y Nikolas, por su lado, se puso a buscar setas y bayas silvestres.

Tan solo había recogido un champiñón cuando, de repente, vislumbró un animal en la distancia. A Nikolas le encantaban los animales; aunque, por norma general, los únicos que veía eran pájaros, ratones y conejos, y de vez en cuando, si acaso, un alce.

Sin embargo, este era bastante más grande y más fuerte.

Un oso. Un oso pardo gigante, como tres veces el tamaño de Nikolas. Allí estaba, de pie, erguido sobre sus patas traseras, metiéndose en la boca puñados de moras y otras bayas con sus enormes zarpas. Según se iba acercando para verlo mejor, el corazón de Nikolas comenzó a latir a toda velocidad, como con un redoble de tambor.

Caminó despacio en dirección al animal hasta quedar bastante cerca de él.
«¡Yo conozco a ese oso!», se dijo Nikolas.

En el mismo y terrorífico instante en que se dio cuenta de que conocía a aquel animal, el chico pisó una ramita, que se rompió con un sonoro chasquido. El oso se volvió y se quedó mirándolo directamente a los ojos.

De repente, Nikolas sintió que algo lo agarraba del brazo con fuerza. Se dio la vuelta y vio a su padre, que lo miraba con severidad.

—¿Qué estás haciendo? —bufó—. Te va a matar.

Su padre lo tenía sujetado con tanta fuerza que le hacía daño. Luego, lo fue soltando poco a poco.

—Has de ser uno con el bosque —le susurró Joel.

Esta era una frase que siempre pronunciaba cuando acechaba algún peligro. Nikolas nunca sabía qué quería decir. Permaneció inmóvil sin hacer un solo ruido, petrificado. Aunque ya era demasiado tarde.



Nikolas recordó cuando tenía seis años y estaba con su madre: su alegre y cantarina madre de mejillas sonrosadas. Habían salido a coger un poco de agua del pozo cuando, de repente, vieron exactamente al mismo oso que, en ese momento, él y su padre tenían delante. Su madre le ordenó aquel día que saliera corriendo en dirección a la cabaña, cosa que Nikolas hizo de inmediato. Ella, en cambio, se quedó allí.

Nikolas observó cómo su padre agarraba el hacha con más firmeza, aunque también se percató de que le temblaban las manos. Apartó a Nikolas y lo colocó a su espalda, por si acaso al oso se le ocurría cargar contra ellos.

—Corre —dijo entonces su padre.

—No. Yo me quedo contigo.



No estaba muy claro si el oso iba a ponerse a perseguirlos. Es posible que no. Probablemente fuera demasiado viejo ya para semejantes esfuerzos. Pero lo que sí hizo fue rugirles bien fuerte.

Entonces, justo en ese preciso momento, Nikolas sintió un objeto silbante que pasaba junto a su oído a toda velocidad. Un instante después, una flecha con plumas grises en el extremo del astil se clavó en un árbol, justo al lado de la cabeza del oso. El animal se puso a cuatro patas y salió huyendo colina abajo.

Nikolas y Joel volvieron la mirada para ver quién había disparado la flecha, pero no vieron más que pinos.

—Debe de haber sido el cazador —dijo Joel.

Una semana antes, habían encontrado un alce herido por el mismo tipo de flecha, con plumas de color gris en el astil. Nikolas había convencido a su padre para que ayudara a aquella pobre criatura, y lo había observado con atención mientras este cogía algo de nieve y cubría con ella la herida del animal antes de extraer la flecha.

Los dos siguieron escudriñando entre los árboles. Oyeron el crujido de unas ramas al romperse, pero no vieron nada.

—Muy bien, Noel, vámonos —decidió Joel.

Hacía muchísimo tiempo que no lo llamaba de aquell manera.

En los viejos tiempos, su padre solía divertirse poniendo moteos graciosos a todo el mundo. A la madre de Nikolas la llamaba Mollejita, a pesar de que su nombre real era Lilja. A su vez, llamaba Noel, que significa Navidad, a Nicolás, ya que había nacido ese día. E incluso grabó ese nombre en el respaldo de su trineo.

—Míralo, Mollejita: nuestro regalo de Navidad, nuestro pequeñín Noel.

Ya casi nunca lo llamaba de ese modo.

—No se te ocurra volver a ponerte a espiar a ningún oso, ¿de acuerdo? Acabarás despedazado. Tú quédate cerca de mí. Está claro que aún no eres más que un niño.

Al cabo de una hora, más o menos, después de que Joel hubiera estado cortando madera sin parar ni un solo instante, se sentó sobre el tocón de un árbol talado.

—A lo mejor podría ayudarte —se ofreció Nikolas.

Su padre levantó la mano izquierda.

—Esto es lo que pasa cuando los niños de once años manejan un hacha.

De modo que Nikolas siguió mirando hacia abajo buscando champiñones y preguntándose si a sus once años iba a saber alguna vez lo que era la

diversión.



La cabaña y el ratón

La cabaña en la que vivían Nikolas y Joel era la segunda más pequeña de toda Finlandia.

Solo tenía una habitación. De modo que el dormitorio era también la cocina, el cuarto de estar y el baño.

Bueno, para ser exactos, no había baño. Ni siquiera retrete. El retrete era un enorme y profundo agujero horadado en la tierra en el exterior de la cabaña. Tenía dos camas, con colchones hechos de pluma y paja. El trineo lo dejaban fuera; sin embargo, Nikolas ponía siempre a Boniatillo junto a la cama para que le recordara a su madre.

A él, realmente, no le preocupaba el tamaño de su casa. No importa lo pequeñas que sean las cosas cuando se posee una gran imaginación. Y Nikolas la tenía: pasaba todo su tiempo soñando despierto y pensando en seres mágicos, como los duendes y los elfos.

Su momento favorito del día era cuando se iba a la cama, porque entonces su padre le contaba una historia. Había también un pequeño ratoncito de color marrón, al que llamaba *Miika*, que solía colarse en el cálido interior de la cabaña y se ponía también a escuchar.



Bueno, la verdad es que a Nikolas le gustaba pensar que *Miika* escuchaba, aunque, en realidad, la única fantasía de la minúscula criatura giraba en torno a un trozo de queso. Lo cual era mucho fantasear, ya que *Miika* era un ratón de bosque y no había vaca ni cabra alguna por los alrededores; por lo que era harto improbable que hubiera visto u oido (y ya no digamos saboreado) queso alguno en su vida.

Sin embargo, como todos los ratones, *Miika* creía en la existencia del queso, y tenía la certeza de que este le sabría de rechupete si algún día tenía la ocasión de hincarle el diente.

En cualquier caso, Nikolas se tumbaba allí, bajo la acogedora calidez de sus sábanas y su mantita, y escuchaba atentamente las historias que le contaba su padre. Joel siempre parecía cansado: tenía unas ojeras cuyos surcos parecían multiplicarse cada año, como los anillos de los troncos de los árboles.



—Muy bien —dijo su padre aquella noche—. ¿Qué historia quieres que te cuente hoy?

—Quiero que me cuentes una de elfos.

—¿Otra vez? Te llevo contando historias de elfos, noche tras noche, desde que tenías tres años.

—Por favor, papá. Sí. Háblame de ellos.

Así pues, Joel volvió a contarle una historia sobre los elfos del Lejano Norte, los cuales vivían más allá de los confines de la única montaña de Finlandia, una montaña secreta cuya existencia mucha gente ponía en duda. Los elfos vivían en una tierra mágica, en un pueblo cubierto de nieve llamado Elfhelm, que se hallaba rodeado por las llamadas Colinas Boscosas.

—¿Existen de verdad, papá? —preguntó Nikolas.

—Sí. Yo nunca los he visto —respondió su padre con sinceridad—, pero yo creo que sí existen. A veces, creer en algo es tan importante como saberlo con certeza.

Nikolas asintió. Aunque *Miika*, el ratón, no estaba muy de acuerdo; o mejor dicho, no lo habría estado si hubiese podido entender algo de lo que hablaban. Si así fuera, seguramente hubiera manifestado: «Prefiero saborear un buen queso de verdad que uno imaginado».

A Nikolas, en cambio, le bastaba con creer en ello.

—Sí, papá, sé que creer en algo es tan importante como saberlo con certeza. Yo creo que los elfos son buenos. ¿Y tú?

—Sí —afirmó Joel—. Y van vestidos con ropas de muchos colores.

—¡Tú llevas ropa de muchos colores, papá!

Era cierto. Sin embargo, en el caso de Joel era porque su ropa estaba confeccionada con los jirones que le sobraban al sastre del pueblo y que este le daba gratis. Con ellos se había hecho unos pantalones de retales multicolor, así como una camisa verde y —lo mejor de todo— un gorro de trapo rojo con un ribete blanco de piel y una borla de algodón también blanca cosida a un extremo.

—Ah, sí, pero la mía es vieja y harapienta. La ropa de los elfos siempre está limpia y nueva, y...

De repente se calló.

Entonces se oyó un ruido fuera.

Un momento más tarde, llamaron con fuerza a la puerta tres veces.

El cazador

—ué raro... —dijo Joel.
—Puede que sea la tía Carlotta... —replicó Nikolas, deseando para sus adentros, en realidad, que no fuera la tía Carlotta por nada del mundo.

Joel se aproximó a la puerta. No le costó mucho: tan solo tuvo que dar un paso para hacerlo. Abrió y apareció la figura de un hombre en el umbral.

Un hombre alto, fuerte, de hombros anchos, mandíbula cuadrada y pelo pajizo. Tenía los ojos azules y brillantes, olía a heno, y por su aspecto general daba la impresión de que tenía más fuerza que veinte caballos juntos. O que medio oso pardo. Parecía lo bastante robusto como para levantar él solo la cabaña del suelo si se lo propusiera. Sin embargo, aquel día no había venido hasta allí para levantar ninguna cabaña del suelo.

Los dos reconocieron las flechas con las plumas grises que llevaba el hombre a la espalda.

—Es usted —dijo Joel—. El cazador.

Nikolas se dio cuenta de que su padre estaba impresionado.

—Así es —replicó el hombre con un tono que hacía que su propia voz pareciera igual de musculosa que su cuerpo—. Mi nombre es Anders. ¿Qué ha pasado antes con el oso? Por un pelo, ¿eh?

—Sí, gracias. Entre, entre. Yo soy Joel. Y este es mi pequeño Nikolas.

El grandullón se percató del ratón que había en una esquina devorando un champiñón.

«No me gusta —pensó *Miika* echando un vistazo a los enormes zapatos del hombre—. Tiene unos pies francamente aterradores».

—¿Le apetece tomar algo? —preguntó Joel amablemente—. Tengo licor de camemoro.

—Sí —asintió Anders, fijándose, acto seguido, en Nikolas y sonriéndole de forma amistosa—. El licor me gusta mucho. Ya veo que llevas el gorro rojo hasta dentro de casa, Joel.

—Bueno, me mantiene la cabeza caliente.



«Licor de camemoro», pensó Nikolas al tiempo que su padre sacaba una botella que había escondida en lo alto del armario de la cocina. No sabía que tuviera ningún licor hecho de esas anaranjadas moras boreales.

Los padres son un misterio.

—He venido a ver si me puedes ayudar con una cosa —dijo Anders.

—Usted dirá —contestó Joel mientras servía dos vasos de licor.

Anders dio un sorbo al suyo; luego, un traguito, y, por último, apuró el vaso entero. Se secó la boca con su enorme mano derecha y continuó:

—Quiero que hagas algo. Algo por el rey.

Joel se sorprendió.

—¿El rey Federico?

A continuación se echó a reír. Estaba claro que era una broma. Típico humor negro de cazador.



—¡Ja, ja, ja! ¡La verdad es que, por un momento, lo he creído! — prosiguió Joel—. ¿Por qué diantra iba a requerir el rey los servicios de un humilde leñador como yo?

Joel esperó que Anders también se riera. Sin embargo, no hubo más que un largo silencio por su parte.

—He estado observándote todo el día. Eres bueno con el hacha... —dijo Anders, y su voz se fue apagando al ver que Nikolas se hallaba sentado en la cama, atónito, prestando atención a la conversación más emocionante que jamás hubiera escuchado—. Tal vez deberíamos hablar en privado.

Joel asintió con tanta vehemencia que se le columpió ante la cara la borla blanca del gorro.

—Nikolas, ¿podrías irte a la otra habitación?

—Pero papá, si no tenemos otra habitación...

Su padre suspiró diciendo:

—Ah, sí. Tienes razón... Bueno —continuó dirigiéndose a su gigantesco invitado—, a lo mejor podemos sentarnos fuera. Hace una noche de verano bastante agradable. Puedo prestarle mi gorro si quiere.

Anders se echó a reír con estruendo.

—¡Creo que podré sobrevivir sin él!

Así pues, los dos hombres salieron al exterior y Nikolas se fue a la cama, esforzándose en oír lo que decían. Tan solo pudo distinguir palabras sueltas procedentes de la conversación que mantenían: «hombres..., rey..., rublos..., Turku..., largo..., montaña..., armas..., distancia..., dinero..., dinero...». Esa última palabra la mencionaron varias veces. Entonces oyó una expresión que hizo que se incorporara bruscamente de la cama. Una palabra mágica. Tal vez, la palabra más mágica que exista: «elfos».

Nikolas vio a *Miika* que correteaba por el suelo. Este se detuvo, se levantó sobre sus patas traseras y se quedó mirando a Nikolas, como preparándose para tener una conversación importante con él. Bueno, todo lo que puede un ratón prepararse para tener una conversación con alguien: lo cual no es demasiado.

—Queso —reclamó en el lenguaje de los ratones.

—Esto me da mala espina, *Miika*.

El roedor observó la ventana que daba al exterior de la cabaña. Por un momento, a Nikolas le pareció que sus ojillos oscuros irradiaban auténtica preocupación y que su hocico palpitaba de forma nerviosa.

—Como no me des queso, me voy a comer en su lugar esta apestosa criatura vegetal —exigió *Miika* volviéndose hacia el muñeco de boniato que yacía junto a la cama de Nikolas y dándole un pequeño mordisco.

—¡Oye, que eso es un regalo de Navidad! —exclamó Nikolas.

—Yo soy un ratón. La Navidad no significa nada para mí.

—¡Eh, para! —protestó Nikolas de nuevo.

Sin embargo, no era fácil hacerle entender algo así a un ratón; de modo que desistió y dejó que *Miika* siguiera mordisqueando la oreja del muñeco.

Los hombres permanecieron al otro lado de la ventana durante un buen rato, hablando sobre algo que Nikolas no podía oír bien y bebiendo licor de camemoro. Mientras, él siguió allí, tumbado y preocupado en la oscuridad, con un nudo en el estómago.

Miika también tenía un nudo en el estómago. Pero el nudo que se hace en la tripa cuando se comen tubérculos crudos.

—Buenas noches, *Miika*.

—Ojalá hubiera estado hecho de queso —contestó el ratón.

De modo que Nikolas permaneció acostado, con un horrible pensamiento revoloteando en el interior de su cabeza: «Algo Malo Va a Ocurrir».

Y no se equivocaba.

Así iba a ser.



El trineo (y otras malas noticias)

— scucha, hijo, hay algo que debo decirte —le contó su padre mientras desayunaban pan de centeno duro a la mañana siguiente.

Ese era el segundo desayuno favorito de Nikolas: el primero era el pan de centeno que no estuviera duro.

—¿De qué se trata, papá? ¿Qué es lo que quería pedirte Anders?

Joel respiró hondo, como si fuera a necesitar de todas sus fuerzas para lo que estaba punto de decirle.

—Me han ofrecido un trabajo —contestó—. Es mucho dinero. Podría ser la solución a todos nuestros problemas. Pero...

Nikolas aguardó, conteniendo la respiración. Y entonces fue cuando llegó el golpe.

—Pero tendré que marcharme.

—¿Qué?

—No te preocupes, no será por mucho tiempo. Solo dos meses.

—¿Dos meses?

Joel calculó durante un par de segundos.

—Tres, como mucho.

A los oídos de Nikolas, tres meses le sonaron como una eternidad.

—¿Para qué trabajo hace falta estar fuera tres meses?

—Se trata de una expedición. Un grupo de hombres que se dirigen al Lejano Norte. Quieren encontrar Elfhelm.

Nikolas no daba crédito a lo que estaba oyendo. La cabeza le daba vueltas de la emoción. Él siempre había creído en los elfos, pero nunca había imaginado que la gente pudiera, de hecho, ir donde habitan para verlos. Elfos, elfos de verdad, vivitos y coleando.

—¿El pueblo de los elfos?

Su padre asintió.

—El rey ha dicho que habrá una recompensa para quien encuentre pruebas de la existencia del pueblo de los elfos. Doce mil rublos. A dividir entre siete hombres, tocaremos a casi dos mil rublos por persona.



—Me parece que no... —replicó Nikolas.

—¡Nunca más tendremos que preocuparnos por el dinero!

—¡Guau! ¿Yo puedo ir? ¡Soy capaz de distinguir un champiñón a un kilómetro de distancia, incluso entre la nieve! Podría ser de mucha utilidad.

El rostro grande y curtido de su padre se entristeció. Un nuevo surco apareció en sus ojeras. Las cejas comenzaron a separarse la una de la otra como dos orugas que se dijeran adiós para siempre. Incluso su viejo y sucio gorro rojo adquirió un aspecto más blandengue y triste de lo habitual.

—Es demasiado peligroso —respondió Joel con aliento a agrias moras boreales—. Y no me refiero solo a los osos... Habrá muchas noches que tengamos que dormir al raso, con mucho frío. Finlandia es un país muy grande. A cientos de kilómetros al norte de aquí hay un pueblo llamado Seipäjärvi. Más allá de ese punto, no hay más que llanuras, lagos helados y campos cubiertos de nieve. Incluso los bosques están congelados. Llegados a Laponia, la comida, incluso las setas, será difícil de conseguir. Y luego el viaje se hace más duro aún. Esa es la razón por la cual nadie ha conseguido hasta ahora llegar al Lejano Norte.

Aunque había tomado la decisión de no llorar, los ojos de Nikolas se llenaron de lágrimas. Se quedó mirando un instante la mano de su padre a la que le faltaba medio dedo.

—Y ¿cómo sabes que tú sí lo conseguirás?

—Voy con otros seis hombres. Hombres fuertes, según me han dicho. Tenemos las mismas oportunidades que cualquier otro grupo —respondió Joel, ofreciéndole su habitual sonrisa con los ojos achinados—. Merecerá la pena. Te lo prometo. Sacaremos un montón de dinero con esta expedición, lo cual significa que nunca más tendremos que tomar ese aguachirle de champiñones ni pan de centeno duro.

Nikolas sabía que a su padre le daba pena marcharse, de modo que no quiso hacerlo sentirse peor por ello. Sabía que debía ser valiente.

—Te echaré de menos, papá... Pero entiendo que debas irte.

—Tú eres un hijo del bosque —dijo Joel con voz temblorosa—. Tu espíritu es fuerte. Pero recuerda: aléjate del peligro. Sé prudente y pon freno a tu curiosidad. Eres demasiado intrépido... Estaré de vuelta llegado

septiembre, cuando el tiempo comience a empeorar. ¡Y comeremos como reyes!

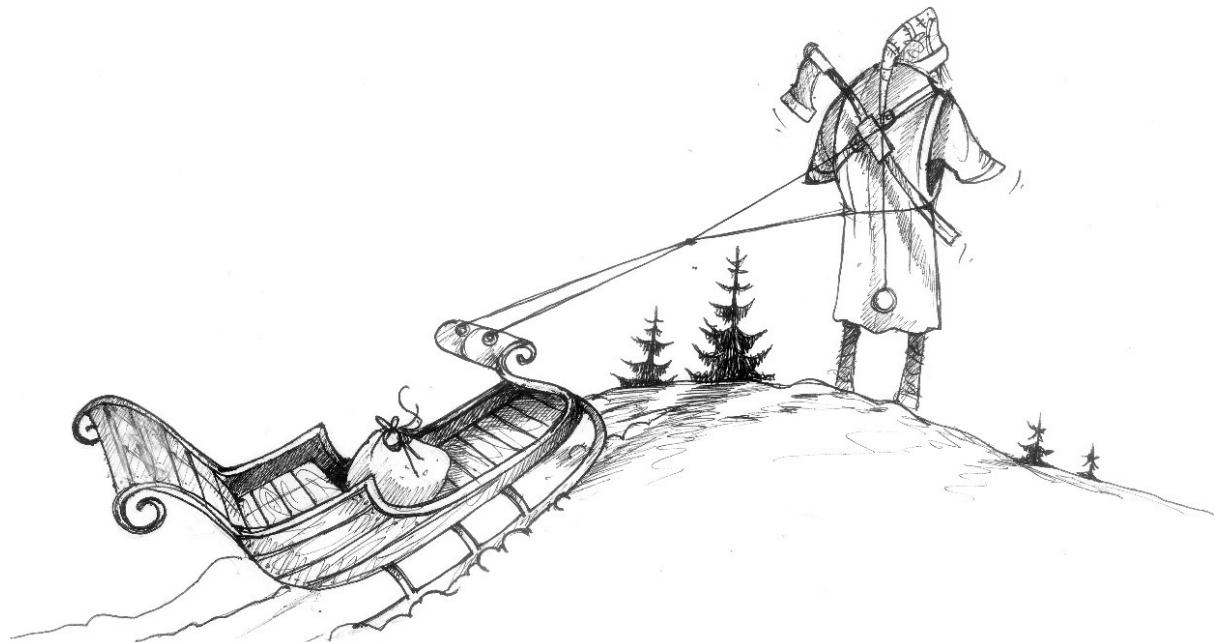
Joel cogió con disgusto un trozo de pan de centeno duro y continuó:

—¡Salchichas, pan tierno con mantequilla y toneladas de tarta de arándanos!

«¿Y queso?», se preguntó *Miika* sin que nadie pudiera oírlo.

«¡Tarta de arándanos!». Nikolas casi se desmaya solo de pensar en ello. Tenía tanta hambre que la sola idea de los suculentos y morados arándanos incrustados en delicioso hojaldre le parecía la imagen del paraíso. Una vez tuvo la ocasión de probar un arándano y le había sabido de maravilla; no obstante, a nadie se le escapa que la manera de conseguir que algo sepa de forma aún más maravillosa es sencillamente ponerlo dentro de una tarta. Sin embargo, en ese instante, un pensamiento cruzó por su mente y volvió a sentirse triste: lo más probable es que, si la sola idea de perder de vista a Nikolas ya asustaba a Joel y lo hacía sentirse inquieto, no fuera, ni mucho menos, a dejarlo solo a su aire mientras él estaba de expedición.

—¿Quién cuidará de mí?



—¡No te preocupes! —respondió Joel—. Le escribiré a mi hermana. Con ella estarás seguro.

¡Su hermana! ¡Oh, no! Eso era aún peor. Si ya de por sí era horrible pasar solamente la tarde de Navidad con la tía Carlotta, imagínate vivir con ella tres meses enteros...

—No hace falta. Puedo apañármelas solo. Soy un hijo del bosque. Puedo...

—No. El mundo está lleno de peligros —lo interrumpió su padre—. Y todavía eres un niño. Ya lo comprobamos ayer. La tía Carlotta es una mujer solitaria. Mucho mayor que yo. De hecho, ya es una señora muy mayor. Tiene cuarenta y dos años. Casi nadie vive hasta los cuarenta y dos. Le gustará tener a alguien a quien cuidar.

Observó a su hijo durante un buen rato antes de vaciar por completo el paquete de malas noticias.

—Ah, y voy a necesitar llevarme tu trineo. Anders piensa que nos será de utilidad. Para transportar... las provisiones. ¡Además, es verano! La capa de nieve es demasiado fina por estos lares. No lo necesitarás.

Nikolas asintió con la cabeza. No se le ocurría qué decir.

—Todavía tienes a Boniatillo —dijo Joel señalando al triste muñeco sentado junto a la cama de su hijo.

—Sí —respondió Nikolas, pensando que, para ser un muñeco hecho de boniato, era de los bonitos, probablemente el mejor que jamás se haya hecho con un tubérculo podrido y apestoso en toda Finlandia—. Es cierto. Todavía tengo eso.

Y así pues, diez días más tarde, una fría pero soleada mañana, Nikolas vio cómo se marchaba su padre.

Joel llevaba puesto su gorro rojo, el hacha colgaba a su espalda y arrastraba el trineo de madera tras de sí. Se alejó bajo el despuntar rosado del alba, adentrándose en el bosque de altos pinos en dirección a Kristiinankaupunki, al encuentro del resto de los hombres.

Fue entonces, después de aquello, cuando empezarían a suceder cosas malas de verdad.

La llegada de la tía Carlotta

ncluso en una época como aquella, en la que la mayoría de las tías eran horribles y desagradables, la tía Carlotta era particularmente mala.

Se trataba de una mujer delgada y alta, vestida de gris, de pelo blanco y rostro adusto, y con una boca pequeña que parecía decir siempre: «¡No! ¡Y se acabó!». A Nikolas se le antojaba que incluso su tono de voz parecía hecho de hielo.

—Muy bien —dijo con severidad—, es importante que pongamos ciertas reglas. La primera es que tienes que levantarte al amanecer.

Nikolas resopló. ¡Qué horror! ¡Era verano, el momento del año en que en Finlandia las noches duran solo unas pocas horas!

—¡Pero si el sol sale a las dos de la madrugada!

—La segunda regla es que no se me replica. Nunca. Especialmente en lo que respecta a la primera regla.

La tía Carlotta observó a *Miika*, que acababa de trepar por la pata de la mesa y escudriñaba por encima en busca de migajas. La antipática mujer montó en cólera.

—Y la tercera regla —soltó—: ¡Nada de ratas!

—¡No es una rata! —replicó Nikolas.

Aunque ya era demasiado tarde. La tía Carlotta había cogido a *Miika* de la cola y conducido a la apurada criatura hasta la puerta, la cual abrió para arrojarla fuera.

—¡Eh! ¡No puedes hacer eso! —gritó el ratoncillo con todas sus fuerzas.

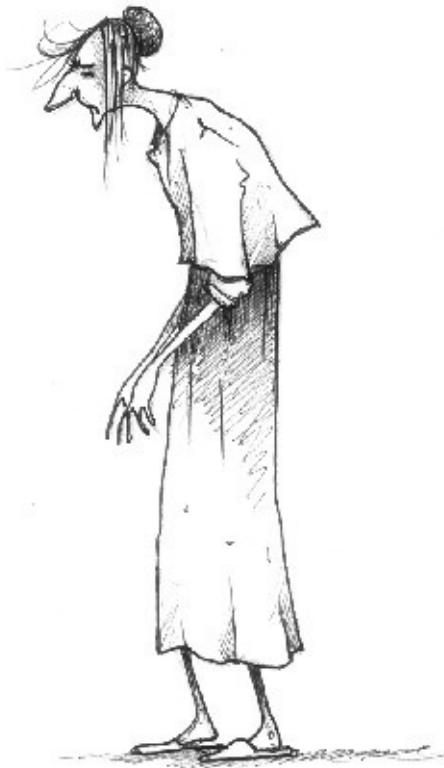
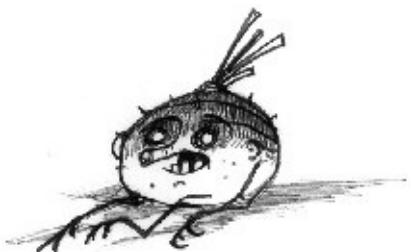
Sin embargo, como el volumen máximo que *Miika* podía alcanzar no llegaba al mínimo que el resto de la gente podía oír, nadie fue capaz de enterarse de su protesta.

La tía Carlotta cerró la puerta, comenzó a olfatear y su mirada se posó en Boniatillo, que reposaba junto a la cama de Nikolas.

—¡Y nada de patatas podridas, tampoco!

—Es un muñeco. Mira. ¡Tiene cara!

—Bueno, pensándolo mejor, no lo tiraré. Quizá ayude a dispersar el olor que tú sueltas —replicó la tía Carlotta mostrando más desprecio hacia Nikolas del que había manifestado hacia el muñeco de boniato—. Había olvidado lo mucho que odio a los niños. Especialmente a los chicos. Los encuentro... repulsivos. Está más claro que el agua: mi ignorante hermano de nueve dedos ha sido demasiado blando contigo.



Echó un vistazo alrededor por la pequeña cabaña de una sola habitación.

—¿Sabes por qué he venido? —preguntó—. ¿Te lo ha dicho él?
—Para cuidar de mí.

—¡Jajaja! ¡Jajajajajaja! —La tía Carlotta estalló en unas carcajadas que se asemejaban a murciélagos saliendo en tropel del fondo de una cueva—. ¡Para cuidar de ti! Esa sí que es buena... Qué curioso. ¡En qué mundo debes de vivir para pensar que la gente hace cosas buenas desinteresadamente! ¿De verdad piensas que he venido porque tú me importabas? No. No he venido hasta aquí solo por un mocoso niño flacucho y mugriento. He venido por el dinero.

—¿El dinero?
—Sí. Tu padre me ha prometido cinco mil rublos cuando regrese. Con eso podría comprarme cinco cabañas.

—¿Para qué necesitas cinco cabañas?
—Para ganar más dinero aún. Y luego, más todavía...
—¿Es que el dinero es tan importante?
—¡Habló el buey y dijo mu! Bueno, ¿dónde duermes?
—Ahí —respondió Nikolas, señalando primero su cama y luego al otro extremo de la habitación—. Y ahí es donde duerme papá.
—No —dijo la tía Carlotta negando con la cabeza.



—No comprendo —replicó Nikolas.

—¡No puedo dejarte aquí dentro y que me veas en ropa interior! Además, necesito los dos colchones, tengo unos dolores de espalda horribles. No querrás que me empeoren, ¿verdad?

—No, por supuesto que no —respondió Nikolas.

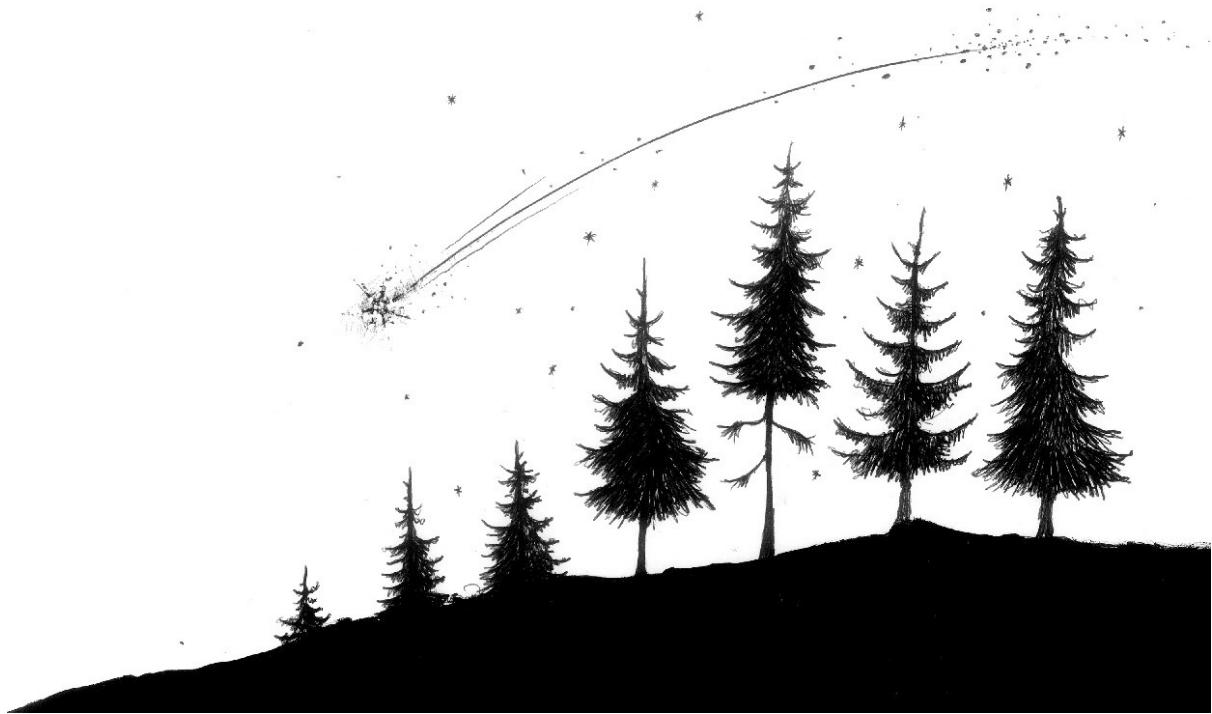
—Bien. Entonces, sí, tú dormirás fuera.

—¿Fuera?



—Sí. Fuera. El aire fresco es bueno para el alma. Nunca entenderé por qué los niños de hoy quieren estar todo el día metidos en casa. Ya sé que estamos casi en el siglo XIX, pero aun así... Vamos. ¡Chitón! Está anocheciendo.

De modo que aquella noche Nikolas durmió a la intemperie sobre la hierba. Cogió el antiguo abrigo de invierno de su madre para echárselo por encima y se tumbó sobre la zona de hierba más suave que pudo encontrar, entre los tocones de dos árboles que su padre había cortado hacía años; pero aun así no dejaba de sentir las molestas piedrecitas bajo la espalda. El viento soplaban. Desde la distancia, vio a la tía Carlotta levantándose las enaguas y agachándose sobre el agujero horadado en la tierra a modo de retrete. Por un momento deseó que se cayera dentro; aunque enseguida se avergonzó de pensar una cosa así. Ella volvió al cálido interior de la cabaña y él se quedó allí tiritando, bajo aquel cielo lleno de estrellas centelleantes, agarrado a su desvencijado muñeco de boniato putrefacto. Comenzó a pensar en la injusticia del universo, y en que debía de haber un modo de hacer que este volviera a ser justo. Mientras lo hacía, *Miika* apareció corriendo, se le acercó y trepó por el brazo hasta llegar sobre su pecho, donde se echó a descansar.



—Me da pena la tía Carlotta —dijo Nikolas—. Tiene que ser muy infeliz para comportarse de esa manera tan miserable, ¿verdad?

—No sé —respondió *Miika*.

Nikolas elevó la mirada a las alturas. A pesar de no tener muchas razones para sentirse contento, le gustaba poder contemplar el cielo de la noche desde aquel lugar. Una estrella fugaz cruzó el firmamento.

—¿La has visto, *Miika*? Significa que tenemos que pedir un deseo.

De modo que Nikolas pidió como deseo que se encontrara un modo de convertir la maldad en bondad.

—¿Tú crees en la magia, *Miika*?

—Si te vale, yo creo en el queso —respondió el ratón.

No había manera de que Nikolas supiera a ciencia cierta si el ratón creía o no en la magia; sin embargo, reconfortado por la esperanza de que esta existiera, Nikolas y su amigo, el pequeño roedor, consiguieron ir cayendo lentamente en un dulce sueño, mientras la fría brisa continuaba soplando y susurrando en sus oídos todos los secretos desconocidos de la noche.



Tripas que rugen y otras pesadillas

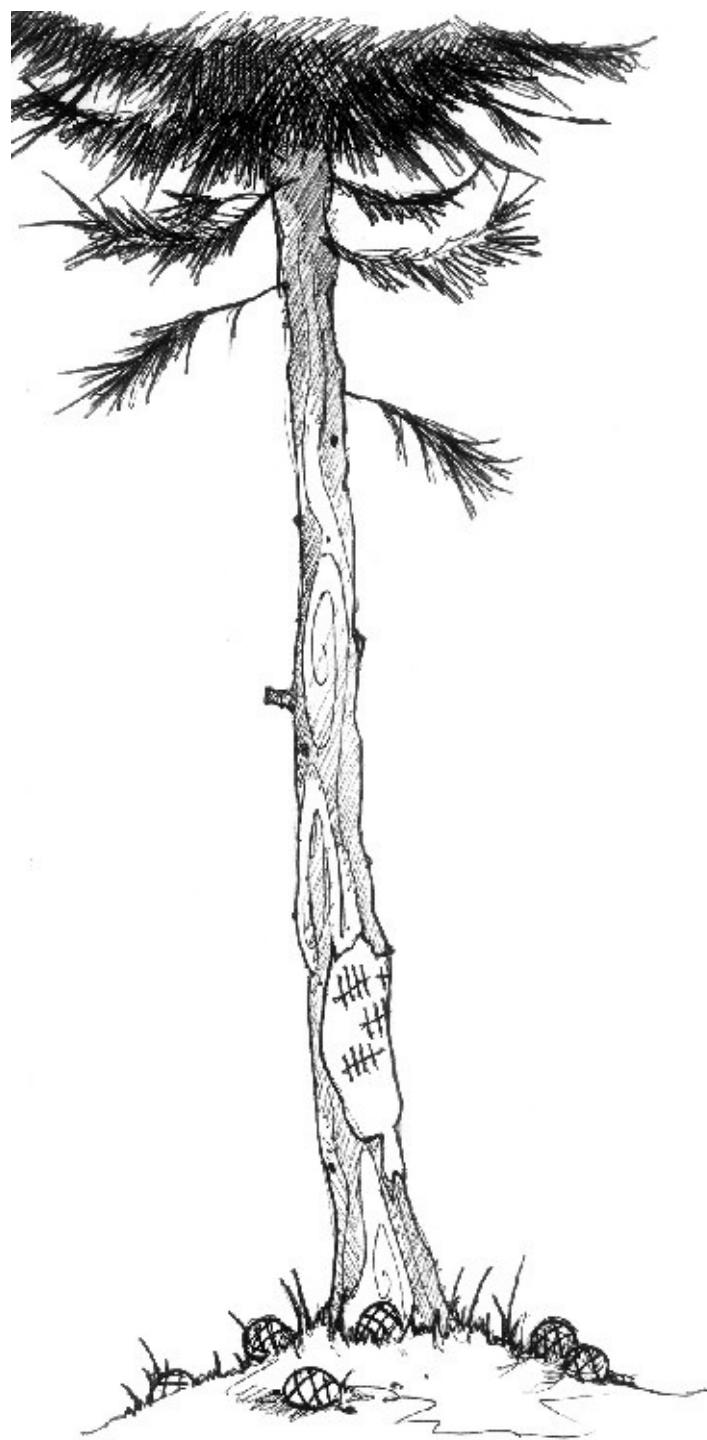
Nikolas durmió a la intemperie todo el verano.

Pasó cada día siguiendo exactamente las instrucciones de la tía Carlotta: buscando comida desde las primeras luces del alba hasta el anochecer. Un día volvió a ver al oso de nuevo. Este volvió a encaramarse a dos patas. Sin embargo, esta vez Nikolas esperó. Mantuvo la calma. «Sé uno con el bosque». El animal permaneció quieto donde estaba: tranquilo y terrorífico a un tiempo. Se trataba del mismo oso que había perseguido a su madre hasta el pozo. No obstante, Nikolas era incapaz de odiar a aquella criatura.

—Mírame —dijo Nikolas—. Estoy tan flaco como un esqueleto. No soy más que piel y huesos.

El oso pareció estar de acuerdo. Volvió a ponerse a cuatro patas y siguió su camino.

¿Podía haber un niño más desgraciado en el mundo? De hecho sí, lo había: un niño llamado Gatú que vivía en la India al que le había caído un rayo cuando iba a hacer pis a un arroyo. Muy desagradable. A pesar de ello, no hay duda de que esta estaba siendo una época desesperanzadora y carente de alegría para Nikolas. La tía Carlotta nunca se mostraba contenta con las setas y las hierbas que su sobrino conseguía encontrar. Su único consuelo real, aparte de *Miika*, consistía en contar los días, las semanas y los meses que faltaban para que su padre regresara, para lo cual iba haciendo marcas en la corteza del pino más cercano a la cabaña.



Pasaron dos meses. Luego, tres.

«¿Dónde estás?», se preguntaba Nikolas mientras vagabundeaba entre los árboles.

No obstante, tan solo le respondía el viento, o algún pájaro carpintero en la distancia.

El carácter de la tía Carlotta se iba avinagrando cada vez más y más con el paso de los días. Le gritaba ya por cualquier cosa.

—¡Deja de hacer eso! —le chilló una tarde mientras engullía una sopa que había hecho solo para ella—. O te daré de comer a los osos.

—¿Que deje de hacer qué?

—Esos espantosos ruidos que salen de dentro de tu asqueroso cuerpo.

Nikolas se sintió confuso. El único modo de hacer callar sus estruendosas tripas era comiendo algo; sin embargo, casi todos los últimos días únicamente había podido encontrar champiñones suficientes para la sopa de la tía Carlotta. Los únicos que él había podido llevarse a la boca en el bosque estaba claro que no bastaban para hacer callar su rugiente estómago.

Entonces la tía Carlotta sonrió. Una sonrisa en su cara era algo realmente insólito, como un plátano sobre la nieve.

—Está bien, puedes tomar algo de sopa.

—¡Oh, gracias, tía Carlotta! Tengo tanta hambre... Además, me encanta la sopa de champiñones.

La tía Carlotta negó con la cabeza.

—Como tú siempre me haces la sopa a mí, he pensado que, esta vez, podría devolverte yo el favor. De modo que mientras estabas fuera, en el bosque, he hecho una sopa solo para ti.

Miika observaba a través del cristal de la ventana.

—¡No te la tomes! —chilló inútilmente.

Nikolas bajó la mirada muy serio hacia aquel líquido turbio y grisáceo.

—¿De qué es? —preguntó.

—De amor —respondió la tía Carlotta.

Nikolas sabía que tenía que estar bromeando. La tía Carlotta tenía la misma capacidad de amar que un témpano. No. Eso era ser injusto con los témpanos: un témpano puede derretirse, mientras que la tía Carlotta estaba hecha de un material tan helado que era imposible que llegara a fundirse jamás.

—Vamos, pues. Tómatela.

Era la cosa más repugnante que había probado en su vida: algo así como comer barro y porquería en agua estancada. Sin embargo, sentía la mirada penetrante de la tía Carlotta que lo observaba, de modo que continuó tomándose la sopa.

Los fríos ojos grises de la tía Carlotta lo hicieron sentirse cien veces más pequeño de lo que era, mientras ella le repetía por enésima vez:

—Tu padre es idiota.

Nikolas no respondió nada. Continuó dando sorbos a aquel brebaje, que hacía que se encontrara cada vez peor.

Sin embargo, la tía Carlotta no iba a dejarlo ahí.

—Todo el mundo sabe que los elfos no existen —dijo, escupiendo chispas de saliva al hablar—. Tu padre es un crío ignorante y estúpido por creer en tales cosas. Me sorprendería mucho que siguiera con vida. Nadie ha llegado jamás hasta el Lejano Norte y regresado para contarlo. He sido muy imbécil al venir aquí creyendo que recibiría cinco mil rublos que nunca llegarán.

—Siempre puedes irte a casa.

—Oh, no. Ahora ya no puedo. Estamos en octubre. El tiempo ha cambiado. ¡Cómo voy a andar quince kilómetros con este tiempo! Tendré que quedarme aquí todo el invierno. Todas las Navidades. No es que la Navidad signifique nada para mí. Es una época odiosa del año.

Aquello ya fue demasiado.

—¡No! La Navidad es maravillosa —replicó Nikolas—. Me encanta la Navidad; ni siquiera me importa que coincida con mi cumpleaños.

Estuvo a punto de añadir: «Lo único que puede arruinarme la Navidad eres tú». Pero lo pensó mejor y se calló.

Por un momento, la tía Carlotta pareció realmente desconcertada.

—¿Cómo puede gustarle la Navidad a alguien como tú, un mocoso harapiento, sucio y huérfano de madre? Si fueras el hijo de un comerciante rico de Turku o de Helsinki, entonces podría entenderlo... ¡Pero mi hermano ha sido siempre demasiado pobre como para poder comprarte siquiera un solo regalo!

Nikolas sintió cómo se ponía rojo de ira mientras esta trepaba en su interior.

—La Navidad siempre ha sido mágica para mí. Además, prefiero un juguete hecho con amor que uno que cueste montones de dinero.

—Pero si el único que te ha hecho ha sido el trineo. Siempre ha estado demasiado ocupado trabajando.

Nikolas pensó en Boniatillo y se preguntó adónde habría ido a parar. Ya no estaba sobre la cama, donde él lo había dejado.

—Tu padre es un mentiroso —continuó la tía Carlotta.

—No —replicó Nikolas.

Ya se había terminado la sopa. Ahora sí que se encontraba realmente mal.

—Te prometió que volvería. Te dijo que los elfos eran reales. Dos mentiras. Ahí lo tienes... Bueno, da igual, ya estoy cansada. Es hora de irse a la cama. Ya que te has acabado la sopa, si eres tan amable de desaparecer de mi vista me harías más feliz que a la reina de Finlandia. Ahora, esta es mi

casa y yo tu guardián. De modo que, si yo fuera tú, obedecería al dedillo mis órdenes. Vete.

Nikolas continuó de pie. El estómago le palpitaba de dolor. Echó un vistazo alrededor y preguntó:

—¿Dónde está mi muñeco?

La tía Carlotta sonrió. Una sonrisa de verdad, una que pronto se convertiría en abierta carcajada. Acto seguido, dijo:

—Acabas de comértelo.

—¿Qué?

Tardó un segundo. No, dos segundos. Puede que tres. Tres y medio. No, de hecho solo tres. Ese fue el tiempo que lo llevó ser consciente de lo que le acababan de decir: su único juguete en el mundo se hallaba ahora hecho puré dentro de su estómago.



Salió corriendo de la cabaña y se puso a vomitar en el agujero del retrete.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó desde el exterior lleno de perplejidad—. ¡Mi madre me lo regaló, lo hizo con sus propias manos!

—Bueno, ella ya no está, ¿no? —contestó la tía Carlotta a través del ventanuco que acababa de abrir para ver mejor a Nikolas descompuesto—. Gracias a Dios. Solía darme dolor de cabeza oírla cantar todo el día; ¡con lo mal que lo hacía! Me ha parecido que ya iba siendo hora de que crecieras y te olvidaras de esos tontos juguetes.

Nikolas acabó por fin y volvió al interior de la cabaña. Se acordó de su madre, de su madre agarrándose a la cadena que sostenía el cubo del pozo mientras intentaba escapar del oso. ¿Cómo se atrevía la tía Carlotta a decir semejantes cosas sobre ella? Ya solo le quedaba una opción: escapar. No podía quedarse allí con la tía Carlotta. Estaba decidido a demostrar que su padre no era un mentiroso. Y solo había una manera de hacerlo.

—Adiós, tía Carlotta —dijo con un leve susurro.

Pero, aunque en voz baja, la despedida era en serio. Iba a hacerlo. Iba a encontrar a su padre. Iba a ver a los elfos. Iba a hacer que las cosas se arreglaran.



Un capítulo muy corto con un título muy largo en el que no ocurre gran cosa

 a tía Carlotta murmuró algo sin volverse hacia él mientras trepaba a su cama de dos colchones.

Nikolas cogió un trozo de pan duro que había sobre la mesa, se lo metió en el bolsillo y salió al exterior de la cabaña, adentrándose en la fría noche. Se encontraba cansado. Todavía le dolía el estómago, y en la boca seguía teniendo el sabor a boniato podrido. Sin embargo, también sentía algo más: determinación. Sí. Iba a echar a andar en dirección al Lejano Norte.

Miika mordisqueaba una hoja seca.

Aquel ratón, pensó, era lo más parecido que tenía a un amigo.

—Voy a ir al Lejano Norte. Será un viaje muy largo y peligroso. Hay muchas posibilidades de que muera en el intento. Creo que deberías quedarte aquí, *Miika*. Estarás más seguro y calentito; pero si quieres venir conmigo, hazme una señal.

Miika miró nerviosamente en dirección a la puerta de la cabaña.

—No tienes por qué quedarte justo ahí —le dijo Nikolas—. Tienes el bosque entero a tu disposición.

El ratoncillo echó una mirada al bosque entero.

—Pero no hay queso en el bosque.

Nikolas seguía sin saber hablar ratonés, pero entendió lo esencial.

—¿De modo que quieres venir conmigo?

Miika se posó sobre sus patas traseras y, a pesar de que Nikolas no podía estar seguro del todo, le pareció que el ratón asentía con su cabecita. Así pues, lo recogió del suelo y lo introdujo en el bolsillo izquierdo de su abrigo.

Así es como, con *Miika* oteando el camino que se abría ante los dos, Nikolas emprendió la marcha rumbo al norte a través del bosque, rumbo hacia ese lugar en el que esperaba poder encontrar a su padre y a los elfos, mientras intentaba con todas sus fuerzas creer en la existencia de ambos.



La vieja

 aminó toda la noche y todo el día siguiente; poniendo mucho cuidado en no cruzarse con el gran oso pardo, del cual llegó a ver las huellas de sus zarpas, aunque no al animal en sí. Anduvo hasta la otra punta del bosque de pinos y siguió el sendero que discurría junto a la orilla del lago Relámpago. El lago era tan grande y sus aguas tan puras y tranquilas que reflejaba el cielo como si fuera un perfecto espejo.

Viajó días y noches. Vio alces y, sí, en dos ocasiones otro tipo de osos. Osos negros. En una de ellas tuvo que trepar a un árbol y esperar toda una hora sentado sobre una rama a que el oso se aburriera y se marchara con pasos fatigosos sobre la nieve. Al final de cada jornada, dormía acurrucado entre las raíces de los árboles, con *Miika* dentro del bolsillo o recostado junto a él en el suelo. Durante todo este tiempo sobrevivió a base de setas, bayas silvestres y agua fresca de los riachuelos.

A pesar de que todavía faltaba mucho para diciembre, se distraía cantando villancicos o haciendo surcos en la nieve. Se imaginaba siendo rico y despertándose el día de Navidad rodeado de todos los juguetes de la tienda del pueblo. Un instante después, su imaginación iba un paso más allá y se veía a sí mismo regalándole a su padre un carro y un caballo.

Sin embargo, según avanzaba en su viaje, iba haciendo cada vez más frío. A veces le dolían los pies. A veces le entraba hambre. No obstante, estaba decidido a seguir adelante.

Finalmente, llegó a una pequeña aldea llamada Seipäjärvi, de la cual le había hablado su padre. No era más que una calle llena de casitas de madera pintadas de rojo.

Mientras avanzaba despacio por dicha calle, vio venir en dirección opuesta a una vieja desdentada, inclinada hacia adelante sobre el bastón que la ayudaba a caminar. Según la limitada experiencia de Nikolas, todos los pueblos tenían a alguien viejo y desdentado que iba por ahí asustando y diciendo cosas raras a los forasteros, de modo que se alegró de que Seipäjärvi no fuera una excepción.

—¿Adónde vas, niño misterioso, con un ratón en el bolsillo? —preguntó.



—Al norte —fue todo lo que le respondió.

—En busca de queso —añadió *Miika*, que aún no había acabado de entender la verdadera naturaleza del viaje.

La vieja era bastante rara, aunque no tanto como para comprender ratonés, de modo que, simplemente, se quedó mirando a Nikolas y meneó la cabeza.

—Al norte no —le dijo con la cara blanca como una hoja de papel (una hoja de papel blanca, se entiende)—. Ve al este. O al sur. O al oeste... Solo un loco iría hacia el norte. En Laponia no vive nadie. Allí no hay nada...

—Bueno, entonces debo de estar loco... —replicó Nikolas.

—¡No hay nada de malo en estar loco! —irrumpió el loco del pueblo, que pasaba por allí, vestido de bufón, haciendo sonar los cascabeles que llevaba en la punta de los zapatos.

—El caso es que estoy buscando a mi padre. Es leñador. Se llama Joel. Lleva un gorro rojo. Tiene grandes ojeras en la cara y solo nueve dedos y medio. Iba con otros seis hombres. Se dirigían al Lejano Norte.

La anciana lo examinó detenidamente. Su rostro se arrugó como una pasa. Y hablando de cosas arrugadas... la mujer sacó algo del bolsillo y se lo dio a Nikolas: un mapa arrugado, precisamente.

—Sí, unos hombres pasaron por aquí, ahora lo recuerdo... Siete. Llegaron al comienzo del verano. Tenían mapas.

Nikolas sintió una ola de emoción en su interior.

—Se dejaron este —continuó la anciana.

—¿Volvieron a pasar por aquí de vuelta?

—Ya te lo he dicho. Los que van al norte nunca regresan —respondió la vieja mujer negando con la cabeza.

—Bueno, gracias, muchas gracias —dijo Nikolas intentando disimular su preocupación con una sonrisa.

Tenía que darle algo a cambio, de modo que optó por un puñado de moras que llevaba en el bolsillo. Tampoco tenía muchas otras opciones.

—Tenga, por favor, quédese estas moras. Por favor.

—Eres un buen chico. Toma mi toquilla. Necesitarás toda la ropa de abrigo que puedas conseguir —le respondió la anciana con una sonrisa que le permitió a Nikolas ver sus negras y podridas encías.

Sintiendo que hasta *Miika*, que estaba relativamente caliente dentro del bolsillo, comenzaba a tiritar, Nikolas aceptó el regalo, le dio las gracias de nuevo y prosiguió su camino.

Anduvo sin parar, siguiendo el mapa, por llanuras y lagos helados, por campos cubiertos de nieve y bosques de abetos.

Una tarde, Nikolas se sentó precisamente debajo de uno de aquellos abetos colmados de nieve y comprobó el mal estado de sus pies: estaban llenos de ampollas; y allí donde no tenía una ampolla, la piel se hallaba enrojecida por el frío y el esfuerzo, y sus zapatos, que al emprender la marcha ya eran bastante andrajosos, ahora se caían a pedazos.

RUTA HACIA EL LEJANO NORTE



—Es inútil —le dijo a *Miika*—. No creo que pueda seguir. Estoy agotado, y comienza a hacer demasiado frío. Voy a tener que volver a casa.

Sin embargo, en el mismo instante en que pronunció esa palabra, se dio cuenta de que no tenía casa alguna a la que regresar. Recordó la cabaña junto al bosque de pinos; sin embargo, aquella ya no era su casa, al menos mientras

la tía Carlotta siguiera viviendo allí, y mucho menos aún si ni siquiera podía dormir en su propia cama.

—Escucha, *Miika* —dijo dándole de comer una seta al roedor—. Puede que lo mejor sea que tú te quedes en este bosque. Mira el mapa. No sé si lo conseguiremos.

Nikolas y *Miika* echaron un vistazo al mapa. No obstante, el camino que habían de seguir se hallaba ilustrado tan solo con una línea de puntos discontinua, como si fueran pisadas en la nieve. Ya no había líneas rectas en él. Solo un largo camino que trazaba una curva y atravesaba bosques y colinas en dirección a una montaña muy grande. Dedujo que la montaña sería muy grande porque en el mapa figuraba con el nombre de «la Gran Montaña».

Sacó al ratón del bolsillo y lo puso en el suelo.

—Vamos, *Miika*. Déjame. Mira, hay hojas y moras. Podrás vivir aquí. Vamos. Vete.

El animalillo levantó la mirada hacia Nikolas.



—¿Hojas y moras? ¡No me ofendas hablándome de hojas y moras!

—En serio, *Miika*, es lo mejor.

Sin embargo, el ratón volvió a trepar por el pie de Nikolas, y este no tuvo más remedio que introducirlo de nuevo en el bolsillo izquierdo de su abrigo. El chico apoyó la cabeza sobre el musgo que cubría el suelo, se echó por encima la toquilla que le había dado la vieja del pueblo y, justo ahí, a plena luz del día, se quedó dormido.

Mientras dormía, la nieve comenzó a caer.

Soñó que era pequeño y que viajaba a las colinas que había cerca del lago Relámpago; y soñó también que iba subido a un trineo mientras su padre lo empujaba y su madre reía: qué feliz era en aquel sueño...

De repente, sintió un cosquilleo y se despertó de golpe. *Miika* le estaba rascando con la patita en el pecho, asustado y dando chillidos.

—¿Qué pasa, *Miika*?

—¡No tengo ni idea! —exclamó el ratón—. ¡Pero es muy grande y tiene cuernos en la cabeza!

Entonces, Nikolas pudo verla.

Vaya criatura.

Estaba tan cerca que, por un momento, no supo bien qué era. Desde luego, parecía muy grande desde donde Nikolas se hallaba sentado. Pero no era un oso. Estaba cubierta por un pelaje gris oscuro y tenía una cabeza ancha de aspecto robusto. Se parecía a un alce; aunque no lo era, de eso estaba seguro.

El pecho del animal jadeaba profundamente, y no era de color gris, sino blanco como la nieve. Emitía extraños ruidos, como si fuera un cruce entre un cerdo y un lobo. Un segundo después reparó en sus grandes astas recubiertas de pelo aterciopelado que se retorcían y entrecruzaban como árboles doblados por la fuerza del viento.

Fue entonces cuando se dio cuenta.

Era un reno.

Un reno enorme y muy enfadado.

Que lo miraba fijamente.

El reno

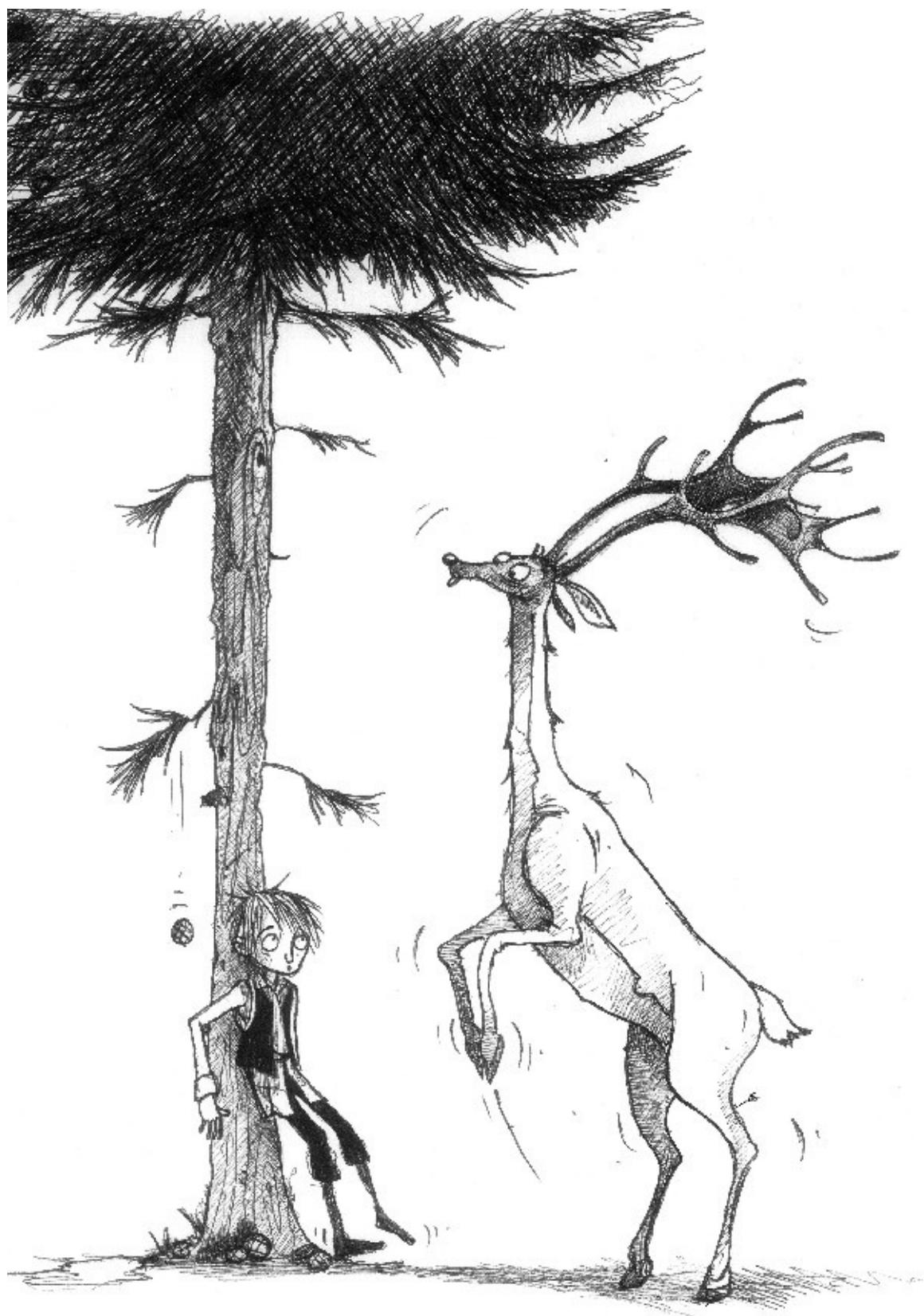
 l fiero y enorme reno se mantuvo a cierta distancia. Su pelaje gris oscuro era del mismo color que las nubes, las cuales anunciaban tormenta. Movió su gigantesca cabeza de izquierda a derecha y, a continuación, dejó escapar un extraño bramido, como el de un trueno que rompiera los cielos.

Miika chilló, asustado y sumiso. Nikolas se puso de pie.

—¡Reno bueno! ¡Buen chico! ¡Buen chico! ¿Eres un chico? —dijo Nikolas echando un vistazo para comprobarlo—. En efecto, un chico. Muy bien, tranquilo. No voy a hacerte daño, ¿vale? Soy tu amigo.

Sus palabras no parecieron surtir efecto.

De hecho, consiguieron que el reno se pusiera más a la defensiva, se levantara sobre las dos patas traseras y comenzara a agitar airadamente las pezuñas delanteras, las cuales pasaron a escasos centímetros del rostro de Nikolas. El animal era más alto que él y lo tenía acorralado contra el árbol. El corazón le latía a toda velocidad.



—¿Qué hacemos? —le preguntó a Miika.

Sin embargo, estaba claro que el ratón no tenía ningún plan que poder compartir con él.

—¿Echamos a correr?

Nikolas sabía que era imposible correr más que el reno, de modo que permaneció rígido, casi conmocionado. El aliento de su respiración agitada producía una nubecita blanca en el aire. Nada que ver con la enorme nube de vaho alrededor del húmedo hocico que emitía aquella gran masa de pelo y músculos que era el reno.

Debía de tratarse del reno más grande y furioso de toda Finlandia. Había hecho acto de presencia junto con aquel viento que amenazaba tormenta: salvaje, rugiente, jadeante. Con la cabeza agachada, su gran cornamenta, frente a la cara de Nikolas, se hallaba preparada para embestir.

Un relámpago iluminó el cielo, y Nikolas miró hacia arriba.

—Agárrate fuerte, *Miika* —lo avisó el chico un instante antes de saltar y cogerse con ambas manos a la rama que había justo encima de él, quitándose de ese modo de delante del reno. El fragor de un trueno rasgó las nubes.

El animal chocó directamente contra el abeto mientras Nikolas, después de balancearse un poco, conseguía engancharse con una de las piernas a la rama y se asía a ella con fuerza. Nikolas esperaba que, finalmente, el reno acabara cansándose de esperar y lo dejara en paz; sin embargo, el animal siguió allí, arañando el suelo con las pezuñas y dando vueltas alrededor del árbol.

Entonces se percató de algo.

El reno cojeaba. Tenía un palitroque de madera clavado en una de sus patas traseras. Lo había alcanzado una flecha.

«Pobre criatura», pensó Nikolas.

Justo en ese momento, notó cómo la rama crujía bajo su peso y cayó pesadamente sobre el suelo cubierto de nieve, dándose un fuerte golpe en la espalda.

—¡Aaayyy!

La sombra del reno se cernió sobre él.

—Escucha. Puedo sacártela —dijo Nikolas con la respiración entrecortada y haciendo ademán de sacarse una flecha imaginaria.

Los renos, por lo general, no es que comprendan muy bien la mimética, de modo que balanceó la cabeza y golpeó con sus astas las costillas de Nikolas, lo que hizo que *Miika* saliera despedido del bolsillo dando un salto mortal hasta chocar contra el tronco de un árbol.

—Estás herido. Yo puedo ayudarte —insistió Nikolas irguiéndose de nuevo y venciendo su propio miedo.

El reno se detuvo un instante ollisqueando el aire y emitió un gruñido. Nikolas respiró hondo, haciendo acopio de todo el valor que pudo, y dio un paso hacia adelante rodeando al animal. Con mucho cuidado, tocó su pata trasera, justo encima de donde estaba clavada la flecha. Entonces se detuvo.

La flecha tenía plumas grises en un extremo. Era exactamente igual a la que le dispararon al oso. Con toda seguridad pertenecía a Anders, el cazador.

—Han estado aquí —pensó Nikolas en voz alta.

Rompió el astil de la flecha con un movimiento rápido, recogió algo de nieve con ambas manos, recordando cómo lo había hecho aquella vez su padre cuando ayudó al alce, y cubrió la herida con la nieve, en el lugar exacto en el que la flecha desgarraba la piel del animal.

—Esto te va a doler, ¿vale? Pero después te sentirás mejor.

La flecha estaba incrustada muy profundamente; sin embargo, Nikolas se fijó en que la sangre de la herida estaba coagulada, de modo que con toda probabilidad debía de haberla llevado clavada desde hacía días, si no semanas. La pobre criatura se movió de nuevo, agitando la pata a izquierda y derecha con dolor. Acto seguido, emitió un profundo quejido angustiado.

—Ya está —le decía Nikolas a medida que iba extrayendo la flecha.

El reno dio entonces un respingo, volvió la cabeza y mordió a Nikolas en el muslo.

—¡Eh! Estoy intentando ayudarte.

Entonces el reno agachó sumisamente la cabeza, permaneció inmóvil un instante y, a continuación, comenzó a hacer pis.

—Toma —dijo Nikolas reuniendo las últimas fuerzas que le quedaban y poniendo un poco más de nieve sobre la herida del animal.

Al cabo de un par de minutos, el vaho que salía de su hocico fue disminuyendo. El reno dejó de



revolverse, se calmó un poco y comenzó a husmear en la nieve en busca de algún manojo de hierba.

Notando que, por fin, lo dejaba en paz, Nikolas se incorporó sobre sus pies doloridos y llenos de ampollas y se recompuso un poco. *Miika* apareció corriendo y Nikolas volvió a meterlo en el bolsillo de su abrigo. Los dos miraron hacia arriba y pudieron contemplar la estrella más grande y brillante en el cielo de la noche: la Estrella Polar. Nikolas echó un vistazo a su alrededor tratando de orientarse y vislumbró un gran lago al este y llanuras heladas al oeste. A continuación, bajó la mirada hacia el mapa. Debían caminar siempre hacia el norte, lo más recto posible. De modo que, haciendo crujir la gruesa capa de nieve bajo sus pies, comenzaron de nuevo a andar en esa dirección. Sin embargo, al cabo de un rato, oyó unas pisadas.

Era el reno.

Solo que esta vez no parecía querer atacarlo. Llevaba la cabeza gacha como un perro.

—No me gusta nada ese horrible alce con árboles en la cabeza —gruñó *Miika*.

Nikolas continuó andando. Sin embargo, cada vez que se detenía para mirar atrás, el reno se paraba también.

—Chist. Quietó —le espetó Nikolas—. No quieras venir con nosotros, no te lo recomiendo. Todavía nos queda un buen trecho. Además, con lo cansado que estoy, no sería muy buen compañero de viaje.

No obstante, el reno continuó siguiéndolos. Finalmente, al cabo de varios kilómetros, Nikolas volvió a sentirse exhausto. Las piernas le pesaban enormemente. Podía verse la planta de los pies a través de la suela de los zapatos y la cabeza le dolía del frío y la extenuación. El reno, en cambio, a pesar de la pata malherida, no parecía cansado en absoluto. De hecho, instantes después de que Nikolas se viera obligado a parar para darles un descanso a las piernas y aliviar el dolor de las ampollas, el reno se colocó frente a él y, percatándose de los destrozados zapatos de Nikolas, bajó la cabeza y se inclinó hacia adelante arrodillándose sobre sus dos patas delanteras.

—¿Quieres que me suba a tu lomo? —le preguntó Nikolas.

El reno hizo un ruido muy peculiar, a mitad de camino entre un leve gruñido y un profundo olisqueo.

—¿Eso es un «sí»? *Miika*, ¿tú qué crees?

—Creo que no —respondió el roedor.

Nikolas tenía las piernas tan hechas polvo y los pies le dolían tanto que decidió arriesgarse.

—¿Eres consciente de que somos dos, no? Mi ratón y yo. ¿Te parece bien?

Al parecer estaba de acuerdo. De modo que Nikolas se subió a lomos del reno y, bueno, hizo lo único que podía hacer.

Cruzar los dedos y desear que todo saliera bien.



Un destello rojo



Como Nikolas pudo comprobar, montar sobre un reno no es tan difícil como uno podría imaginar en un principio. Vas dando unos cuantos botes, pero, aun así, es mucho mejor que ir caminando, especialmente si uno tiene los pies llenos de ampollas. De hecho, incluso a los botes se fue acostumbrando poco a poco. Así fue como Nikolas prosiguió su camino: a lomos del animal, cubriendo delicadamente con la mano el bolsillo de su abrigo para darle calor a *Miika*.

—Tengo que ponerte un nombre —le dijo al reno—. Puede que los nombres no sean importantes para los renos, pero sí lo son para las personas. ¿Qué tal...?

Nikolas cerró los ojos y recordó el sueño en el que de pequeño iba en trineo por el lago Relámpago.

—¿... Relámpago?

El reno levantó las orejas y movió la cabeza de arriba abajo. Estaba decidido, pues: *Relámpago* sería su nombre.

—Así es como voy a llamarte, si te parece bien.

Efectivamente, al animal le pareció bien; o esa era la impresión que le dio a su nuevo dueño.

Nikolas, *Miika* y *Relámpago* viajaron juntos durante días. Iba haciendo cada vez más frío. Nikolas dio gracias por tener al reno, la toquilla de la vieja y a *Miika*, que le mantenía la mano caliente dentro del bolsillo izquierdo. De vez en cuando, se inclinaba hacia adelante abrazado al cuello del reno y le daba algo de comer de las escasas provisiones de champiñones y moras que guardaba en el bolsillo derecho de su abrigo.

Al final, el paisaje se cubrió completamente de nieve, y Nikolas se dio cuenta de que se hallaban cruzando la zona de color blanco que figuraba en el mapa. La nieve se hacía cada vez más densa y el viento más penetrante; sin embargo, *Relámpago* demostraba lo recio que era. Sus fuertes patas y su robusta complexión se abrían camino con poderío. Poco a poco, al reno le fue resultando cada vez más difícil ver cosa alguna más allá de toda aquella



quedaba. Él no comió nada, a pesar de que las tripas le rugían como una tormenta lejana. La montaña parecía no tener fin. Cuanto más ascendían por ella, más distante se veía la cima.

El propio reno había empezado ya a bajar el ritmo debido al cansancio.

—Buen chico, *Relámpago* —le decía Nikolas una y otra vez con las pocas energías que le quedaban—. Buen chico.

Seguía poniendo una mano sobre *Miika* para protegerlo y mantenerlo seguro en el interior del bolsillo mientras, de vez en cuando, con la otra le daba una palmadita en el lomo al reno.

Llegó un momento en que las pezuñas de este se apoyaban únicamente sobre la capa de nieve, la cual se había hecho exageradamente gruesa, sin llegar a tocar el suelo de tierra o roca. Era increíble que pudiera seguir adelante.

El blanco resplandor cegaba a Nikolas; sin embargo, a mitad de la ascensión a la montaña distinguió un fino destello rojo, como si se tratara de una veta de sangre o una cicatriz en la nieve. Nikolas bajó del reno y se abrió camino hacia la pequeña franja roja a través de aquella blancura que helaba los huesos.

No era tarea fácil en absoluto. Cada vez que daba un paso se hundía en la nieve hasta la altura de la rodilla. Era como si la montaña no fuera tal sino un gigantesco montón de nieve.

Finalmente, acabó por llegar hasta aquel resplandor rojo. Sin embargo, comprobó que no era sangre: era un gorro rojo que reconoció al instante.

cegadora blancura; no obstante, algo parecía distinguirse allá en el horizonte: una enorme, ancha y escarpada cumbre.

Por fin, al mismo tiempo que el fino gajo de una luna creciente comenzaba a recortarse en el firmamento, la nieve dejó de caer y consiguieron llegar a la Gran Montaña.

Nikolas le dio a *Relámpago* su penúltimo champiñón y a *Miika* el último que le

Era el gorro rojo de su padre.

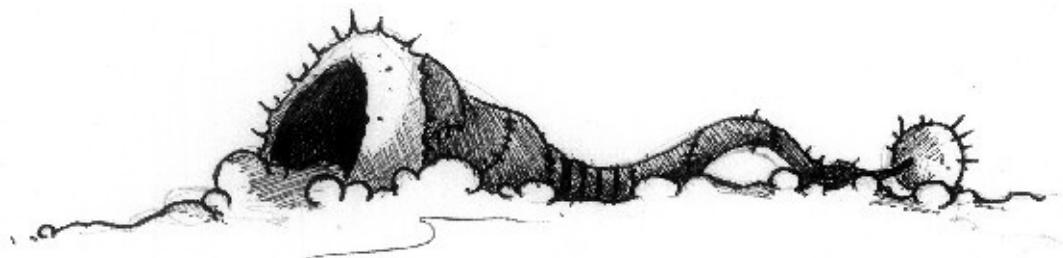
El gorro que se había hecho con un raído trapo de ese color y con una esponjosa borla de algodón cosida a un extremo.

La tela estaba congelada y tiesa y el interior relleno de nieve granulada, pero no había duda.

Una angustia profunda y penetrante se abrió camino en el interior del debilitado cuerpo de Nikolas. Temía que hubiera sucedido lo peor.

—¡Papá! —exclamó una y otra vez, escarbando en la nieve con sus propias manos—. ¡Papá! ¡Papá!

Intentó convencerse de que haber encontrado el gorro de su padre no significaba nada. Era posible que únicamente hubiese salido volando de su cabeza y, con las prisas, no hubiera sido capaz de recuperarlo. Era posible. Sin embargo, cuando a uno le duelen los huesos a causa del frío y se muere de hambre es difícil ser optimista.



—¡Papá! ¡Papáaaaa!

Allí continuó, excavando en la nieve con sus manos desnudas, hasta que, finalmente, congelado y tiritando de frío, estalló en lágrimas.

—¡Es inútil! —le dijo a *Miika*, que lo miraba con su pequeña cabecita asomada al bolsillo del abrigo desafiando al gélido tiempo—. No vale la pena seguir. Lo más probable es que haya muerto. Debemos dar media vuelta.

Entonces, dirigiéndose a *Relámpago*, gritó aún más alto:

—¡Tenemos que volver hacia el sur! Lo siento. Nunca debí traerte conmigo. No debí traeros conmigo a ninguno de los dos. Es demasiado duro y peligroso, incluso para un reno. ¡Volvamos por donde vinimos!

Pero *Relámpago* no lo escuchaba; por el contrario, se alejaba, abriéndose camino arduamente entre la nieve en dirección a la cima de la montaña.

—¡*Relámpago*! ¡No vayas por allí! ¡No se nos ha perdido ya nada en esa montaña!

Sin embargo, el reno continuó avanzando. Entonces volvió la cabeza, como diciéndole a Nikolas que siguiera adelante. Durante un segundo, Nikolas pensó en quedarse quieto, permanecer allí sin más hasta que la nieve

lo cubriera y hasta que, al igual que su padre, pasara a formar parte de la propia montaña. No tenía sentido seguir hacia adelante, ni tampoco dar marcha atrás. Ahora se daba cuenta de lo estúpido que había sido al dejar la cabaña. Al final, la esperanza había acabado por abandonarlo.

Hacía tanto frío que las lágrimas se le congelaban al caer por sus mejillas. Sabía que no tardaría mucho en morir.

Temblando, observó cómo el reno continuaba la ascensión en la distancia.
—¡*Relámpago*!

Cerró los ojos y dejó de llorar, esperando que llegara el escalofrío final que le hiciera por fin abandonar su cuerpo y descansar en paz. Sin embargo, a los dos minutos, comenzó a sentir cómo algo lo empujaba con suavidad y ternura detrás de la oreja. Al abrir los ojos, vio cómo *Relámpago* lo miraba sin pestañear detrás de una nube de vaho caliente, contemplándolo de una manera que revelaba que el animal entendía perfectamente lo que estaba pasando.

¿Qué sería lo que hizo que Nikolas volviera a subirse de nuevo a lomos del reno?

¿Una nueva esperanza recobrada? ¿Un último acopio de valor? ¿Tal vez, simplemente, la imperiosa necesidad de acabar lo que había empezado?

Una cosa es segura: Nikolas notó cómo algo, a pesar del cansancio, el hambre y el frío, comenzaba a bullir en su interior. Agarró el gorro de su padre, sacudió la nieve que había dentro, se lo puso en la cabeza y volvió a subirse al animal. Y este, a pesar del cansancio, el hambre y el frío, comenzó de nuevo a trepar por la montaña. Porque para eso están las montañas.



El fin de la magia

 e supone que si uno persevera y continúa subiendo una montaña, al final acabará por llegar a la cumbre. Eso es lo que tienen las montañas. Por muy grandes y elevadas que sean, siempre hay una cima. Aunque te lleve todo el día y toda la noche, lo normal es que acabes alcanzándola. Bueno, a no ser que la montaña esté en el Himalaya, en cuyo caso la subida no se acaba nunca, y a pesar de que sepas que existe una cima, se te caerán todos los dedos de los pies y morirás congelado antes de llegar a ella. En cualquier caso, esta no era tan grande. Y a Nikolas no se le cayeron los dedos de los pies.

Él, *Relámpago* y *Miika* siguieron adelante, y fue entonces cuando vieron unos enorme velos de luz verde que llenaban el cielo de la noche.

—¡Mira, *Miika*, es la aurora boreal!

De modo que el pequeño roedor se incorporó sobre sus patitas traseras dentro del bolsillo de Nikolas y elevó la mirada para contemplar la inmensidad de la bóveda celestial, repleta, en aquel momento, de aquellas bellas luces misteriosas y fantasmales. Aunque, para ser sincero, la verdad es que a *Miika* le daba igual: la belleza no es algo a lo que sea demasiado sensible un ratón, a no ser que sea la belleza cremosa y amarillenta o llena de venillas azules de un buen trozo de queso. Así que, al segundo de asomar la cabeza por encima del bolsillo de Nikolas, *Miika* volvió a acurrucarse dentro.

—¿No es maravilloso? —exclamó Nikolas mientras contemplaba aquel meteoro luminoso, que le pareció un puñado de verde y brillante purpurina que alguien hubiera desparramado por los cielos.

—Lo maravilloso es estar caliente —respondió *Miika*.

Al amanecer, llegaron por fin a la cima de la montaña. A pesar de que el cielo estaba azul y las luces de la aurora boreal habían desaparecido, aún seguía habiendo un cierto resplandor en el ambiente. Esta vez procedía de un poco más abajo, del valle que se extendía detrás de la montaña. Una aurora polar diferente que no consistía solo en graduaciones del verde, sino en tonalidades distintas de cada uno de los colores del arco iris. Nikolas echó un

vistazo al mapa, intentando reconocer dónde se encontraban. Más allá de la montaña se suponía que estaba el pueblo de los elfos, y que sería bien visible; sin embargo, allí no se veía ningún pueblo, sino una nueva llanura cubierta de nieve que se perdía en el horizonte. Bueno, no solo eso; para ser más exactos, había también algunas colinas en la lejanía, al noroeste, llenas de pinos de copa alta, pero ni rastro de ninguna otra forma de vida.

Continuaron rumbo al norte, hacia las luces multicolores que flotaban en el aire, bajando la montaña, abriéndose camino fatigosamente por aquella atmósfera nueva llena de luz.

Fue increíble lo rápido que se vino abajo el ánimo de Nikolas. En la cima de la montaña le había parecido que todo era posible; sin embargo, ahora, según avanzaban penosamente otra vez por el grueso manto de nieve, volvió a sentirse descorazonado.

—Debo de estar volviéndome loco —dijo en voz alta para sí mismo.

El hambre le roía las entrañas, como si tuviera algo vivo gruñendo y moviéndose dentro del estómago. Se caló el gorro de su padre hasta las orejas.

Siguieron adelante, cruzando una nueva capa de nieve, un poco más fina que antes pero aún muy gruesa, a través de aquel aire teñido de rojo, amarillo, verde y violeta. Nikolas notó también que algo le pasaba a *Relámpago*: avanzaba más despacio y tenía la cabeza tan agachada que apenas podía verle la cornamenta.

—Necesitas dormir un ratito, y yo también —dijo Nikolas—. Tenemos que detenernos.

Sin embargo, el reno no se detenía. Seguía adelante, dando un paso tambaleante detrás de otro hasta que las patas le cedieron y se desplomó sobre la nieve con un ruido sordo.

Nikolas quedó atrapado debajo del animal. Y *Relámpago*, uno de los renos más grandes que jamás habían existido, era muy pesado... *Miika* salió reptando del bolsillo y se puso a corretear sobre la tierra nevada, dando vueltas alrededor de *Relámpago* y rascándole la cara con sus patitas para hacer que volviera en sí.

—¡*Relámpago*! ¡Despierta! ¡Estás encima de mi pierna! —gritó Nikolas.

Sin embargo, el animal no reaccionaba.

Notaba el cuerpo del reno cada vez más pesado sobre la pierna. El dolor comenzó a extenderse desde el tobillo hacia el resto del cuerpo, hasta que apenas fue capaz de pensar en otra cosa: solo en aquel punzante suplicio. Intentó empujar el cuerpo de *Relámpago* y sacar la pierna. Si Nikolas no hubiera tenido tanta hambre ni hubiese estado tan débil seguramente habría

podido liberarse. Sin embargo, el cuerpo del animal se iba enfriando y haciéndose cada vez más pesado.



—¡Relámpago! —chilló con desespero Nikolas—. ¡Relámpago!

En ese momento fue consciente de que podía morir allí, sin que nadie se enterara de ello ni a nadie le importara lo más mínimo. Un nuevo tipo de escalofrío le recorrió el cuerpo, inundando su interior con una oleada de terror. Mientras, aquellas extrañas luces de colores seguían bailando en el aire a su alrededor: rojas, amarillas, azules, verdes, violeta...

—*Miika*, vete... Estoy atrapado aquí sin remedio... Vamos... Vete.

El ratón miró a su alrededor, preocupado, y entonces vio algo. Algo que los ojos humanos de Nikolas no eran capaces de ver.

—¿Qué pasa, *Miika*? ¿Qué es?

El ratoncillo emitió un chirrido a modo de respuesta, incomprendible, por supuesto, para Nikolas.

—¡Queso! —exclamó el animalillo—. ¡Huelo a queso!

Por supuesto, no había queso alguno a la vista, aunque aquello no pareció importarle a *Miika*. Si uno cree en algo no necesita verlo con sus propios ojos.

Así pues, el ratón echó a correr a toda velocidad. La nieve, a pesar de su grosor, le resultaba ligera, acolchada y esparcida de forma uniforme por la superficie, de modo que *Miika* no tardó en perderse, como un torbellino, en dirección norte.

Nikolas observó cómo su amigo, el ratoncillo, se convertía en un puntito minúsculo en la distancia y, a continuación, desaparecía por completo.

—Adiós, amigo mío. ¡Buena suerte! —dijo levantando la mano a modo de despedida.

Sus dedos estaban tan congelados que se habían vuelto de un intenso color púrpura, y los sentía arder. El estómago se le retorcía con fuertes calambres.

La pierna, sepultada bajo el peso del reno y el peso del mundo, agonizaba. Cerró los ojos y comenzó a imaginarse un gran banquete: mermelada, galletas de jengibre, chocolate, pasteles y tarta de arándanos.

Nikolas se echó hacia atrás, desplomando su espalda sobre la nieve, y lo invadió una apabullante sensación de fatiga, como si la vida también lo estuviera abandonando. Igual que *Miika*.

Fue entonces cuando Nikolas se sintió tan horriblemente mal que dijo algo igual de horrible. Lo peor que se puede llegar a decir. (Tapaos los ojos y los oídos; sobre todo si alguno de vosotros es un elfo).

—No existe la magia —susurró en su delirio.

Y así, después de haber pronunciado estas terribles palabras, todo quedó sumido en la oscuridad.



Papá Topo y Manduquita



nas voces se oyeron en la oscuridad...

—*Kabeecha loska! Kabeecha tikki!* —decía una de ellas.

Era una voz extraña, una voz débil, aguda y apresurada: la voz de una chica, tal vez.

—*Ta huuure. Ahtauma loska es nuoska, Manduca.*

Esta segunda voz era más grave y profunda, aunque igual de extraña. Sonaba casi como si estuviera cantando.

¿Había muerto Nikolas?

No del todo. Tampoco es que se pueda decir que estuviera vivo. De hecho, si los hubieran encontrado a él y a *Relámpago* tan solo un minuto más tarde, lo único que hubieran hallado habrían sido dos cadáveres.

Lo primero que sintió fue calor.

Como una especie de cálido bálsamo que le derramaran en su interior. No fue capaz de notar la pequeña mano que le presionaba el corazón, pero sí pudo distinguir las dos voces, a pesar de que sonaban como si estuvieran a miles de millones de kilómetros.

—¿Qué es esto, abuelo? —preguntó la voz aguda, la cual, de repente, y de forma aún más extraña, era capaz de entender perfectamente, como si hablara su mismo idioma.

—Es un niño, Manduca —respondió la otra voz.

—¿Un niño? Pero si es más alto que tú, abuelo.

—Eso es porque es un niño de otra especie.

—¿De otra especie? ¿De qué especie?

—Es un humano —respondió con cautela la voz más profunda.

Nikolas percibió una especie de gemido.

—¿Un humano? ¿Nos va a comer?

—No.

—¿No deberíamos echar a correr?

—No hay ningún peligro. Estoy seguro. Además, aunque lo hubiera, no debemos dejar que el miedo se convierta nunca en nuestro guía.

—Mira, qué orejas tan raras tiene.

—Sí. Cuesta bastante acostumbrarse a las orejas humanas.

—Pero ¿y lo que le pasó a...?

—Vamos, Manduquita, no debemos pensar en eso. Debemos ayudar siempre a aquellos que se encuentren en apuros... Aunque sean humanos.

—Tiene un aspecto horrible.

—Sí, sí que lo tiene. Por eso debemos hacer todo lo que podamos, Manduca.

—¿Funciona?

—Sí —respondió con un cierto tono de preocupación en la voz—. Creo que sí. Y también le está haciendo efecto al reno.

Relámpago volvió en sí y, muy despacio, fue reincorporándose, aliviando del peso de su cuerpo a Nikolas, cuyos ojos recobraron cierto brillo en ese momento.

Nikolas respiraba con dificultad. Por un momento no supo dónde estaba. Un instante después vio a las dos criaturas, y comenzó de nuevo a jadear con nerviosismo. Porque eso es lo que uno normalmente hace cuando de repente ve a un elfo.

Los elfos eran bastante bajitos, como suelen serlo los elfos, aunque uno de ellos era más alto que el otro. Nikolas se dio cuenta de que el más bajito de los dos era una niña elfo. Tenía el pelo negro y la piel más blanca que la nieve, mejillas afiladas, orejas puntiagudas y unos ojos grandes y un poco más separados de lo normal. Llevaba una túnica de color verde amarronado que no debía de abrigarla mucho, a pesar de lo cual la chica no parecía tener frío en absoluto. El mayor y más alto de los dos elfos llevaba una túnica del mismo color ceñida por un cinturón rojo. Tenía un gran bigote de color blanco, igual que el cabello, y una mirada seria pero amable con la que lo observaba fijamente en aquel momento. Sus ojos centelleaban como la escarcha de la mañana bajo la luz del sol.

—¿Quién eres? —le preguntó Nikolas.

Aunque, en realidad, lo que quería decir era qué eres.

—Yo soy Manduquita —respondió la niña elfo—. ¿Cómo te llamas tú?

—Nikolas.

—Yo soy Papá Topo, el abuelo de Manduca —dijo el otro elfo mientras miraba a su alrededor para ver si alguien los observaba—. Bueno, para ser más exactos, más bien tatara-tatara-tatara-abuelo. Somos elfos.

Elfos.

—¿Estoy muerto? —preguntó Nikolas.

Lo cual era una pregunta un poco tonta, ya que, por primera vez en varias semanas, podía sentir la sangre caliente fluyendo por sus venas y la emoción hinchando su pecho.

—No. No estás muerto —dijo Papá Topo—. ¡A pesar de lo mucho que debes de haberlo intentado! Estás vivito y coleando; principalmente gracias a la bondad que hemos encontrado dentro de ti.

Nikolas se sintió confuso.

—Pero... no tengo frío. Y me siento con fuerzas.

—El abuelo ha hecho algo de magia —le explicó Manduquita.

—¿Magia?

—Un beljuro.

—¿Beljuro? ¿Qué es eso?

Manduquita miró a Nikolas y a continuación a su abuelo; luego, posó de nuevo su mirada en Nikolas.

—¿No sabes lo que es un beljuro?

—preguntó ella.

Papá Topo bajó la mirada hacia la pequeña elfa.

—Viene del otro lado de la montaña. No existe mucha magia allá de donde vienen los humanos —dijo sonriendo a Nikolas y a Relámpago—. Un beljuro es un hechizo de esperanza.

Solo hay que cerrar los ojos y desear algo. Si se desea de la manera correcta, tu deseo puede hacerse realidad. Es uno de los hechizos más fáciles de realizar, según el primer *Libro de la esperanza y lo maravilloso*. Se trata de un libro élfico sobre magia. Puse mi mano sobre ti y tu reno y deseé que volvieran las fuerzas y la vida a tu interior, y que siempre estuvieras seguro y protegido.

—¿Siempre seguro y protegido? —preguntó Nikolas, confuso, mientras Relámpago le lamía la oreja—. Eso es imposible.

Manduquita pegó un respingo mientras Papá Topo le tapaba los oídos.

—Los elfos nunca jamás pronunciamos esa palabra —dijo negando con la cabeza—. Algo imposible es solo algo que aún no sabes que es posible... En fin, ahora debes irte de Elfhelm. Inmediatamente.



—¿Elfhelm? ¿El pueblo de los elfos? —preguntó Nikolas—. Pero si ni siquiera he llegado allí.

Manduquita soltó una gran carcajada élfica, la cual, por cierto, suele ser muy larga. Papá Topo le echó una mirada severa.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? —preguntó Nikolas, pensando que, a pesar de que le hubieran salvado la vida unos minutos antes, seguía siendo muy poco educado reírse de alguien en su cara.

—Estamos ahora mismo en la calle de las Siete Curvas —dijo Manduquita con una risita disimulada.

—¿Qué? Esto no es una calle. Estamos en medio de la nada. No hay más que nieve. Y... una especie de... colores.

Manduquita se dirigió a Papá Topo.

—Díselo, abuelo, díselo.

Papá Topo miró a su alrededor para comprobar que nadie los observaba y de forma apresurada le explicó:

—Este es el Gran Sendero de Elfhelm. Estamos en el extremo sudeste del pueblo. La calle sigue toda recta en dirección oeste hasta las Colinas Boscosas, más allá de los límites de la aldea.

—¿Las Colinas Boscosas? —preguntó Nikolas—. Pero, yo no veo nada. Tan solo esos colores en el aire.

—Y allí está el lago Plateado y el Campo de los Renos, y todas las tiendas de la calle del Campo de los Renos —añadió Manduquita, dando saltitos arriba y abajo y señalando hacia el norte.

—¿El lago? ¿Qué lago?

—Y allí está el Ayuntamiento de Elfhelm —prosiguió ella, apuntando hacia un punto concreto en medio de la nada.

Nikolas no comprendía lo que estaba sucediendo.

—¿De qué estás hablando? —dijo poniéndose de pie.

—¿Es que es ciego? —le preguntó Manduquita a su abuelo.

Papá Topo observó a Nikolas, y luego se dirigió a Manduquita y le explicó:

—Para ver algo, has de creer en ello. Creer de verdad. Esa es la primera regla de los elfos. No puedes ver algo en lo que no crees. Vamos a probar, intentalo con todas tus fuerzas y veamos si eres capaz de ver aquello que has estado buscando todo este tiempo.



El pueblo de los elfos

Nikolas miró a su alrededor, y lentamente los cientos de colores que flotaban en el aire fueron, poco a poco, perdiendo su apariencia espectral y haciéndose cada vez más reales, más intensos, más vívidos y sólidos. Nikolas observó cómo los colores, que antes habían estado pululando en el aire como gases incorpóreos, pasaban a juntarse formando líneas y formas: cuadrados, rectángulos, triángulos... Calles, casas, un pueblo entero que aparecía de repente de la nada: el pueblo de los elfos. Estaban en medio de una calle llena de casitas de color verde. Luego había otra calle más grande que cruzaba la zona por el este. Nikolas bajó la mirada al suelo: seguía estando llena de nieve, eso no había cambiado. A continuación, se fijó en la ancha calle que se abría ante sus ojos en dirección norte. A cada lado de la calzada había casas de madera con los tejados cubiertos de nieve. Nikolas vio que una de ellas tenía un zueco gigante de madera colgando del exterior de la fachada. Otra tenía una pequeña peonza multicolor dibujada en un letrero; probablemente fuera una tienda de juguetes. Un poco más allá se divisaba el lago del que había hablado Manduquita, como un enorme espejo ovalado, justo al lado de un campo en el que pastaba un gran número de renos. *Relámpago* también se había fijado ya en él, y lo observaba desde la distancia lleno de interés.

Al oeste, antes de llegar a las Colinas Boscosas, había una gran y oscura torre circular que apuntaba hacia el cielo. Luego, todo recto hacia el norte, estaba el otro lugar que había señalado antes Manduquita: el Ayuntamiento de Elfhelm, construido con unas vigas de madera muy oscura, casi negra. Era con diferencia el edificio más grande de todo el pueblo. No tan alto como la torre —solo tenía dos pisos—, pero mucho más ancho y con cerca de treinta ventanales iluminados que centelleaban en la oscuridad. Nikolas oyó unos cánticos que procedían de ese edificio, acompañados de un olor dulce y maravilloso que llegaba hasta él arrastrado por el viento. Un aroma que no había olido desde hacía más de un año: galletas de jengibre. A decir verdad, estas olían aún mejor que las de la panadería de Kritiinankaupunki.

—¡Guau! ¡Elfhelm...! Mi padre tenía razón. Es tal y como me lo describió.

—Me gusta tu gorro —dijo Manduquita.

—Gracias —respondió Nikolas quitándoselo de la cabeza y contemplándolo por un instante—. Es de mi padre. Salió con una expedición en busca de Elfhelm, precisamente. Quería averiguar si lo había conseguido. Iba con otros seis hombres. Se llama...

Sin embargo, Manduquita lo interrumpió hablando con entusiasmo:

—¡El rojo es mi color favorito! Después del verde. Y del amarillo. Bueno, en realidad me gustan todos los colores. Excepto el violeta. El violeta me hace pensar en cosas tristes. ¡Mira, allí es donde vivimos! —exclamó la niña señalando hacia una cabaña roja y verde que había a poca distancia.

—Estupendo —dijo Nikolas—. Pero me preguntaba si no habrás visto también a un ratoncillo por aquí.

—¡Sí! —exclamó Manduquita.

Papá Topo le tapó rápidamente la boca con la mano.

—Muy bien, niño humano, ahora que ya has visto Elfhelm, lo mejor es que subas de nuevo a tu reno y regreséis a casa los dos —dijo Papá Topo—. Sea lo que sea que buscas, no está aquí.

Relámpago dio un pequeño empujón con el hocico en el hombro a Nikolas, como si hubiera entendido el porqué de las repentinamente prisa de Papá Topo porque se fueran. Sin embargo, Nikolas permaneció inmóvil donde estaba.

—He llegado hasta aquí para encontrar a mi padre —replicó—. He recorrido más de mil kilómetros. *Relámpago* y yo no vamos a darnos la vuelta y a regresar por donde vinimos así sin más.

El viejo elfo meneó la cabeza con pesar.

—Lo siento. Pero no es muy inteligente que, siendo humano, te quedes aquí. Debes volver al sur. Es por tu propio bien.

Nikolas miró a los ojos a Papá Topo.

—Mi padre es todo lo que tengo en este mundo. Necesito saber si consiguió llegar a Elfhelm —imploró Nikolas.

—¡Podría ser nuestra mascota! —sugirió Manduquita.

—No creo que a los humanos les guste la idea de ser mascotas, Manduquita —replicó Papá Topo dándole una colleja en el cogote a la niña elfa.

—Por favor, he venido aquí en son de paz. Solo quiero saber qué le ha pasado a mi padre.

Papá Topo reflexionó un instante y dijo:

—Supongo que teniendo en cuenta la época del año en la que estamos es posible que exista alguna posibilidad de que tu presencia sea bienvenida.

—¡Vamos a llevarlo al Ayuntamiento! —añadió con emoción Manduquita.

—No causaré ningún problema. Lo prometo —les aseguró Nikolas.

Papá Topo echó un rápido vistazo a la torre circular que había al oeste y añadió:

—Los problemas no siempre se crean. A veces ya están ahí.

Nikolas no tenía ni idea de lo que había querido decir. De cualquier manera, se puso a seguir a los dos elfos cuando estos echaron a andar con sus zuecos en dirección al Ayuntamiento, más allá del lago. Entraron primero en una calle ancha y llena de tiendas con un letrero que ponía sencillamente: «Gran Sendero». Pasaron junto a una tienda de zuecos, una panadería con los cristales empañados y una tienda de juguetes con un cartel en el que se ofrecían clases para aprender a montar en trineo.

También pasaron junto a una casa que tenía un tejado torcido de tejas negras y los cristales de las ventanas hechos de hielo. *El Diario de la Nieve*, se podía leer en un letrero que había en el exterior.

—El principal periódico élfico —le explicó Papá Topo—. Nada más que sandeces sensacionalistas.

Había un montón de ejemplares gratuitos amontonados a la entrada.

«ROSQUETILLO SIGUE DESAPARECIDO», rezaba el titular. Nikolas se quedó pensando quién sería Rosquetillo. Estuvo a punto de preguntárselo a sus guías, pero como los elfos son pequeños, andan muy deprisa, y en ese momento ya iban varios metros por delante de Nikolas. Tanto a él como a Relámpago les costaba seguir su ritmo.

—¿Qué es esa torre tan alta? —preguntó.

—Mira —respondió Papá Topo cambiando de tema y señalando una fina vara de color verde clavada sobre la nieve—. Este es el Polo Norte.

Manduquita preguntó alzando la voz:

—¿Crees que Papá Vodol será amable con él?

—Sí, ya verás como no pasa nada —respondió el viejo elfo—. Vamos, Manduquita. Nosotros, los elfos, somos hospitalarios y amables de corazón. Bueno, al menos lo hemos sido siempre. Hasta Papá Vodol sabe eso...

PRECIO:
2
MONEDAS
DE CHOCOLATE



EL DIARIO DE LA NIEVE

EL PERIÓDICO FAVORITO DE TODO ELFO

ROSQUETILLO SIGUE DESAPARECIDO



IT IS NOT CHRISSMAS
IT'S ANOTHER LOST YR
IT WAS THE FAIRY WHO
TOLD ME HE WAS MISSING
THAT IT WAS THE FAIRY
WHO MADE MANDUQUITA

TOOK THE FAIRY JEWEL
AND NOW THE LITTLE TOAD
HAS BEEN MISSING NOW
FOR THREE WEEKS AND
WE ARE FEARING THE WORST
AND HOPING HE WILL COME
BACK SOON

AMORE WHOM EVER HE
IS, I HOPE HE WILL COME
BACK SOON AND THAT HE
WILL BE OKAY AND
NOT GET HURT AGAIN

LA GRIPE DEL RENO AZOTA ELFHELM

REINHORN IS IN JELLY COLD
IF IS NOT EXACTLY IT
BUT IT IS A LOT OF HURTING
LAST YEAR ALL THE GRABS
HAVE THE SAME THERAPY
BUT FOR THIS TIME
THEY ARE PUSHING THE NORTHWARD
REINHORN INFECTION SPECIALIST DOCTOR
ROSTE VAN REINHORN HAS ANNOUNCED
SHE CAN ONLY TREAT ONE PATIENT AT A TIME



CABEZAS DE ADVERTENCIA
ELF SENAL GRAN RIBETS
EL TOTALE ALTAZAR POCAT.

UNAS RAÍCES DE PINO PROVOCAN EL CAOS EN EL AYUNTAMIENTO



AFTER THREE-MARS WORKS
OF UNDERGROUND MILITARY
WERE PINE GROWTH PAPER
TO BE AT THE ROOT (NO PINE
MOUNTAINS) OF THAT VILLAGE
HAD SIMPLE PROBLEMS.
ELF (BUT) WHICH IS CONVENIENT
THE NECESSITY WHICH

Nikolas no entendía nada.

—Esto... ¿Papá Tipo?

—Topo —lo corrigió el viejo elfo.

—Papá Topo, perdón. Solo quería saber si...

—¡Ahí lo tienes, Relámpago! —exclamó interrumpiéndolo Manduquita.

Habían llegado al lago de hielo cristalino. Justo a la orilla se extendía un campo abierto lleno de renos en el que estos pastaban felizmente.

—¿Sabéis si mi padre...?

—¡Ay, mis queridos animalejos! ¡Venid! ¡Aquí tenéis a un nuevo amigo!

—dijo Papá Topo interrumpiéndolo también y dirigiéndose a los renos.

Mientras tanto, Manduquita se puso de nuevo a hablar acerca de sus colores favoritos.

—Me gusta bastante el color añil. Es mucho más bonito que el violeta. Y el granate. Y el turquesa. Y el magenta.

Relámpago permaneció detrás de Nikolas acariciándole el hombro con el hocico.

—Es un poco tímido —le explicó el chico a Papá Topo.

No obstante, uno de los renos, una hembra, se les acercó y compartió generosamente con *Relámpago* algo de su alimento. Por un momento, a Nikolas le pareció ver que las patas del animal se levantaban del suelo, dejando un espacio entre el cuerpo del reno y el sitio en el que comenzaba su sombra. Aunque, lo más seguro es que todo fueran imaginaciones suyas...

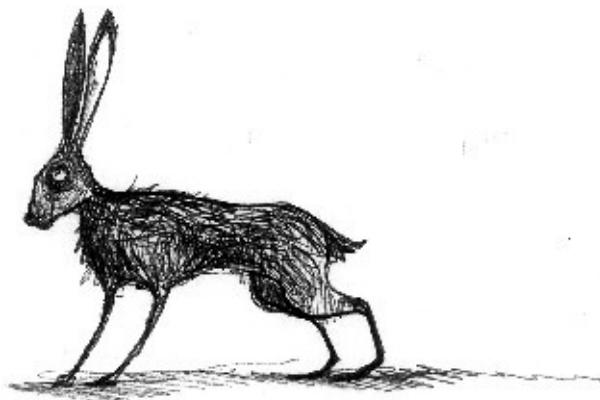
—Ah, esta es *Trueno* —dijo Manduquita—. La más simpática de todos.

Manduquita comenzó a recitar los nombres del resto de los renos de la manada.

—Y allí está *Cometa*, el de la mancha blanca en el lomo, y *Saltarín*, qué gracioso es, jugando con *Cupido*. Este te lame la mano si se la acercas. Ah, y..., y... la oscura, esa es *Raposa*, que es un poco cascarrabias, y ese es *Bailarín*, y *Brioso*, que es el más rápido de todos...

—¿Estás bien, chico? —le preguntó Nikolas a *Relámpago*.

Sin embargo, el reno ya estaba a su aire, haciendo amigos. Nikolas se fijó en que la herida de su pata había cicatrizado por completo.



Una vez que dejaron a *Relámpago* pastando alegremente, continuaron su camino y pasaron junto a una indicación que señalaba en dirección oeste y que ponía: «Las Colinas Boscosas, el Lugar Donde Habitán los Duendes». Instantes después, la música que antes había oído lejana comenzó a sonar más alta, y el aroma a galletas de jengibre a hacerse más intenso. Una extraña sensación, mezcla de temor y excitación, se apoderó de Nikolas hasta que, finalmente, llegaron a la puerta del viejo Ayuntamiento del pueblo.

—¡Ah! ¿Sabes qué día es hoy, verdad? —le preguntó Papá Topo con una sonrisita nerviosa.

—No. ¡No sé ni en qué mes estamos!

—¡Hoy es 23 de diciembre! Faltan dos días para Navidad. Estas son nuestras fiestas navideñas. Las únicas que se nos permite celebrar ya. Aunque no son tan vistosas como solían serlo, ya que ahora está prohibido bailar la cachizumba.

Nikolas no podía creerse que hubiera estado tanto tiempo de viaje. Aunque, como estaba a punto de descubrir, había cosas más difíciles aún de creer.

El misterio de Rosquetillo

iendo como era un niño de once años más o menos alto, Nikolas no tuvo más remedio que inclinarse un poco para entrar por la puerta del Ayuntamiento del pueblo de Elfhelm. Sin embargo, una vez estuvo dentro, quedó impresionado por lo que tenía ante sus ojos. Había siete grandes mesas de madera extremadamente largas, alrededor de las cuales se hallaban sentados los elfos. Cientos de ellos. De todos los tipos: elfos pequeños, elfos un poco menos pequeños, niños elfos, elfos adultos, elfos delgados, elfos gordos y otros ni gordos ni delgados.

Siempre había imaginado que ver elfos sería lo más maravilloso del mundo; sin embargo, la atmósfera, por el contrario, era bastante deprimente. Estaban todos separados según el color de su túnica.

—Yo soy un túnica verde —dijo Papá Topo—. Lo cual significa que nos sentamos en la mesa principal. Los túnica verde son los miembros del Consejo Élfico. Los de la túnica azul son los elfos especializados en algo, como en hacer juguetes, trineos o galletas de jengibre. Y los de la túnica marrón son los elfos que no están especializados en nada. Antes no era así. Antes de Papá Vodol todos nos sentábamos juntos. Eso es lo que significaba ser elfo: la solidaridad y la unión. Formar parte de un todo.

—¿Quién es Papá Vodol?

—¡Chist! No tan alto. Te va a oír.

Nikolas siempre se había hecho la imagen de las Navidades élficas con todo el mundo cantando y bailando, y con cantidades enormes de dulces y caramelos. Y el caso es que sí que había dulces y caramelos: todo el lugar olía a canela y galletas de jengibre; sin embargo, ninguno de los elfos parecía estar disfrutando mucho de la fiesta. Es cierto también que había cánticos, pero los entonaban con la voz más triste y apesadumbrada que uno pudiera llegar a imaginarse; a pesar de las letras alegres, como esta:

*Los problemas vienen y van,
igual que tormentas se calman.*

*Si podemos reír y cantar,
los problemas no serán nada.
¡Festejemos la Navidad
desde la noche hasta el alba!*

No obstante, nadie parecía estar festejando nada. Todos los rostros estaban tristes o se veían amargados. Nikolas se sintió incómodo.

—¿Qué es lo que les ocurre a todos? —le preguntó a Papá Topo—. ¿Por qué están todos tan tristes?

Antes de que Topo pudiera contestarle, su tatara-tatara-tatara-tataranieta demostró que no todos los elfos estaban tristes o deprimidos.

—¡Ya casi es Navidad! —exclamó chillando de alegría.

De repente, se hizo un tenso silencio en el ambiente, como si todo el mundo en la estancia estuviera aguantando la respiración. Los elfos habían advertido ya su presencia y miraban fijamente a Nikolas.

Papá Topo se aclaró la garganta.

—¡Hola, compañeros! ¡Al parecer tenemos un invitado especial que ha venido justo a tiempo para celebrar con nosotros las fiestas! Como es Navidad, creo que es nuestra obligación ser amables con el prójimo. Así pues, me parece que no estaría de más que todos nosotros le mostráramos algo de nuestra tradicional hospitalidad élfica a nuestro invitado, a pesar de que sea un humano.



Un clamor generalizado estalló nada más acabar de hablar Papá Topo.

—¡Un humano! ¡¿Y qué pasa con las Nuevas Normas?! —exclamó uno de los elfos ataviados con túnica azul. Este, que tenía una extraña barba como a rayas blancas y negras, señalaba una hoja, arrancada de *El Diario de la Nieve*, que se hallaba clavada en la pared y en la que se podía leer: «LAS NUEVAS NORMAS DE LOS ELFOS».

Nikolas sonrió de manera forzada y saludó con la mano; aunque solo obtuvo como respuesta un incómodo silencio generalizado, excepto por un niño elfo que le devolvió el saludo también con la mano. Algunos de los elfos más mayores refunfuñaban y chasqueaban la lengua. Nada de aquello tenía sentido alguno. ¿No se suponía que los elfos eran amistosos? Siempre que Nikolas había pensado en ellos se los había imaginado como criaturas felices, sonrientes, danzarinas, dedicadas a hacer juguetes y ofreciéndose entre ellos galletas de jengibre. Eso era, desde luego, lo que su padre le había contado. Aunque es posible, tal vez, que aquellas historias no fueran del todo acordes a la realidad... Aquellos elfos que tenía delante lo único que hacían era contemplarlo con desprecio de arriba abajo sin decir nada. Nunca había creído que mirar de aquella manera fuera algo propio de un elfo.

—¿Me voy? —preguntó Nikolas, sintiéndose realmente incómodo.

—No. No, no, no. No. No —dijo Manduquita.

A lo que añadió, por si no había quedado claro, un nuevo: «No».

Papá Topo negó también con la cabeza.

—No hay ninguna necesidad. Siéntate con nosotros. Vamos a buscar sitio en la mesa principal.

Todo el mundo permaneció en silencio, escuchando el sonido de los zuecos de Papá Topo sobre las baldosas mientras los tres se dirigían al otro extremo del salón. No había mucha luz. Tan solo la llama de cinco antorchas en cada una de las paredes; aunque, a decir verdad, a Nikolas no le habría importado en absoluto que hubiera menos aún, de tal manera que nadie pudiera verlo. De hecho, lo que realmente deseaba era desaparecer de allí; por muy tentadora que, para un niño que no se había llevado a la boca en las últimas tres semanas más que champiñones y alguna que otra mora, pudiera parecer toda aquella comida sobre la mesa.

Galletas de jengibre.

Sopa de higos.

Pastelitos de mermelada.

Tarta de arándanos.

Manduquita cogió de la mano a Nikolas. Su mano era pequeña, pero sus dedos eran alargados y finos, con pequeñas uñas puntiagudas. Ella, como

muchos elfos jóvenes, sabía identificar la bondad en los demás nada más verla. No tenía duda alguna de que, a pesar de ser humano y tener orejas humanas, Nikolas no era alguien de quien tener miedo. Ella lo condujo hasta su asiento. La mitad de los elfos que había sentados a la mesa se levantaron horrorizados en cuanto vieron que se aproximaba hacia ellos, lo cual le dejó un buen número de asientos donde elegir. Se sentó justo al lado de Manduquita y, nada más hacerlo, la visión de tanta comida deliciosa lo hizo olvidarse por un momento de todos aquellos elfos que no dejaban de devorarlo con la mirada. Agarró un cuenco de sopa de higos que había en mitad de la mesa y se lo bebió de un trago. A continuación, se metió de un tirón en la boca cuatro pastelitos de mermelada, y acababa de atacar unas galletas de jengibre cuando, de repente, se fijó en una elfa que había enfrente de él, la cual no dejaba de mirarlo con reprobación: tenía el pelo rubio recogido en dos trenzas, que le salían de la cabeza de forma horizontal, formando dos líneas totalmente paralelas al suelo.

—Aquí no queremos a los de tu especie —dijo susurrando—. No desde lo que pasó la última vez.

—¡Pero él es bueno! —replicó Manduquita—. Lleva un gorro rojo. ¡Nadie que lleve un gorro rojo puede ser mala persona! El rojo es el color de la vida, del amor y del atardecer.



—¿La última vez? —preguntó Nikolas.

—Déjalo en paz, Mamá Ridi —intervino Papá Topo—. Es inofensivo.

—¿Inofensivo? ¿Inofensivo? ¡Inofensivo! ¡Que es inofensivo, dice! Pregúntale a Rosquetillo si es inofensivo... Es un humano. Ningún humano es inofensivo.

Otro elfo con cara solemne, sentado al extremo opuesto de la mesa, saltó con voz chillona:

—¡A Papá Vodol no le va a hacer mucha gracia esto!

Papá Topo reflexionó un instante.

—Puede que así sea, Papá Leal, pero nosotros somos buenos elfos —respondió suspirando con cierto cansancio.

Nikolas se sintió perdido de nuevo.

—¿Quién es Rosquetillo? —preguntó, recordando el titular de *El Diario de la Nieve*.

Nada más pronunciar el nombre de Rosquetillo, el resto de los elfos sentados a la mesa dejaron de comer.

—Creo que lo mejor será que no digas nada —advirtió Papá Topo haciéndole a Nikolas un gesto para que guardara silencio.

—¿Puedo preguntar solo una cosa más? —dijo este.

—Yo que tú terminaría de comer, y después, lo mejor sería que nos...

Antes de que Papá Topo pudiera acabar la frase, otro elfo se acercó a la mesa. Un elfo más alto que los demás; aunque, sentado frente a Nikolas, venía a ser más o menos de su misma altura. Tenía una larga nariz puntiaguda, así como una barba negra que le llegaba casi hasta las rodillas, cubriendo la túnica. Su rostro poseía ese gesto de molestia e insatisfacción de alguien que anduviera permanentemente contra un fuerte viento helado. Sostenía un bastón negro de madera. Cuando apareció, todos los elfos que seguían sentados a la mesa miraron hacia otra parte, bajaron la cabeza o se pusieron a juguetear nerviosamente con la comida.

—¡Ya está bien de cánticos! —exclamó dirigiéndose al resto del salón—. Cantar lleva a la alegría, y la alegría lleva al atontamiento. Ya os lo he dicho. Ahí tenéis la prueba.

El elfo señaló a Nikolas de forma inquisitiva, y este dejó de comer también, topándose de repente con la mirada acusatoria de aquel ceñudo elfo de barba negra. El corazón comenzó a latirle con fuerza, y un mal presentimiento se apoderó de él.

LAS NUEVAS NORMAS DE LOS ELFOS

- 1. Respetar la división por túnicas.
- 2. No bailar la cachizumba.
- 3. No jugar con juguetes en público.
- 4. No jugar con peonzas en público NI en privado.
- 5. Evitar la alegría y la diversión en todo momento.
- 6. Preocuparse más.
- 7. No practicar la bondad.
- 8. Anteponer los intereses propios a los de los demás.
- 9. No hablar con los duendes, los troles ni cualquiera que no sea un elfo.
- 10. Nunca, bajo ninguna circunstancia, permitir a un humano entrar en Elfhelm.



Un encuentro desagradable

 —¡Ahh, Papá Vodol! —lo saludó Papá Topo—. Qué fiesta de Navidad más maravillosa. Está muy bien que usted, como presidente del Consejo Élfico, la haya organizado tan...

—¡Dejémonos de Navidades! —lo interrumpió Papá Vodol.

El salón quedó en completo silencio. A continuación, Papá Vodol retomó la palabra con un tono bastante amenazante.

—Papá Topo, tengo que hablar contigo y con el humano. En la Sala del Consejo. Ahora.

—¿En la Sala del Consejo?

El elfo levantó su báculo y señaló con él la escalera.

—Ahora mismo, Papá Topo. Sin más demora. Rápido como un reno.

Papá Topo asintió. Se dio media vuelta, le dijo a Manduquita que lo esperara allí y le hizo una seña a Nikolas para que lo siguiera. Y eso fue lo que hizo el chico humano, aunque se sintió un poco ridículo al tener que agacharse mientras subía la escalera, que conducía a un piso de techos muy bajos y vigas de madera aún más bajas.

Nikolas siguió a los dos elfos y pasó por delante de otros dos, vestidos de negro y sin barba, que flanqueaban una puerta en la que ponía: «Sala del Consejo». Un instante después, se halló en una estancia que, una vez más, volvía a ser un poco baja para él. Había una gran mesa rodeada de veinte sillas, cada una de ellas con un nombre grabado en el respaldo.

—¡Cerrad la puerta! —ordenó Papá Vodol antes de dirigirse a Papá Topo señalando la silla con su nombre—. ¿Es que acaso no estabas en nuestra última reunión, Papá Topo?

—Sí, sí. Estaba.

—Entonces, estarás al tanto de las nuevas reglas de los elfos. Prohibido traer humanos aquí.

—Bueno, yo no lo he traído aquí. Me lo he encontrado. A él y a su reno, tirados en la nieve. A un paso de la muerte, así que yo..., pues yo...

Conforme Papá Topo iba poniéndose nervioso, Papá Vodol se quedó mirando fijamente a los zuecos del elfo de pelo blanco, y en una décima de segundo este comenzó a levitar y a flotar por los aires.

—¿Pues yo qué? —lo invitó a continuar Papá Vodol.

Nikolas se percató de que Papá Topo comenzaba jadear, como si le faltara el aliento, a pesar de que Papá Vodol no estaba cerca de él en absoluto. Papá Topo dio media vuelta en el aire hasta quedar con la cabeza hacia abajo mientras seguía subiendo hacia el techo, sin poder agarrarse a nada. Unas galletas se le cayeron del bolsillo. El bigote le pendía sobre la nariz.

—Por favor —intercedió Nikolas—. No es culpa suya. Solo intentaba ser...

Entonces, la boca de Nikolas se cerró repentinamente de golpe y dejó de hablar. No podía mover los labios ni la mandíbula. Papá Vodol podía ser bajito, pero su magia era poderosa.



—Lancé también un... hechizo —farfulló Papá Topo.

Papá Vodol frunció el ceño, visiblemente enfadado.

—¿Un beljuro? ¿En un humano?

El elfo que estaba cabeza abajo asintió.

—Sí, Papá Vodol. Lo siento. Pero era el único modo de salvarlo. Además, un beljuro solo funciona en alguien que es buena persona, así que pensé que no pasaría

nada. Y estaba con Manduquita. ¿Qué ejemplo le habría dado si lo hubiera dejado morir allí mismo, ante sus ojos?

—¡¿Sabes lo que eso significa?! ¿No te das cuenta de que le has dado poderes a un humano que nunca debería tener? ¡Lo que tenías que haber hecho era decirle a Manduquita lo que le pasó a Rosquetillo!

Nikolas intentó decir algo, pero sus mandíbulas seguían bloqueadas y su lengua inerte como un pez muerto en el interior de su boca.

—No. No quiero asustarla. Quiero que ella crea en las cosas buenas de la gente. Incluso de los humanos. Ella es capaz de ver el bien en...

La cara de Papá Vodol se fue poniendo cada vez más roja por encima de su barba, como si fuera un sol que se oculta tras un bosque de espinas. Los muebles comenzaron a moverse, parecía que la sala entera compartiera la furia de Papá Vodol.

—Nuestros poderes no son para los humanos.

—Por favor —suplicó Papá Topo—. Recordemos cómo solían ser antes las cosas. Antes de... Somos elfos. Usamos nuestros poderes para hacer el bien. Acuérdese. Cuando su periódico estaba lleno solo de buenas noticias...

Papá Vodol se echó a reír.

—Es cierto. *El Diario de la Nieve* solía estar lleno de buenas noticias. Pero las buenas noticias no venden.

—¡Pero lo bueno es siempre lo mejor!

Papá Vodol asintió con la cabeza.

—No estoy en desacuerdo contigo, Papá Topo. Desde luego que debemos usar nuestros poderes para hacer el bien. Esa es la razón por la que hemos de mandar un mensaje claro al resto de los elfos: aquí ya no se permite la presencia de forasteros. Debemos permanecer unidos en nuestro empeño. Es una suerte para esta comunidad que no haya nadie aquí con más fuerza de voluntad que el Portador del Báculo, que soy yo. Yo fui elegido de forma democrática para dirigir Elfhelm como me parezca apropiado.

Papá Topo, aún suspendido en el aire, replicó con dificultad:

—Seamos sinceros, Papá Vodol, ayudó bastante que fuera el dueño de *El Diario de la Nieve* y que utilizara el periódico para apoyar su elección.

—¡Fuera! —exclamó Papá Vodol.

Guiado por la mera voluntad de Papá Vodol, el viejo Papá Topo salió despedido por la ventana. Nikolas oyó el ruido sordo de su cuerpo chocando contra el agua y fue corriendo a asomarse para ver si el elfo había aterrizado en el lago que había justo en el exterior del edificio. Intentó gritar y preguntarle si estaba bien; sin embargo, su boca seguía sellada a cal y canto.

—Muy bien, humano, ahora dime por qué has venido aquí —lo conminó Papá Vodol.

Nikolas se volvió hacia el furioso elfo de barba negra. Entonces sintió como el calor volvía a sus mandíbulas y estas se blandaban y desencajaban. Su lengua volvió a la vida.

—Quería llegar al Lejano Norte. Quería encontrar...

—¿Qué? —preguntó Papá Vodol metiéndose la mano en el bolsillo y sacando un ratón—. ¿Este ratón?

Miika miró a Nikolas aterrorizado.

—¡*Miika*! ¿Estás bien?

—No te preocupes, los ratones sí son bienvenidos aquí. Ellos nunca nos han hecho ningún daño...

Papá Vodol pegó un pequeño resingo de dolor. *Miika* acababa de morderlo.

Un instante después, el ratoncillo saltó de su mano y corrió a toda prisa hasta Nikolas, que lo recogió del suelo y lo colocó sano y salvo dentro de su bolsillo.

—Bueno, ya tienes lo que venías buscando. Ahora márchate. Largo de mi vista.

—No. No del todo. Quería encontrar a mi padre —replicó Nikolas.

Los ojos del elfo se abrieron de par en par.

—¿Y por qué pensaste que estaría aquí? —preguntó desconfiado.

—Porque iba al Lejano Norte. Él siempre me dijo que erais reales. Los elfos, quiero decir. Creía que sí existíais. Y yo también. Bueno, el caso es que tomó el camino del Lejano Norte con otros para encontrar pruebas de vuestra existencia —respondió Nikolas, sintiendo, de repente, cómo su voz se quebraba y se desmigajaba como si fuera una galleta de jengibre—. Aunque no sé si llegó a conseguirlo...

El elfo se acarició la barba.

—Hummm... Interesante.

Su tono parecía ya más relajado. Sobre la mesa había una casa hecha de galletas de jengibre. Desgajó un trozo del tejado y se lo llevó a la boca. A continuación, se aproximó un poco a Nikolas.

—Describeme a tu padre. ¿Qué aspecto tiene? —le preguntó, dedicándole incluso una sonrisa curiosa.

—Es alto. Mide casi el doble que yo. Y es fuerte, porque es leñador. Viste ropa de colores, un poco hecha jirones, y lleva consigo un trineo y un hacha y...

Los ojos de Papá Vodol volvieron a abrirse de par en par.

—Dime, solo por curiosidad, ¿cuántos dedos tiene tu padre?

—Nueve y medio —respondió Nikolas.

Papá Vodol sonrió.

—¿Lo ha visto? ¿Sigue vivo? —preguntó Nikolas con desesperación.

Papá Vodol levantó la mano con la que sostenía el báculo. En un segundo, Nikolas vio cómo la mesa se levantaba del suelo, junto con las sillas, y volvía a caer con estrépito, atravesando el suelo y desplomándose sobre el salón donde, un piso más abajo, el resto de los elfos continuaban con el banquete de

Navidad. La mesa y las sillas se hicieron añicos, y no golpearon a nadie por un pelo.

Todos los elfos reaccionaron anonadados. Elevaron la mirada y pudieron ver, allí, de pie en la Sala del Consejo, a Nikolas y a Papá Vodol, que en ese momento levantaba la voz para que todos lo oyieran.

—A ver si lo he entendido bien... ¿TU PADRE ES JOEL, EL LEÑADOR?

Nikolas no podía responder con otra cosa más que con la verdad.

—Sí.

Los elfos del piso de abajo comenzaron a cuchichear entre ellos, cada vez más fuerte, hasta acabar diciéndose a viva voz entre ellos:

—¡Su padre es Joel, el leñador!

—¡Su padre es Joel, el leñador!

—¡Su padre es Joel, el leñador!

—¿Mi padre consiguió llegar hasta aquí? ¿Consiguió llegar hasta el Lejano Norte? ¿Hasta Elfhelm? ¿Lo conocéis? ¿Sigue... sigue aquí? — preguntó Nikolas con vehemencia, olvidándose del problema en el que parecía acabar de meterse, fuera el que fuera.

Papá Vodol se acercó hasta Nikolas bordeando el agujero que había hecho en el suelo. Lo bastante como para que el chico pudiera percibir su aliento de licor de camemoro y ver la gran y alargada cicatriz que asomaba debajo de su barba.

—Oh... Ya lo creo que llegó hasta aquí. Era uno de ellos.

—¿Qué quiere decir «uno de ellos»? ¿Qué habéis hecho con él?

Papá Vodol respiró profundamente y cerró los ojos. Su frente pareció empezar a burbujejar y a dibujarse en ella como una especie de olas azotadas por el viento. Entonces hizo una de las cosas que más le gustaba hacer: un Gran Discurso. Que decía así:

—Oh... Hice algo con él, sí... —comenzó Papá Vodol—: Confiar en él. Ese fue mi mayor error como presidente del Consejo Élfico. Me dejé llevar por la bondad de los elfos que vivían aquí. Sin embargo, yo siempre supe, de alguna manera, que la bondad no es más que una forma de flaqueza. Y que esta nace de la felicidad. Así pues, he luchado muy duro estos últimos tiempos para aumentar el malestar de esta comunidad. La infelicidad está exageradamente infravalorada, especialmente entre los elfos. Durante mil años, los elfos estuvieron siempre felices y alegres. Hacían regalos para visitantes que nunca llegaban a aparecer por aquí. Construyeron incluso una Torre de la Bienvenida. ¡Qué estúpidos hemos sido! Cada martes, fuera quien

fuese el presidente del Consejo, nos sentábamos todos juntos para hablar de estrategias de bienvenida. ¡NUNCA HUBO NADIE AL QUE DAR LA BIENVENIDA!

Hizo una pausa de un segundo y señaló uno de los varios retratos de elfos que había colgados de la pared. Uno en el que se veía a una elfa con una gran mata dorada de pelo y una enorme y generosa sonrisa de oreja a oreja.

—Mamá Hiedra —continuó—. Ella fue la presidenta del Consejo Élfico antes que yo. Lo fue durante ciento siete años. Su eslogan era: «¡Alegria y felicidad para todos!». Me indignaba. Y no solo a mí... Cada vez más, con el paso de los años, los elfos comenzaron a darse cuenta de que era erróneo vivir por y para otras personas. Así pues, me presenté a las nuevas elecciones con un nuevo eslogan: «Elfhelm para los elfos». Y las gané. Fue coser y cantar. Mamá Hiedra me deseó lo mejor, por supuesto, me hizo un pastel de frutas y me regaló unos largos calcetines de lana. Yo le encargué la misión de ir como enviada de paz al bosque de los troles, y en una semana se la habían comido. Se la comieron entera, salvo su pie izquierdo, porque tenía juanetes. Ahora me doy cuenta de que ella no era, probablemente, la persona ideal para aquella tarea. Era demasiado amigable.

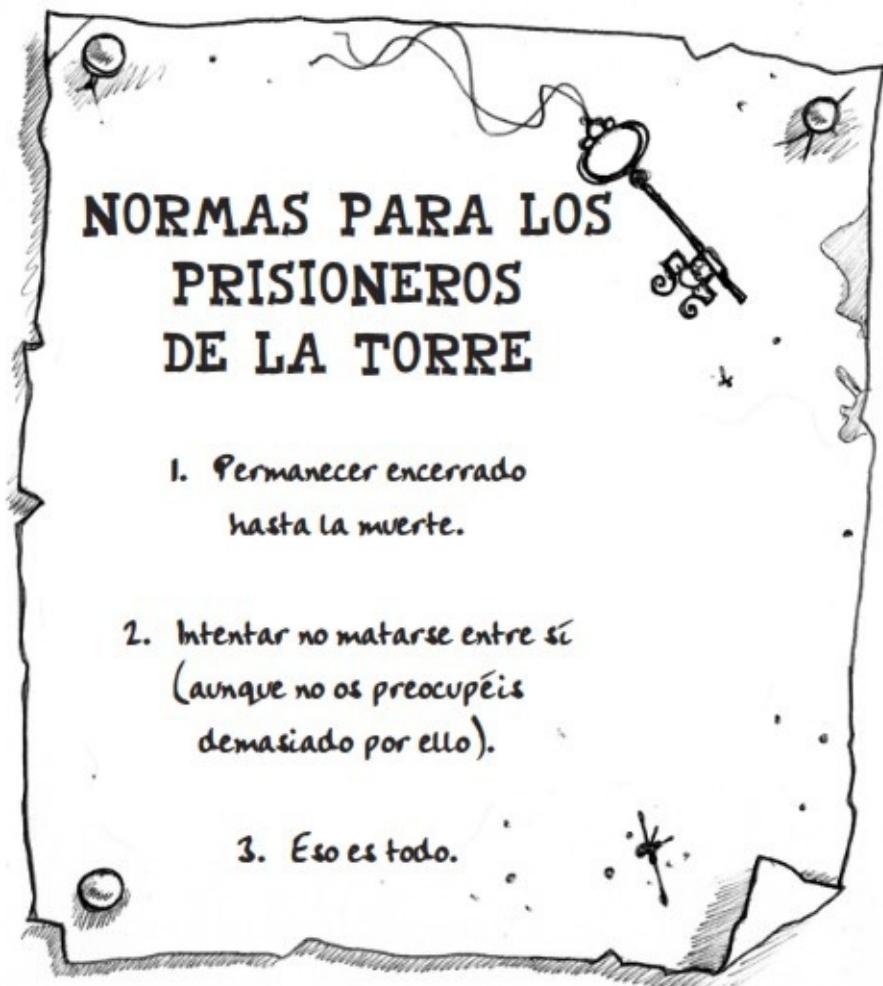
Suspiró profundamente mientras observaba el retrato, y continuó:

—Pobre Mamá Hiedra. Su problema fue que era incapaz de comprender que el resto de criaturas no son como nosotros. En el fondo de sus corazones, los elfos han sabido siempre que son mejores que el resto de las especies. Simplemente necesitaban que alguien se lo dijera. Sin embargo, no fui capaz de tomar del todo las decisiones necesarias. No hasta que Rosquetillo fue secuestrado. Después de aquello, decidí cambiar las cosas a fondo; y, en efecto: las cosas cambiaron rápidamente. De forma inmediata me puse manos a la obra para hacer la vida de los elfos más miserable. Por su propio bien. Los obligué a llevar túnicas de colores diferentes, a sentarse en mesas separadas. Abolí la cachizumba y bajé el salario mínimo a tres monedas de chocolate al día. Prohibí también el uso indiscriminado y sin supervisar de peonzas. Me dediqué, día a día, a hallar los titulares más terroríficos para mi periódico, *El Diario de la Nieve*. Incluso cambié el eslogan de Mamá Hiedra a: «Mano dura con la bondad; mano dura con sus causas». Estaba muy orgulloso de todo ello.



Contempló a Nikolas durante un instante mientras en su rostro aparecía una sonrisa erizada como la cola de un gato.

—Otra de las primeras cosas que hice fue prohibir la presencia de forasteros, y transformar la Torre de la Bienvenida en una prisión... ¡Guardias! —gritó—. ¡Conducid al prisionero a la torre!



El trol y la duendecilla de la verdad

Nikolas ya había visto antes la torre. Era esa alta y delgada construcción circular al oeste del pueblo. Conforme los guardias lo empujaban hacia ella por el camino a través de la nieve, parecía ir haciéndose aún más alta. Nikolas podía sentir a *Miika* temblando contra su pecho.

—Todo esto es culpa mía —susurró Nikolas al ratoncito—. Debes escapar. Mira. Allí. ¿Ves aquellas colinas llenas de árboles, detrás de la torre...? Corre hacia ellas. Escóndete. Allí estarás a salvo.

Miika miró en dicha dirección y olfateó un poquito el aire, dándose cuenta de que el olor que procedía de allí era, de hecho, ligeramente delicioso: olía ligeramente a queso.

—Deja de hablar —le ordenó el guardia elfo más próximo a ellos amenazándolo con su pequeña hacha.

En un momento en que ninguno de los dos guardias miraba, Nikolas sacó al ratón de su bolsillo y lo puso en el suelo.

—Vamos, *Miika*. ¡Ahora!

La pequeña criatura salió corriendo en dirección a las Colinas Boscosas, donde lo esperaban unas hermosas casitas con aroma a queso.

—¡Eh! —exclamó el guardia mientras comenzaba a perseguir al roedor.

—¡Déjalo! —ordenó Papá Vodol—. Podemos perder al ratón, pero al humano no.

—Adiós, amigo mío.

—¡Silencio! —ladró Papá Vodol.

Esta vez fue el miedo más que la magia lo que hizo que Nikolas cerrara la boca. Nunca se había sentido tan solo.

La torre-prisión era un lugar que daba muchísimo miedo. No obstante, a pesar de ser un sitio tan horrendo, tenía algunas frases reconfortantes escritas en los muros de piedra de la escalera, de cuando había sido la Torre de la

Bienvenida. Cosas como: «Bienvenidos», «Los extraños no son más que amigos con caras extrañas», o «Abraza a un humano».

Uno de los guardias elfos vestidos con túnica azul se fijó en que Nikolas leía con atención aquellos carteles.

—Antes, durante los tiempos de Mamá Hiedra, me habrían obligado a cocinarte galletas de jengibre y a bailar para ti la cachizumba. Ahora, en cambio, tengo autorización para cortarte en pedacitos. Todas las noches, lloro hasta quedarme dormido sintiéndome muerto por dentro; sin embargo, nuestra sociedad actual, definitivamente, es mejor que la de antes.

—Me gusta bastante más cómo suena vuestra sociedad de antes.

—Aquello no era más que un grave error. Estaba llena de cordialidad, felicidad y cachizumba. Faltaban las cosas importantes, como el miedo o el rechazo a los forasteros. Papá Vodol nos hizo ver la equivocación en la que vivíamos.

Después de subir un buen trecho por aquella oscura y sinuosa escalera, arrojaron a Nikolas al interior de una celda que había en lo más alto. Por desgracia, la torre estaba hecha de piedra, no de madera. No tenía ventanas y los muros eran negros como el carbón. El tenue resplandor procedente de una antorcha colgada en la pared lo ayudó a que sus ojos se habituaran a la repentina oscuridad. Entonces alcanzó a ver que alguien de tamaño descomunal roncaba debajo de una manta sobre una cama minúscula. También pudo darse cuenta de que había un pequeño agujero negro en el centro del techo. Los guardias cerraron la puerta de golpe, y el eco del estruendo reverberó en el interior de Nikolas llenándolo de pavor.

—¡Eh! ¡Dejadme salir! ¡Yo no he hecho nada malo! —gritó.

—¡Chist! —lo hizo callar una voz.

Nikolas pegó un respingo.

Se dio media vuelta y, medio oculta entre las sombras parpadeantes, apareció ante sus ojos una criatura de aspecto vivaracho y sonrisa inocente vestida con ropas amarillas. No medía más de un metro de altura, tenía las orejas puntiagudas, el cabello largo y una carita angelical que, a pesar de tener las mejillas un poco mugrientas, parecía tan delicada como un copo de nieve.

—¿Eres un elfo? —susurró Nikolas, dudándolo de antemano.

—No. Soy un duende. Una duendecilla de la verdad, para ser más exactos.

—¿Una duendecilla de la verdad? ¿Cómo es una duendecilla de la verdad?

—Como yo. Pero no levantes la voz o despertarás a Sebastian.

—¿Quién es Sebastian?

—El trol —respondió ella, señalando con su pálido dedo de duende a la deforme criatura que, en aquel momento, se rascaba la espalda mientras dormitaba en la pequeña cama.

Sebastian era un nombre muy curioso para un trol; sin embargo, Nikolas se abstuvo de hacer ningún comentario al respecto. Estaba demasiado preocupado ante la perspectiva de no poder escapar jamás de aquella fría y húmeda estancia llena de moho.

—¿Cuándo nos dejarán salir de aquí? —le preguntó Nikolas a la duendecilla.

—Nunca —respondió.

—¡Mientes!

—No puedo mentir. Soy una duendecilla de la verdad. Tengo que decir siempre la verdad. Eso es lo que me mete en tantos problemas. Bueno, eso y el hacer que le explote la cabeza a la gente.

Rápidamente, se tapó la boca con la mano, avergonzada de las palabras que se le acababan de escapar.

Nikolas la observó detenidamente. Era incapaz de imaginarse a alguien de aspecto más inofensivo.

—¿Qué quieres decir con hacer que le explote la cabeza a la gente?

Ella intentó contenerse; sin embargo, no pudo evitar sacar una pequeña hojita dorada del bolsillo.

—Hachiflora.

—¿Hachiflora?

—Sí. Le di a un elfo un poco de sopa de hachiflora y le explotó la cabeza. Fue tan divertido que me condenaron a cadena perpetua. Me estoy guardando esta última hojita para alguien especial. Me encanta ver cómo explotan las cabezas. ¡No puedo evitarlo!

Nikolas sintió cómo el miedo lo agujoneaba bajo la piel. Si aquella duendecilla, que tenía el aspecto más dulce del mundo, no era en realidad sino una peligrosa asesina, entonces, definitivamente, las cosas habían dejado de tener sentido. No había ya esperanza alguna.

—¿Te gustaría ver cómo me explota la cabeza? —le preguntó Nikolas, petrificado, temiéndose la respuesta.

—Nnnnnnnnn... ¡Sí! —respondió la duendecilla de la verdad intentando desesperadamente ser capaz de mentir—. ¡Me gustaría mucho!



Acto seguido, sintiéndose culpable, añadió con suavidad:

—Perdona.

Consternado ante la idea de que la duendecilla de la verdad pudiera intentar ponerle hachiflora en la boca mientras dormía, Nikolas se juró a sí mismo hacer todo lo que estuviera en su mano para mantenerse despierto todo el tiempo que le fuera posible; aunque eso significara estar en vela para siempre.

—¿Qué ser tú? —preguntó de repente el trol.

A pesar de su tamaño y su robustez no era nada lento, y un instante después Nikolas se hallaba intentando a duras penas respirar mientras una mano rugosa y llena de verrugas lo agarraba de la garganta y apretaba con fuerza.

—Yo ser... Yo... Yo soy Nikolas. Un niño. Un humano.

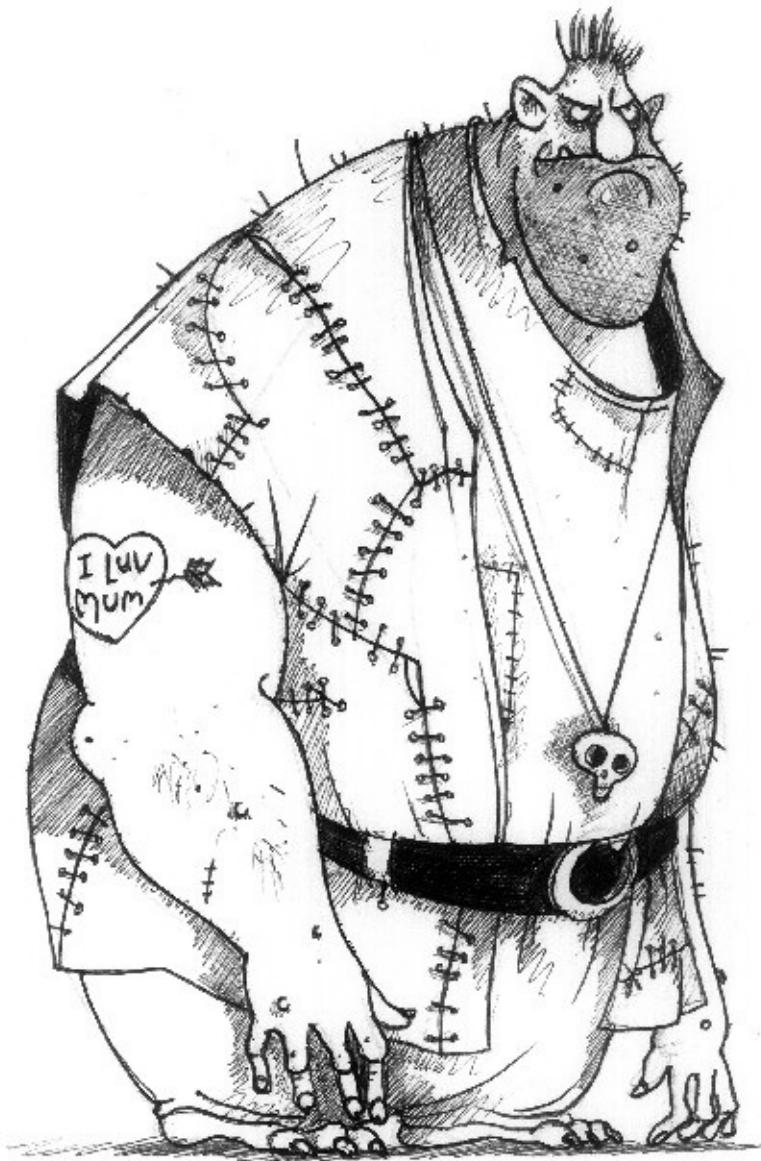
—¿Un hu-mano? ¿Qué ser un hu-mano?

Nikolas intentaba explicárselo, pero casi no podía respirar, y el único sonido que era capaz de articular era un gorjeo ahogado.

—Los humanos viven más allá de la montaña —le explicó la duendecilla de la verdad—. Vienen del sur. Son muy peligrosos. Estrújale el cuello hasta que se le caiga la cabeza.

Nikolas miró a la duendecilla de la verdad, que sonreía dulcemente.

—Lo siento —añadió ella—. No puedo evitarlo.



Por un momento, el trol barajó la idea de matar a Nikolas; sin embargo, finalmente, decidió lo contrario.

—Ser Navidad —se dijo a sí mismo—. Mala suerte matar en Navidad.

—Es 23 de diciembre —lo corrigió la duendecilla de la verdad—. Si quieres matarlo, te sugiero que lo hagas. Puedes hacerlo.

—Hoy ser día de Navidad trol. El día de Navidad trol ser antes. No poder matar el día de Navidad...

A continuación, soltó a Nikolas.

—Eso es ridículo —protestó la duendecilla de la verdad con un suspiro—. El día de Navidad es el 25 de diciembre.

Sebastian se quedó mirando a Nikolas un segundo.

—Yo matar a ti mañana —sentenció.

—Vale —replicó Nikolas, frotándose el cuello—. Esperaré ansioso el momento.

Sebastian se echó a reír.

—¡Hu-mano gracioso! ¡Hu-mano gracioso! ¡Como los gnomos!

—Los... ¿qué? —preguntó Nikolas.

—Los gnomos son muy divertidos —confirmó la duendecilla de la verdad

—. Y unos músicos maravillosos. Muy malos cocineros, en cambio.

Estaba claro que Sebastian había decidido al final ser simpático. A fin de cuentas, era Navidad.

—Yo ser Sebastian. Un trol. ¡Estar encantado de conocerte, hu-mano! —dijo.

Nikolas sonrió y lo miró a la cara. Lo cual era algo nada fácil de hacer. Sebastian era espantosamente feo: tenía un solo diente de color amarillo, la piel gris verdosa y una indumentaria raída y maloliente hecha de piel de cabra. Su aliento pestaba a col podrida. Y era muy muy grande.

—¿Por qué estás aquí? —le preguntó Nikolas con voz temblorosa, aún un poco asustado.

—Yo intentar robar un reno. Pero reno volar como pájaro. Volar en el cielo.

—Los renos no vuelan —replicó Nikolas.

Sin embargo, nada más decirlo, se acordó de aquella imagen que entonces había creído fruto de su imaginación: ese reno llamado *Trueno* que parecía elevarse del suelo y separarse de su sombra en el Campo de los Renos.

—Los renos de los elfos claro que vuelan —señaló la duendecilla de la verdad—. A todos se les ha hecho un beljuro.

—¿Un beljuro? —preguntó Nikolas.

Volvió a hacer memoria. Beljuro. Esa era la palabra que Papá Topo y Manduquita habían usado para hacerlos volver a la vida a él y a *Relámpago*. Era una palabra mágica. Solo con pronunciarla en voz alta se sentía como al tomar una reconfortante taza de chocolate caliente.

—Un beljuro es un hechizo de esperanza. Si te lo echan, uno adquiere poderes, aunque no seas más que un reno —dijo la duendecilla de la verdad.

—¿Qué clase de poderes?

—Toma todo lo bueno que hay dentro de ti y lo fortalece. Lo convierte en algo mágico. Si deseas algo bueno, la magia te ayudará a que se haga realidad. Es un tipo de magia muy aburrido. Hacer el bien es aburrido.

Nikolas recordó a la tía Carlotta tirando a *Miika* fuera de la cabaña.

—No —le respondió a la duendecilla de cara mugrienta—. Te equivocas. El mundo entero, o por lo menos el mundo del que vengo, el mundo de los humanos, está lleno de cosas malas. Hay miseria, avaricia, tristeza, hambre y crueldad por todas partes. Hay muchos niños a los que nadie nunca les hace regalos, que para cenar solo pueden llevarse a la boca unas cuantas cucharadas de sopa de champiñones como mucho. Niños que no tienen juguetes con los que jugar y que se van a la cama con hambre. Niños que no tienen padres. Niños que tienen que vivir con personas horribles como mi tía Carlotta. En un mundo así, es muy fácil ser malo. Así que, cuando alguien es bueno, o amable, ya es algo de por sí mágico. Le da esperanza a la gente. Y la esperanza es la cosa más maravillosa que existe.

Sebastian y la duendecilla de la verdad lo escucharon en silencio. El trol incluso dejó escapar una lágrima, que fue deslizándose por sus mejillas grises y arrugadas y acabó cayendo sobre el sucio suelo de piedra convirtiéndose en un pequeño guijarro.

—Ojalá yo fuera buena —se lamentó la duendecilla de la verdad, bajando la mirada con tristeza hacia su hoja de hachiflora—. Si fuera buena, estaría ahora mismo en mi casa, comiendo pasteles de canela.

—Yo contento de ser trol y no hu-mano —añadió Sebastian, meneando la cabeza y suspirando—. Especialmente tú. Porque tú estar muerto mañana.

El pensamiento más siniestro

Nikolas hizo lo que pudo por ignorar la amenaza de muerte que acababa de recibir, y tratando de olvidar la imagen de aquellas manos llenas de verrugas estrangulándolo, se dirigió a la duendecilla de la verdad. Aún seguía dándole un poco de miedo; sin embargo, sabía que ese sentimiento no podía serle de ninguna utilidad. También sabía que si quería ciertas respuestas no había mejor que su compañera de celda para dárselas.

—Si te hago unas preguntas, tendrás que decirme la verdad, ¿no?

—Sí. Así es. Soy una duendecilla de la verdad —respondió ella asintiendo enfáticamente.

—Por supuesto. Bien. Bueno. Vamos a ver. Déjame pensar... ¿Me podrías decir si mi padre está vivo? Es un humano, evidentemente. Su nombre es Joel.

—¿Joel qué más?

—Joel, el leñador.

—Hummm... Joel, el leñador. No me dice nada —contestó la duendecilla de la verdad.

—¿Y Rosquetillo?

—¡Rosquetillo! Sí. El niño elfo. He oído hablar de él. Salió en la portada de *El Diario de la Nieve*. Es un periódico élfico, pero a algunos de nosotros, los duendes, nos gusta leerlo de vez en cuando allí, en las Colinas Boscosas, solo por enterarnos de si ha habido algún caso de elfos que hayan comido hachiflora y les haya explotado la cabeza. ¡Ah, y por las recetas! Y los cotilleos.

—¿Le explotó la cabeza a Rosquetillo? —preguntó Nikolas.

—Oh, no. Lo secuestraron.

—¿Lo secuestraron?

—Sí. Y no fueron ni los duendes ni los troles. No creo que les hubiera costado mucho hacerlo, ni a los duendes ni a los troles, ni siquiera a un gnomo. Pero no. Lo secuestraron unos humanos.

Nikolas sintió, de repente, un escalofrío.

—¿Qué humanos?

—No lo sé. Un grupo de hombres. Hace cuarenta y una lunas. Llegaron aquí y todo el mundo los recibió con entusiasmo. Vodol organizó un banquete especial de bienvenida en el pueblo en su honor y fueron invitados a quedarse todo el tiempo que quisieran. Sin embargo, de madrugada, secuestraron al niño elfo, lo subieron a un trineo y escaparon llevándoselo antes de que saliera el sol.

A Nikolas se le paró el corazón.

—¿En un trineo?

Ahora sí que se podía decir que estaba realmente aterrado. A pesar de que seguía allí de pie, sintió como si se desplomara. Se quitó el gorro de su padre de la cabeza y se quedó mirándolo en silencio. Más miedo aún que ser asesinado por un trol, más aún que ser encerrado de por vida en una prisión élfica, le daba la idea de que su propio padre pudiera haber sido uno de los hombres que habían secuestrado a Rosquetillo. No se atrevía a decirlo en voz alta, pero la certeza de que así había sido era ya una realidad en su mente. Y quería arreglarlo.

Quería arreglarlo todo.

Nikolas levantó la vista hacia el pequeño y oscuro agujero que había en el techo.

—Duendecilla de la verdad, ¿sabes qué es ese agujero ahí arriba?

—Sí, lo sé. Verás: esto antes no era una cárcel; en los tiempos en que Mamá Hiedra estaba al mando esto solía ser la Torre de la Bienvenida.

—Lo sé. Papá Vodol me lo dijo.

—Los elfos eran criaturas abiertas y hospitalarias. Este lugar solía estar lleno de simpáticos y alegres elfos que ofrecían vino de camemoro a todo aquel que llegaba al pueblo. En realidad, nunca venía nadie. Pero la idea era esa. Esta habitación era la sala de calderas de la torre. Solían tener siempre fuego encendido en lo alto para que pudiera ser visto a kilómetros de distancia, de modo que aquellos visitantes que creyeran en los elfos, los duendes y la magia pudieran orientarse y llegar hasta este lugar.

—A mí gustar humo —añadió pensativo Sebastian.

—Así que el agujero que ves ahí arriba, en el techo... —continuó la duendecilla de la verdad.

—¿Era una chimenea? —preguntó Nikolas.

—Eso es.

Nikolas se quedó mirando fijamente el oscuro agujero. Si alargaba el brazo y saltaba, probablemente sería capaz de llegar a alcanzarlo y sujetarse en el borde. Sin embargo, era imposible escapar por ahí. La chimenea era más estrecha que su cuerpo. Ni siquiera la duendecilla de la verdad podría colarse a través de ella.

Aunque, bueno, aun así, ¿qué era lo que le había dicho Papá Topo?

—Algo imposible es solo algo que aún no sabes que es posible... —dijo en voz alta.

—Sí —asintió la duendecilla de la verdad—. Esa es la verdad.



El arte de trepar por una chimenea

Sebastian volvió a echarse a roncar otra vez. El ruido que hacía parecía el de una motocicleta; aunque las motocicletas no se habían inventado todavía, por lo que Nikolas no habría podido entender la comparación. Poco después, la duendecilla de la verdad se quedó dormida también. El trol seguía acaparando toda la cama, de modo que la pobre tuvo que acurrucarse en el suelo, agarrada a su hoja de hachiflora. Nikolas estaba extremadamente cansado. Nunca antes se había sentido tan exhausto. Ni siquiera antaño, durante esas noches antes del día de Navidad, cuando no era capaz de dormir nada a causa de los nervios. Sabía que necesitaba hacerlo, pero no se fiaba de la duendecilla de la verdad. De modo que se sentó con la espalda apoyada contra la dura y fría pared contemplando el agujero de la chimenea. En el exterior de la celda, al otro lado de la gruesa puerta de madera, entremezclados con los ronquidos del trol, podía oír las voces susurrantes de los guardias elfos.

Tenía que salir de allí. No solo por el hecho de estar con dos criaturas que, cada una por sus razones, querían matarlo. No: tenía que escapar para encontrar a su padre. Tenía la corazonada de que aún estaba vivo, y sabía también que lo más probable es que estuviera con los hombres que, se suponía, habían raptado a Rosquetillo. Debía de tratarse de algún error. Su padre era un buen hombre.

Tenía que encontrarlo.

Tenía que traer a Rosquetillo de vuelta a Elfhelm.

Tenía que arreglarlo todo. Pero ¿cómo?

Recordó el día en que murió su madre. Su imagen tratando de esconderse del oso pardo, en el pozo, agarrada a la cadena que sostenía el cubo. Recordó cómo perdió el equilibrio y se cayó. Recordó el grito que emitió al precipitarse, mientras Nikolas observaba con horror desde la cabaña.

Aquel día, y durante muchos días más —digamos... unos mil noventa y ocho—, creyó que las cosas ya solo podrían ir a peor, que se despertaría bañado en lágrimas el resto de su vida, sintiéndose culpable por no haber

permanecido a su lado, a pesar de que, en aquel momento, pensó que ella también había salido corriendo.

Durante bastante tiempo rezó para que ella regresara.

Joel le decía una y otra vez que se parecía a su madre, aunque sus mejillas no eran tan sonrosadas; por lo que, a veces, Nikolas solía recoger algunas moras o frambuesas y se las frotaba contra la cara, para después acercarse al lago y verse reflejado. Allí, sobre las nebulosas aguas, se quedaba ensimismado, como en un sueño, imaginándose que él era ella.

—Es curioso, papá —le dijo a su padre una vez—. Estoy seguro de que podría llenarse ese pozo con todo lo que he llorado.

—Ella no querría que lloraras. Ella habría querido que fueras feliz y estuvieras contento. Ella era la persona más alegre que he conocido nunca.

Así pues, a la mañana siguiente, Nikolas se levantó y consiguió no llorar. Tal y como había decidido hacer la noche anterior. Tampoco había tenido la pesadilla esa que tenía siempre en la que veía a su madre caer en el pozo sin fondo. Así es como aprendió que las cosas malas, incluso las cosas más terribles, no podían hacer que el mundo dejara de girar. La vida seguía. Fue entonces cuando se hizo una promesa a sí mismo: cuando se hiciera mayor, intentaría ser siempre como su madre: feliz, vivaracha, buena y llena de alegría.

Era, de esa manera, como lograría mantener su recuerdo con vida.

No había ventana alguna en la torre.

La puerta estaba hecha de madera gruesa, con bisagras de hierro. Además, estaban los guardias. Y él allí dentro, en aquella húmeda celda circular de muros de piedra, atrapado en su interior, como el eje en su rueda. Ahí fuera estaba el mundo, un mundo de bosques, lagos, montañas y esperanza; un mundo que, sin embargo, ahora pertenecía a otras personas. No a él. Sencillamente no había modo de salir de allí. No obstante, por muy extraño que pueda parecer, no se sentía desgraciado. Estaba asustado, sí, puede que un poco; pero también, en lo más profundo de su ser, esperanzado. De pronto, comenzó a reírse para sus adentros.

Imposible.

Se dio cuenta de que eso es lo que Papá Topo había querido decir.

Eso es lo que tiene la magia, ¿no?, convertir lo imposible en realidad.

¿Podría él, Nikolas, ser capaz de hacer magia?

Se quedó contemplando la chimenea, ese pequeño círculo oscuro. Intentó concentrarse con fuerza en él, en aquel túnel oscuro, en cómo atravesarlo. Su mirada se perdió en la profunda oscuridad del agujero, una oscuridad como la del pozo. Entonces le vino la imagen de su madre cayendo. Y recordó todas aquellas ocasiones en que se había imaginado lo contrario: que ella volvía a ascender del fondo y regresaba a la vida. Pensó también en la última vez que había visto al oso pardo en el bosque, en cómo se había quedado mirándolo fríamente hasta que se dio media vuelta y se marchó.

Su mente le seguía diciendo que era imposible; sin embargo, él continuó mirando fijamente, y poco a poco comenzó a creer en que sí era posible. El deseo de que así fuera fue haciéndose cada vez más intenso en él. Se concentró entonces en la imagen de todos aquellos elfos deprimidos en el salón del Ayuntamiento. En la tristeza en el rostro de su padre el día que partió de la cabaña en dirección al norte. En la tía Carlotta obligándolo a dormir a la intemperie, con aquel frío. En las desgracias humanas. Se concentró también en la idea de que las cosas no tenían por qué ser necesariamente de aquella manera. En que en realidad los humanos, y probablemente incluso los elfos, eran buenos por dentro; que simplemente habían perdido un poco el rumbo. Pero, sobre todo, en cómo escapar de aquella torre. A continuación, recreó de nuevo en su mente la imagen de su madre, riendo y sonriendo, siendo feliz, sin importar las circunstancias.

En ese momento comenzó a notar esa misma extraña sensación, como una especie de cálido bálsamo que se derramara en su interior, igual que había sentido cuando conoció a Papá Topo y Manduquita. Era una sensación de inquebrantable alegría. De esperanza. Allí donde parecía no poder haberla. Entonces, de repente, antes incluso de ser consciente de ello, comenzó a levitar. Estaba flotando en el aire, muy despacio, ascendiendo en línea recta hacia arriba por encima de la duendecilla de la verdad y de Sebastian. Ligero como una pluma, hasta que, finalmente, dio con la cabeza en el techo, justo junto al oscuro conducto de la chimenea (el cual seguía siendo demasiado estrecho para que pudiera atravesarlo). Acto seguido, cayó de espaldas otra vez hacia abajo, aterrizando encima de Sebastian.

—Hoy no ser día de Navidad ya. Ser pasado día de Navidad —dijo Sebastian al despertarse—. Así que yo matar a ti.

Con todo aquel escándalo, la duendecilla de la verdad se había despertado también.

—¡Yuuupppiii! —exclamó—. Quiero decir, en realidad hoy es Nochebuena. Pero ¡qué más da!

Nikolas reaccionó deprisa. Le quitó la hoja amarilla de hachiflora de la mano a la duendecilla de la verdad y apuntó con ella a Sebastian. Sin embargo, no fue la hoja lo que hizo que el desdentado trol se echara hacia atrás, fue el hecho de que Nikolas volvía a hallarse, sin darse cuenta, suspendido en el aire.

—Tú ser mágico. ¿Por qué estar tú aquí si ser mágico?

—Yo también empiezo a preguntarme lo mismo —le dio la razón Nikolas.

—¡Eh! —exclamó la duendecilla de la verdad —. Baja ahora mismo y devuélveme mi hoja.

—Apártate de mí —replicó Nikolas intentando usar su voz más aterradora.

—Hummm..., un poco complicado me parece eso que me pides, ya que estamos encerrados juntos en la celda de una cárcel — respondió la duendecilla de la verdad.

Sebastian agarró a Nikolas de una pierna e intentó bajarlo de nuevo al suelo.

—Oh, qué emocionante... —aplaudió la duendecilla de la verdad con una sonrisa de oreja a oreja—. ¡Me encanta el teatro!

Sebastian agarró la pierna de Nikolas, esta vez con ambas manos, duras como la piedra.

—¡Suéltame! —dijo este.

Pero no había manera. La imagen de su madre cayendo por el pozo en vez de ascendiendo volvió a aparecer en su mente. Y aquello, unido a la fortaleza del trol, hacía imposible la aparición de la magia. A continuación, notó algo áspero y rugoso que lo agarraba del cuello y apretaba con fuerza: la mano de Sebastian. Nikolas comenzó a jadear.

—No... puedo... respirar.

Entonces, la mano lo soltó.

—Estar pensando —dijo Sebastian con tono realista y práctico—. Mejor yo comer a ti, en vez de estrangular a ti. Yo tener solo un diente pero poder servir igual.

Así pues, abrió la boca, y estaba a punto de pegarle un mordisco, cuando Nikolas deslizó la hoja de hachiflora dentro de las fauces malolientes del trol.



La duendecilla de la verdad comenzó de nuevo a aplaudir de la emoción.

—¡Eh! —exclamó una profunda voz de elfo procedente del otro lado de la puerta—. ¿Qué está pasando ahí dentro?

—¡Nada! —respondió Nikolas.

—¡Nada! —replicó también Sebastian.

La duendecilla de la verdad se tapó la boca con la mano, pero aun así no pudo remediarlo:

—El niño humano ha empezado a flotar por el aire, mientras que Sebastian está intentando comérselo. Aunque ahora el niño humano le ha metido una hoja de hachiflora en la boca, y yo estoy ansiosa esperando a ver si le explota la cabeza a Sebastian —soltó de golpe.

—¡Emergencia! —gritó el guardia elfo que había al otro lado de la puerta

—. ¡Tenemos una emergencia en las calderas!

Sebastian se tambaleó hacia atrás al oír el eco de los pasos de los guardias elfos que subían por la escalera de caracol de la torre. En ese momento, el rostro del trol comenzó a estremecerse. Sebastian parecía preocupado.

—¿Qué estar sucediendo?

Nikolas pudo oír cómo las tripas del trol empezaban a gruñir. De hecho, era algo más que un simple gruñido.

Sonaba como un millón de truenos.

Nikolas volvió a caer al suelo.

—Lo siento —dijo.

—¡Va a explotar! —chilló la duendecilla de la verdad—. ¡Vaya Navidad más espectacular!

El estruendo fue haciéndose cada vez más fuerte en el interior del trol hasta acabar saliéndole por las orejas. Sus mejillas comenzaron a temblar. Su frente a palpitar. Los labios empezaron a aumentarle de tamaño. La cabeza, que ya era de por sí bien grande, se le fue poniendo más y más grande aún, hasta sobrepasar el ancho de los hombros. Mientras Sebastian intentaba apretársela con fuerza para evitar que siguiera creciendo, la duendecilla de la verdad aplaudía de la emoción.

—¡Esta va a ser buena! ¡Lo veo venir!

Un buen número de guardias estaban ya al otro lado de la puerta, intentando encontrar la llave correcta para abrir la cerradura.

Sebastian trató de decir algo, pero le resultó imposible: su lengua era ya del tamaño de una zapatilla.

—¡Bu, bu, bububu, bu, burbubbur...! —farfulló mientras seguía agarrándose con fuerza la cabeza.

Los ojos se le habían hinchado tanto que estaban a punto de salirse de las cuencas. Bueno, de hecho, uno de ellos se salió y comenzó a rodar por el suelo justo hasta donde estaba Nikolas, quedándose ahí tirado junto a él, mirándolo fijamente. Una escena bastante asquerosa.

La duendecilla de la verdad lloraba de la risa mirando el ojo.

—¡Jajaja! ¡Qué bueno...! No deberías reíte. Duende mala. Mala. Pero es que es tan... Entonces Nikolas se fijó en que la duendecilla de la verdad hacía un gesto raro y se quedaba muy quieta.



—¿Qué pasa? —preguntó.

—Creo que me he hecho pis encima —replicó ella, y a continuación comenzó de nuevo a reír de forma nerviosa.

—¿Qué está pasando ahí dentro? —gritó uno de los guardias.

—Yo que vosotros no abriría la puerta justo ahora —respondió la duendecilla de la verdad —. ¡Va a haber una explo...!

Y justo en ese preciso instante, la cabeza de Sebastian, que ya había adquirido un tamaño descomunal, explotó con un estruendoso ruido sordo. La sangre morada y sus sesos grises de trol salpicaron por doquier: por las paredes, por encima de la duendecilla y también de Nikolas.

—¡In-cre-í-ble! —exclamó la duendecilla de la verdad mientras aplaudía—. ¡Bravo, Sebastian!

Este no respondió. No por descortesía, sino porque ya no tenía cabeza. Ahora no era más que un gran cuerpo de trol decapitado. Un segundo después, el tronco comenzó a desplomarse hacia atrás, hacia donde estaba la duendecilla de la verdad, que seguía riéndose tan histéricamente que no se daba cuenta de que se le venía encima. Nikolas se abalanzó sobre ella y la empujó hacia un lado justo a tiempo, antes de que el cuerpo de Sebastian se estrellara contra el suelo, aplastando el ojo que había perdido hacía unos momentos.

—Me has salvado la vida —dijo la duendecilla de la verdad con un tono de repentino enamoramiento.

—No ha sido nada.

Entonces volvieron a oír el sonido de las llaves en la puerta.

Nikolas volvió a cerrar los ojos e intentó dominar su pánico. Ahora sí que estaba decidido a conseguirlo.

—Tú puedes —lo animó la duendecilla de la verdad.

—¿Tú crees?

—Por supuesto que sí.

Cuando la puerta se abrió, Nikolas estaba ya flotando en el aire.

—¡Eh! —gritó uno de los guardias.

Las palabras de Papá Topo volvieron a resonar en la cabeza de Nikolas: «Solo hay que cerrar los ojos y desear algo; si se desea de la manera correcta, tu deseo puede hacerse realidad». Tal vez un deseo no era sino una esperanza anhelada con más intensidad.

Si se desea algo con la fuerza e intensidad suficientes, es posible que cualquier cosa pueda hacerse realidad. Recordó cómo Papá Vodol había sido capaz de mover los muebles. Tal vez, con la determinación necesaria, fuera también posible ensanchar el diámetro de una chimenea.

—Puedo hacerlo —dijo Nikolas.

—Sí, puedes —ratificó la duendecilla.

Cerró los ojos y deseó poder hacerlo. Nada. No se ensanchó ni un centímetro. De pronto, comenzó a sentir de nuevo, de forma progresiva, esa ola de calidez en su interior conforme la fuerza de su deseo iba llenando todo su cuerpo. A continuación notó un cosquilleo en el estómago, como cuando uno está cayendo. O mejor dicho, ascendiendo.

El corazón empezó a latirle a toda prisa.

Cuando finalmente abrió los ojos no vio más que una inmensa oscuridad. Estaba dentro de la chimenea.

Oyó la voz de su madre diciendo:

—¡Noel! ¡Mi niño! ¡Mi precioso regalo de Navidad!

—¡Voy a ser como tú, mamá! ¡Voy a hacer feliz a la gente!

La chimenea se ensanchaba permitiendo que el cuerpo de Nikolas ascendiera por ella a una velocidad considerable. Pudo oír también la voz de la duendecilla de la verdad que le gritaba desde algún lugar allá abajo:

—¡Te lo dije!

Y así, en menos que canta un gallo, Nikolas salió disparado al exterior por la chimenea. Sintió de repente una avalancha de aire frío, antes de aterrizar de un buen aunque indoloro golpe sobre el tejado inclinado de la torre.

¡Relámpago al rescate!

 l sol estaba saliendo. Una gama de rosas y naranjas pálidos llenaba el cielo. Era el día 24 de diciembre. Echó un vistazo a Elfhelm allá abajo: todo parecía pequeño e inofensivo, como una maqueta de juguete de un pueblo. Intentó levitar sobre el escarpado tejado. No. No lo conseguía. ¿Acaso estaba demasiado asustado? Entonces oyó a los guardias gritar a otro elfo que se encontraba abajo, en el patio.

—¡Ayuda! —exclamó uno de ellos—. ¡El niño humano ha escapado!

—¡Está en el tejado! —le respondió el de abajo.

Era una elfa, la misma que estaba sentada enfrente de Nikolas durante el banquete en el Ayuntamiento, la de las trenzas horizontales: Mamá Ridi.

Nikolas intentó calmarse y pensar con claridad. Observó el pueblo de los elfos que se extendía a sus pies y los renos pastando en el Campo de los Renos. Allí, a lo lejos, pudo distinguir, diminuto en la distancia, a *Relámpago*, mordisqueando hierba junto al lago helado.

—¡*Relámpago*! —gritó con todas sus fuerzas, despertando al pueblo entero—. ¡*Relámpago*! ¡Aquí! ¡Soy yo, Nikolas!

Rápidamente, vio cómo cientos de guardias elfos con pantalones y túnicas negras salían a toda prisa del Ayuntamiento, como insectos que se esparcen en la nieve. También vio a Papá Vodol dando órdenes desde una de las ventanas superiores del edificio. Aunque eran pequeños, Nikolas sabía que podían ser raudos como una flecha. No tenía mucho tiempo.

—¡*Relámpago*!

Entonces comenzó a imaginarse que *Relámpago* dejaba de pastar y levantaba la mirada hacia él.

—¡*Relámpago*! ¡Ayúdame! ¡Tienes que ayudarme! ¡Vuela, *Relámpago*! ¡Tú puedes volar! ¡La magia que nos salvó puede hacer que los renos vuelen! Tú... puedes... volar!

Era inútil. De hecho, era una tortura contemplar a lo lejos la montaña y saber que el resto del mundo estaba allí, justo detrás de ella. Comenzó a invadirlo la desesperación. Aunque *Relámpago* pudiera comprenderlo, o

tuviera la capacidad de volar, era del todo improbable que fuera capaz de hacerlo sin creer en la magia.

En ese momento, Nikolas vio a unos cuantos guardias entrar corriendo en el campo donde pacían los animales y subiéndose a sus lomos. Uno por uno, a toda prisa, hicieron entrar en acción a sus monturas, dándoles en el costado y haciéndolos ascender en dirección al tejado de la torre. En cuestión de segundos se hallaban galopando por los aires a toda velocidad, atravesando la nevada que justo había empezado a caer.

—¡*Relámpago!*! —volvió a implorarle Nikolas, aunque ya no podía distinguirlo en la distancia.

¿Dónde estaba?

Los renos y los guardias se acercaban cada vez más a la torre, dibujando sombras en el aire. Nikolas notó, de repente, como una figura oscura se cernía sobre él de forma amenazante. Casi podía sentirla. Era como una nube que tapara la luz del sol, se introdujera en su cabeza y penetrara en su mente. Una extraña fuerza que empujaba a Nikolas hacia adelante para que cayera del tejado. Entonces apareció el mismo Papá Vodol, a lomos de un reno, liderando el ataque, con la barba salpicada de nieve y la cara roja de ira. Blandía en la mano un hacha, una que Nikolas reconoció al instante, con el mango largo y oscuro y la hoja deslumbrante.

—¡Tu padre querido se dejó esto! —gritó con desprecio Papá Vodol un segundo antes de arrojarle el hacha a Nikolas, quien, por fortuna, pudo agacharse y esquivarla a tiempo.

Sin embargo, el hacha giró en el aire y regresó a manos de Papá Vodol para ser lanzada de nuevo, mientras *Trueno* —el reno que montaba el líder elfo— daba vueltas alrededor del tejado de la torre.

—¡Lárgate! —exclamó Nikolas—. ¡No tienes ningún control sobre mí!

Cerró los ojos. La sensación de calidez fue, poco a poco, expulsando la nube oscura que acechaba a Nikolas. Y entonces ocurrió: volvía a estar suspendido en el aire, flotando. Sintió que la nieve caía con más fuerza. Sin embargo, en un abrir y cerrar de ojos, allí estaba de nuevo Papá Vodol. Nikolas volvió a lanzarse sobre las tejas, haciendo que se soltaran algunas y se precipitaran al vacío. Poco a poco, su cuerpo fue deslizándose también por el tejado inclinado hasta quedar colgado del extremo del mismo. Miró hacia abajo. Una multitud de elfos diminutos se congregaban en el patio para presenciar el espectáculo que tenía lugar en lo alto de la torre.

—¡Atrapad al hijo de Joel, el leñador! —gritó una elfa llamada Copo de Nieve, que tenía el pelo blanco y brillante.

—¡Matad al hijo de Joel, el leñador! —gritó otro que se llamaba Pepinillo, sorprendido por su propia cólera, y que estaba contemplando toda la escena a través de uno de sus catalejos hechos a mano—. ¡Rompedle los huesos y usadlos para sazonar las galletas de jengibre! ¡Extranjeros NO!

—¡Extranjeros no! —repitió entonces Copo de Nieve.

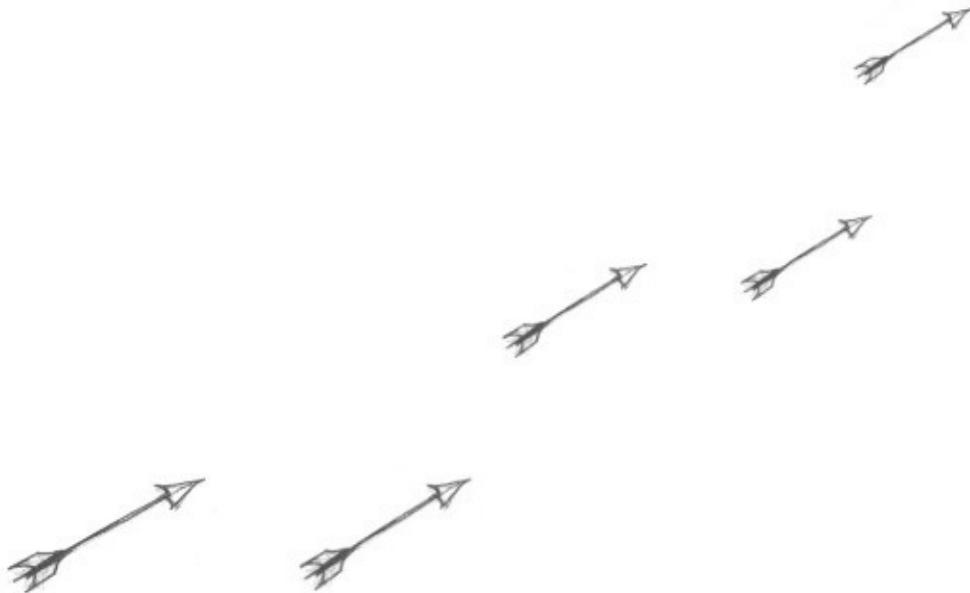
—¡Extranjeros no! —gritaron todos.

—¡Extranjeros no! ¡Extranjeros no! ¡Extranjeros no!

Bueno, en realidad no todos lo gritaban. Había una voz que apelaba a la razón, pero era una voz muy débil. Sin embargo, sus palabras, claras como el sonido de una campana, llegaron nítidas hasta los oídos de Nikolas.

—¡Dejadlo en paz!

Era la voz de Manduquita. A Nikolas le sonaron maravillosamente. Por un momento le devolvieron la esperanza y le hicieron olvidarse de lo solo y acorralado que estaba.



—¡Dejadlo tranquilo! ¡Nosotros somos elfos! —gritó, esta vez, la voz de Papá Topo—. ¿Qué ha sido de nuestra amabilidad y nuestra hospitalidad? ¡Vamos, somos elfos! ¡Antes no éramos así!

Los hombros le ardían de dolor mientras, con dificultad, hacía el esfuerzo de encaramarse de nuevo al frío tejado de pizarra, justo a tiempo de ver cómo el reno más grande de todos se dirigía derecho hacia él a toda velocidad, adelantando a todos los demás. Su mirada se hallaba clavada en el tejado con la misma determinación con la que lo había ayudado a subir la montaña: ¡Relámpago!

Papá Vodol también había reparado en él.

—¡Fuego! —gritó.

Uno de los guardias puso rodilla en tierra sobre la nieve y apuntó hacia ellos con un arco gigante y ovalado, fabricado con esmero por él mismo (bueno, en realidad no era tan grande, ya que, a fin de cuentas, se trataba de un arco de elfo). Tiró de la cuerda hacia atrás con los dientes mientras cogía una flecha, la colocó en posición y disparó. Una oscura línea atravesó la atmósfera rápida como un rayo y pasó silbando cerca de la oreja de Nikolas. Papá Vodol, iracundo e impotente, lanzó el hacha en dirección a *Relámpago* y esta fue dando vueltas en el aire hacia ellos. No obstante, el reno agachó rápidamente la cabeza, de modo que el hacha erró su objetivo y partió en dos, en lugar de su cráneo, una de las astas de su gran cornamenta. Nikolas continuó con la mirada clavada en *Relámpago*, y comenzó a desear llegar hasta su amigo con tanta fuerza e intensidad como se puede desear algo. Pegó un brinco en el aire y cerró los ojos, sin dejar de desear ni por un instante. Sus deseos se hicieron realidad: ahí estaba, subido a lomos de *Relámpago*.



—¡Detenedlos! —gritó Papá Vodol.

—¡Vamos, vamos, vamos! —exclamó Nikolas mientras *Relámpago* galopaba por el aire a una velocidad increíble—. ¡Rumbo al sur! ¡Hacia la montaña!

Y así salieron, escapando por los aires, esquivando hachas voladoras y flechas silbantes, dejando que la fuerza y la determinación de sus deseos los

condujeran hacia el amanecer.

La búsqueda

 olaron sin cesar, cruzando los aires turbulentos, por encima de lagos helados y bosques de abetos cubiertos por la nieve. Un paisaje inmenso de tierra blanca y agua plateada. Sin rastro alguno de vida humana. Ni rastro tampoco alguno de la alegría propia del día de Nochebuena. Vista desde allí arriba, la tierra parecía igual de plana e inerte que en un mapa. Viajaron tan deprisa, que lo que antes les había llevado un día entero recorrer a pie, ahora lo hacían en cuestión de minutos. El frío viento soplaban con fuerza; sin embargo, Nikolas apenas lo sentía. De hecho, desde que le echaron el beljuro apenas había sentido frío alguno. Bueno, no, eso no era así del todo. Para ser más exactos, sí que sentía el frío, pero lo que ocurría era que no le molestaba en absoluto. Simplemente el frío lo acompañaba, sin causarle ningún daño.

Nikolas se sentía tan aliviado por haber escapado, así como por la posibilidad real de que su padre siguiera con vida; tan maravillado y asombrado ante el hecho de poder hacer magia; de estar allí de repente, volando a quinientos metros por encima de un lago, que soltó la mayor carcajada de su vida. Una risa que procedía de lo más profundo de su ser. Era más un «¡jo, jo, jo!» que un «¡ja, ja, ja!».

Muy parecida a las carcajadas de pura alegría que su madre solía soltar.

Se inclinó un poco hacia adelante y pasó los brazos alrededor del cuello de *Relámpago*.

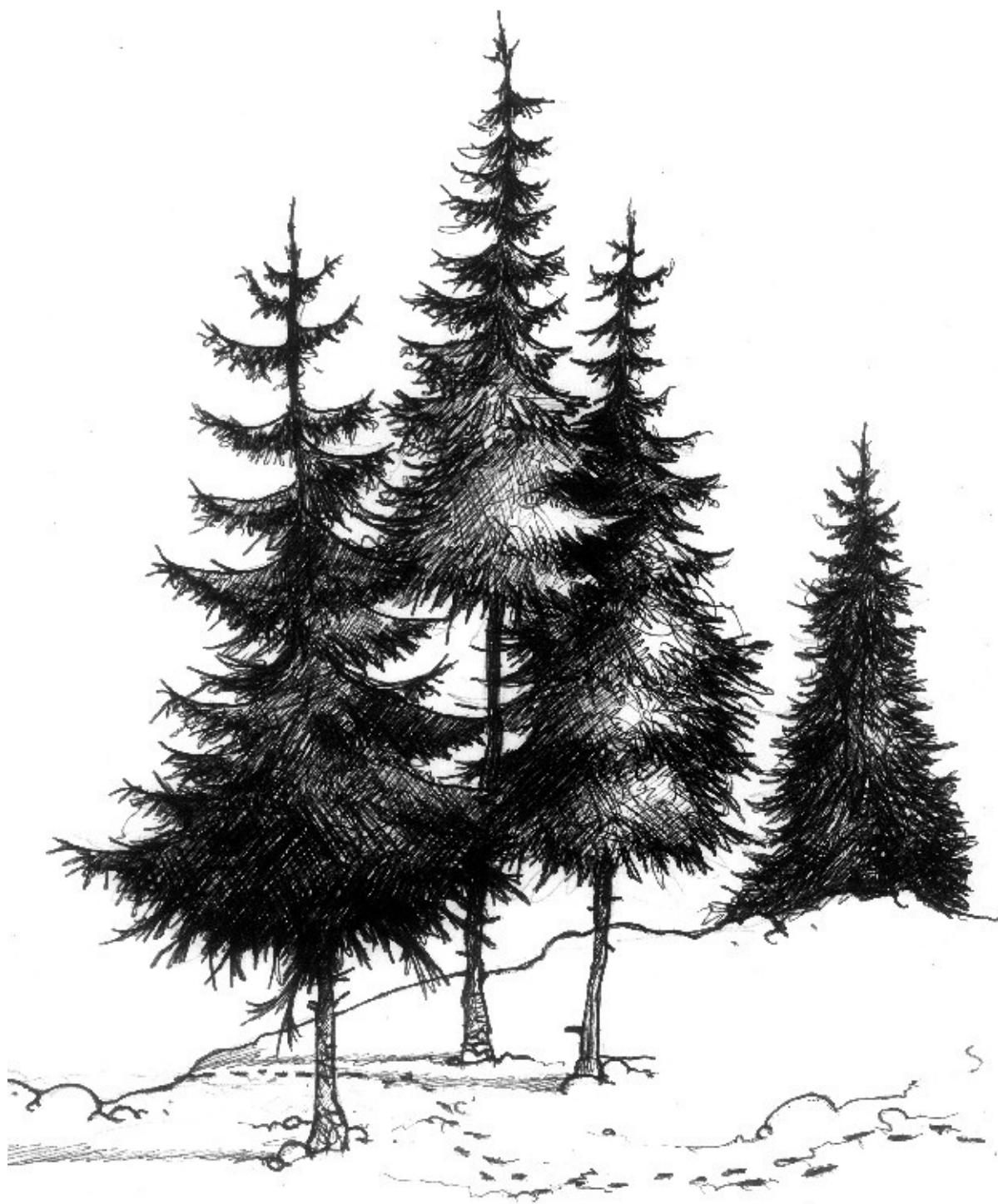
—¡Eres un amigo de verdad! —le dijo—. Siento mucho lo de tu cuerno.

El reno hizo un gesto con la cabeza hacia arriba como diciendo: «no pasa nada», y siguió galopando por los aires.

Fueron todo recto, en dirección sur, siguiendo el único camino, la única ruta que se apreciaba desde allá arriba. En dirección a casa. Nikolas se preguntó si su padre se encontraría ya allí. A lo mejor estaba en ese momento cortando leña en el bosque.

A media mañana, una neblina gris comenzó a rodearlos, y la duda volvió a corroer poco a poco a Nikolas. ¿Y si su padre realmente había secuestrado a

Rosquetillo? Su mente decidió descartar aquella posibilidad. No, su querido papá no sería jamás capaz de hacer una cosa así. Era imposible. ¿No?



Justo entonces se dio cuenta, con gran pesar en su corazón, de que tenía que hacer algo antes de poder regresar a casa. Tenía que encontrar a Rosquetillo. Tenía que saber la verdad. Tenía que demostrar a los elfos que su padre era un buen hombre. Seguro que había alguna explicación.

Lo más probable es que Rosquetillo se hubiera escapado de su casa sin más, igual que había hecho Nikolas. Lo único que tenía que hacer era encontrar al niño elfo y todo se aclararía.

Así pues, siguieron volando y volando. El reno descendía y volaba bajo sobre las zonas arboladas; luego, volvía a levantar el vuelo al llegar a campo abierto, sobre las extensas llanuras llenas de barro que parecían extenderse hasta el infinito. Todo con la esperanza de poder hallar a Rosquetillo.

Lo único que no hicieron fue sobrevolar los pueblos, ya que Nikolas no estaba seguro de cómo reaccionaría la gente al ver a un niño subido sobre un reno volador pasando justo por encima de sus cabezas. Aunque, a veces, sí vieron a personas. Algo que parecía alegrar mucho a *Relámpago*...

Otra cosa que a Nikolas le llamó la atención de *Relámpago* fue que tenía sentido del humor. No había nada que lo divirtiera más que hacerse pis encima de la gente. Se aguantaba tanto rato como podía, y en cuanto veía a alguien allá abajo, se dirigía a él y..., bueno, se hacía pis. La persona en cuestión, probablemente pensaría que lo que caía no era sino lluvia.

—¡Eso no es un regalo de Navidad muy bonito, que digamos! —lo regañaba Nikolas sin poder aguantarse la risa.

Siguieron viajando, deprisa y despacio, volando alto y volando bajo, al norte y al sur, al este y al oeste. Pero sin éxito. Nikolas se iba sintiendo cada vez más desesperado. Tal vez, después de todo, lo mejor era que volviera a casa y ya está. Empezaba a estar muy cansado, y sabía que *Relámpago* debía de estarlo aún más. Comenzó a nevar otra vez.

—Vamos, tenemos que descansar durante la noche —dijo divisando un bosque de pinos justo al oeste—. Aterricemos allí y busquemos refugio.

Así pues, *Relámpago*, siempre atento a las órdenes de Nikolas, dio un giro en dirección oeste, descendió y fue haciendo zigzag entre las copas cubiertas de nieve de los pinos en busca de un lugar donde tomar tierra. A través del hueco que dejaban unas ramas vieron el lugar indicado para ello, justo antes de llegar a un barranco.

—Estas van a ser unas extrañas Navidades.

Acamparon entre los altos y acechantes árboles, bajo un dosel de ramas. Nikolas y *Relámpago*, tumbados espalda contra espalda. Entonces, justo cuando Nikolas comenzaba a dejarse llevar por un sueño profundo, oyó algo.

El sonido de unas ramas rompiéndose.

Voces.

Voces de hombres.

Se incorporó rápidamente y aguzó el oído. Ya era noche cerrada; sin embargo, la voz de uno de ellos, fuerte y serena, le resultó familiar. Nikolas sintió un escalofrío.

Era la voz del hombre que había visitado a su padre antes de su marcha: Anders, el cazador.

—*Relámpago* —susurró Nikolas—. Creo que son ellos. Espera aquí.

Entonces se puso de pie y, sigilosamente, se aproximó de puntillas al lugar del que procedía la voz.

Vio un resplandor dorado y naranja, un resplandor que se iba haciendo cada vez más fuerte. Era una hoguera, alrededor de la cual unas sombras se movían como oscuros fantasmas. Según se acercaba, pudo distinguir un grupo siluetas alargadas apiñadas alrededor del fuego, conversando. Las voces se hicieron entonces completamente nítidas.

—Estamos a solo unos días de Turku —dijo una de ellas—. ¡Llegaremos allí para Año Nuevo!

—¡Solo una semana para que podamos darle nuestro regalito al rey! —dijo otra de las voces.

—Creí que iríamos primero a casa —replicó una voz que Nikolas podía reconocer mejor que ninguna otra en el mundo.

Casi le da un infarto al oírla. Una mezcla intensa de miedo y de cariño a la vez lo recorrió de arriba abajo. Estuvo a punto de exclamar: «¡Papá!». Sin embargo, algo en su interior lo detuvo y decidió permanecer en silencio, esperando en la quietud de la noche.

—No, lo prometimos. Hay que ofrecérselo al rey antes de Año Nuevo.

Nikolas casi no podía respirar. El corazón se le salía del pecho. No obstante, sabía que debía intentar mantener la calma. Ser uno con el bosque.

—Pero le prometí a mi hijo que a estas alturas ya estaría de vuelta en casa.

—¡Bueno, depende de ti entonces qué promesa quieras mantener! ¡La que le diste al rey o la que le diste a tu hijo!

El sonido de sus risas llenó el silencio del bosque, y su eco se propagó entre los árboles de tal manera que parecía proceder de todas partes a la vez. Los pájaros salieron aleteando de las ramas dando graznidos de miedo.

—Será mejor que no hagamos tanto ruido —sugirió uno de los hombres—. O lo despertaremos.

—¡Oh, no te preocupes! —replicó otro del grupo—. Los elfos duermen profundamente.

Un gran vacío se apoderó del estómago de Nikolas, como si, de repente, se sintiera caer desde una gran altura. Por un instante creyó estar a punto de

vomitar. O de desmayarse.

—¿Qué más da? —dijo Anders—. Está en una jaula. Ni que pudiera ir a ninguna parte.

¡Era cierto!

Nikolas aguzó la vista a través de las ramas de los árboles. Allí, apartado de la hoguera y del grupo de hombres, había una cosa extraña con forma de caja. Apenas pudo distinguir al niño elfo; sin embargo, sabía que estaba allí. Los hombres continuaron hablando.

—Tú dedícate solo a pensar en el dinero, Joel. Nunca más tendrás que preocuparte de él cuando llegue Navidad.

—Todo ese dinero.

—¿Qué harías con él? ¿Qué te regalarías por Navidad?

—Me compraría una granja.

—Yo primero estaría mirándolo durante días —añadió otro de los hombres, llamado Aatu, aunque Nikolas no sabía aún que se llamaba así, claro.

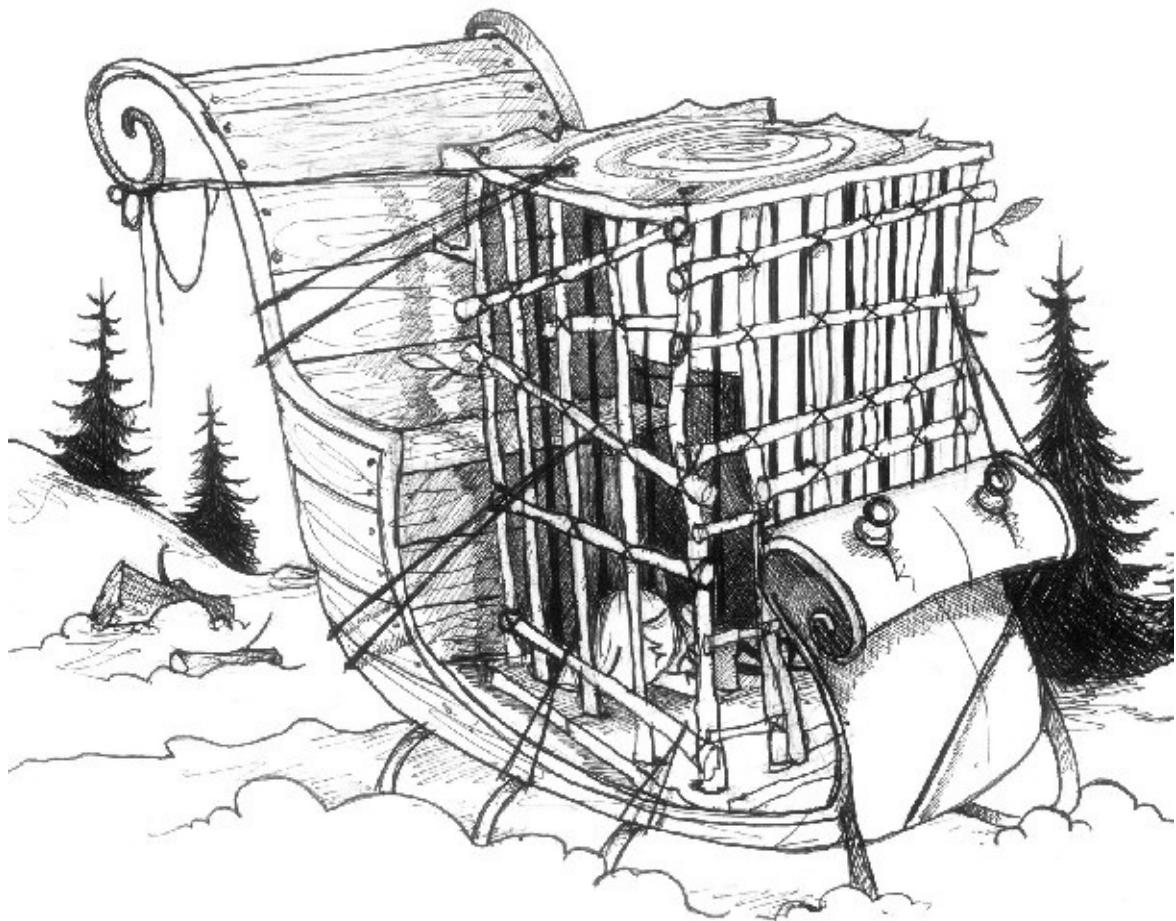
Aatu tenía una cabeza muy grande y un cerebro muy pequeño en su interior. Tenía también una mata de pelo enmarañada y una frondosa barba que lo hacía parecer alguien que mirara a hurtadillas a través de unos arbustos.

—Y después de haberlo estado mirando, me compraría un retrete —concluyó.

—¿Un retrete? ¿Qué es un retrete?

—Es un invento nuevo. He oído hablar de él. El rey tiene uno. Es como un orinal mágico. Con unos intestinos como los míos, sería una buena inversión. Y me compraría una vela bien bonita. Me gustan las velas. Me compraría una vela grande y roja.

Los hombres comenzaron por fin a bajar el tono de voz, rendidos de cansancio, y Nikolas se dio cuenta de que, sin lugar a dudas, aquella era su oportunidad. Agachado a cuatro patas, avanzó despacio haciendo zigzag entre los árboles, esquivando las piñas que había esparcidas por el suelo y controlando la respiración; siempre manteniendo una prudente distancia con respecto a los hombres.



Finalmente, consiguió llegar hasta donde se hallaba la jaula. Estaba hecha de madera y atada firmemente con varias cuerdas a la estructura de un trineo. Un trineo pintado. Un trineo con la palabra «Noel» grabada en el respaldo. Su trineo. Dentro de la jaula, hecho un ovillo, estaba el pequeño niño elfo. Llevaba puesta una túnica del mismo color verde oscuro que Manduquita, y parecía tener prácticamente su misma edad. Tenía el pelo lacio y de color marrón, y las orejas muy puntiagudas y alargadas, incluso para un elfo; no obstante, su nariz era diminuta. Y aunque tenía cerrados esos ojos tan separados que caracterizan a los elfos, las comisuras de sus labios apuntaban hacia abajo y su rostro expresaba disgusto y preocupación.



Rosquetillo abrió los ojos de pronto y se quedó mirando directamente a Nikolas. Por un instante pareció que fuera a ponerse a chillar.

—¡Chist! —susurró con dulzura Nikolas, llevándose un dedo a los labios para que guardara silencio—. Estoy aquí para ayudarte.

Rosquetillo era todavía un elfo muy pequeño; sin embargo, a pesar de no conocer a Nikolas, tenía el don de detectar la bondad en el interior de la gente, y pudo ver que había algo bueno en su mirada. El niño elfo pareció entender lo que estaba sucediendo.

—Tengo miedo —dijo.

Lo dijo en élfico, claro. Pero Nikolas lo entendió.

—Todo va bien.

—¿De verdad?

—Bueno, no. Ahora mismo, no. Pero todo irá bien...



Entonces, en ese momento, una voz áspera y violenta irrumpió inesperadamente.

—Feliz Navidad.

Nikolas se dio la vuelta y vio a uno de los hombres, uno alto y delgado con gesto torcido que llevaba un sombrero de lana con orejeras y lo apuntaba con una ballesta.

—¿Quién eres? Dímelo. O date por muerto.

El niño elfo

olo me he perdido en el bosque —tartamudeó Nikolas—. No estaba haciendo nada malo.

—¡Eh! —gritó el hombre—. Te he preguntado quién eres. Es noche cerrada. Algo estarías tramando. O me dices qué o te ensarto con esta flecha.

Nikolas oyó cómo el resto de los hombres se despertaban, confundidos por lo que estaba ocurriendo.

—Me llamo Nikolas. No soy más que... un niño.

—¡Un niño merodeando por el bosque de madrugada!

—Oh, no, oh, no, oh, no... —dijo Rosquetillo.

Aunque, claro, los humanos, salvo Nikolas, lo único que oyeron fue: *keebum, keebum, keebum*.

Entonces Nikolas oyó unos pasos y, a continuación, una voz familiar.

—Yo sé quién es —dijo Anders mientras su sombra se cernía sobre él—. Es el hijo de Joel. Baja la ballesta, Toivo. No viene buscando líos. ¿No es cierto, chico?

Más sombras. Más hombres, cinco en total, que se aproximaban hacia él.

—¿Nikolas? ¿Eres tú? —dijo su padre alzando la voz con absoluta perplejidad.

El chico observó el rostro de su padre y le dio miedo. Tal vez fuera porque le había crecido la barba. O tal vez fuera otra cosa. Su mirada, esa mirada que siempre le había resultado cercana, le parecía ahora oscura y distante, como la de un extraño. Nikolas se sentía tan abrumado que apenas era capaz de articular palabra.

—Papá... Sí, soy yo.

Joel se acercó corriendo hacia él y lo rodeó con sus brazos. Lo abrazó con tanta fuerza que Nikolas pensó que se le iban a romper las costillas. Haciendo un esfuerzo por creer que seguía siendo tan buen padre como él siempre había pensado, Nikolas le devolvió el abrazo. La barba de su padre le pinchaba en la cara. Entonces volvió a sentirse bien, consolado, reconfortado.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Nikolas percibió la ansiedad en la pregunta de su padre.

No sabía qué responder, de modo que decidió hacer lo que su madre le había enseñado si algún día se hallaba en apuros: respirar hondo y decir la verdad.

—No me llevaba muy bien con la tía Carlotta. Así que vine en tu busca. Me dirigí al Lejano Norte y encontré Elfhelm... Luego, los elfos me metieron en la cárcel.

Los ojos de su padre se achicaron con ternura, y su rostro volvió a resultarle familiar a Nikolas.

—¡Oh, Nikolas! ¡Pobrecillo mío! ¿Qué fue lo que sucedió?

—Me encerraron en la torre porque habían dejado de fiarse de los humanos.

Nikolas observó al elfo dentro de la jaula, con grilletes en las muñecas y los tobillos, y a continuación dirigió su mirada a los otros seis hombres que se hallaban allí, bajo la luz de la luna. Nikolas deseó con todas sus fuerzas que su padre les dijera al resto que se marcharan. Quería seguir creyendo en él, de modo que mantuvo la esperanza de que todo hubiera sido una equivocación, un malentendido.

—Verás, hijo —dijo Joel volviendo a incorporarse y tratando de hablar con la mayor solemnidad posible—. Tengo que decirte que todas esas historias que te contaba sobre lo felices y amables que eran los elfos son... Bueno... no eran más que eso: historias. Descubrí que los elfos no son como nosotros pensábamos.

Nikolas volvió a mirar a Rosquetillo, que a su vez lo contemplaba con mirada suplicante desde su jaula. El elfo estaba tan asustado que era incapaz de articular sonido alguno. No pudo evitar que un sentimiento de traición y de profunda decepción se apoderara de él, como si todo aquello en lo que había creído hasta entonces no fuera más que una gran mentira.

—No me dijiste que íbais a secuestrar a un elfo. Me dijiste que ibas en busca de pruebas de la existencia de Elfhelm.

—Sí —respondió su padre con sincera preocupación al ver el desánimo que se había apoderado de su hijo—. ¿Y qué mayor prueba de su existencia que un elfo de carne y hueso?

—Pero me mentiste.

—No te mentí. No sabía muy bien qué tipo de prueba encontraríamos. Simplemente, no te dije toda la verdad.

Nikolas dirigió su mirada a la amenazante cuadrilla de hombres que permanecía en silencio.

—¿Te obligaron a hacerlo, papá?

Anders se echó a reír y, acto seguido, el resto hizo lo mismo. Sus voces se propagaron con estrépito por todo el bosque.

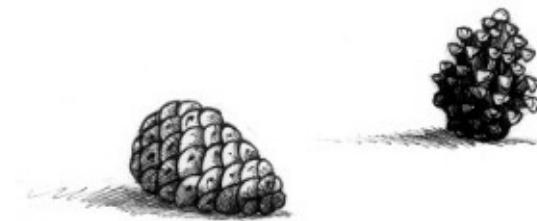
—No. Nadie me obligó a hacerlo —respondió Joel con gesto avergonzado.

—Díselo, Joel —dijo Anders—. ¿Por qué no le cuentas a tu hijo lo que pasó de verdad?

Joel asintió y observó a su hijo con gesto nervioso. Tragó saliva.

—Bueno, Nikolas, para ser exactos, fue idea mía. Cuando Anders vino aquella noche, fui yo quien se lo sugerí. Le dije que la mejor prueba que podríamos llevar al rey de la existencia de los elfos en el Lejano Norte era un elfo de carne y hueso.

Nikolas no podía creerse lo que estaba oyendo. Aquellas palabras se le clavaron como puñales. Su propio padre era un secuestrador. La mayoría de las personas van madurando poco a poco, con el paso de los años. Sin embargo, él perdió su inocencia en un segundo. Nada te hace crecer más deprisa que descubrir que tu padre no es el hombre que creías que era.



—¿Cómo has podido hacer algo así?

Su padre suspiró. Un suspiro largo y profundo.

—Es mucho dinero, Nikolas. Son casi dos mil rublos. Con eso podríamos comprarnos una vaca. O... o un cerdo. Podríamos permitirnos unas Navidades maravillosas el próximo año. Unas Navidades que ni Carlotta ni yo tuvimos nunca. Podría comprarte juguetes.

—¡O un retrete! —dijo Artu, desde algún lugar detrás de su barba.

Joel ignoró el comentario de su mentecato amigo y continuó:

—Podría comprarte un caballo y un carromato. Iríamos subidos en él al pueblo, y la gente nos miraría, nos admiraría, y tendrían envidia de todo nuestro dinero.

La ira comenzó a brotar dentro de Nikolas.

—¿Para qué? ¡Yo no quiero que los demás tengan envidia de nosotros! ¡Yo quiero que la gente sea feliz!

Joel se volvió hacia el resto de los hombres, los cuales se hallaban visiblemente entretenidos por la conversación. Frunció el ceño con disgusto e impaciencia y se dirigió otra vez a Nikolas:

—Bueno, hijo mío, tienes que aprender algunas cosas de la vida. Tú eres un niño y yo no, y sé cómo es este mundo. Es un lugar mezquino y egoísta. Nadie va a cuidar de ti. Eres tú quien ha de cuidar de ti mismo. Y eso es exactamente lo que yo estoy haciendo, ¿entiendes? Nadie fue nunca bueno conmigo. Nadie me regaló nunca nada. Yo solía pasarme el día llorando, incluso el día de Navidad, porque nadie me hacía ni un solo regalo. Al resto de los niños, sus padres, por lo menos, les regalaban algo. Pero a Carlotta y a mí, nada, nunca. Sin embargo, tu próximo cumpleaños, la próxima Navidad, podré comprarte lo que quieras...

Nikolas observó de nuevo la jaula y las cuerdas.

—Yo era feliz con mi trineo. Era feliz contigo y con *Miika*. ¡Incluso con mi muñeco de boniato!

—La próxima Navidad me lo agradecerás. Esta Navidad no, ya es tarde para eso. Pero las próximas, sí. Ya lo verás. Te lo prometo.

—No —replicó Nikolas. Solo pronunciar esta palabra fue como girar una llave dentro de su mente para mantener encerrado todo resto de debilidad.

—¿De qué estás hablando?

Nikolas respiró hondo haciendo acopio de valor.

—No. Voy a llevar de vuelta a Rosquetillo a Elfhelm. A su casa.

Los hombres se rieron aún más alto. El sonido de sus carcajadas retumbó dentro de Nikolas, haciéndolo sentirse furioso y asustado a la vez.

—No, no lo vas a hacer. Díselo, Toivo —anunció con voz ronca uno de ellos, que iba vestido con un abrigo hecho de piel de reno.

Toivo levantó de nuevo su ballesta y escupió en el suelo.



Joel se volvió y observó el arma.

—Lo siento, Nikolas, pero no te lo puedes llevar. Hay mucho en juego.

—Si me quisieras a mí más que al dinero, lo harías. Papá, por favor. Tener juguetes es fantástico. Pero ser bueno es más importante que ser rico. Nunca serías feliz sabiendo que eres un secuestrador.

—Tampoco he sido nunca feliz siendo leñador —respondió Joel torciendo el gesto, como si algo le doliera repentinamente—. Esta vez, si todo sale según lo planeado, tendré la oportunidad de comprobar lo que la vida puede ofrecerme de verdad.

Nikolas negó con la cabeza y comenzó a llorar. No pudo evitarlo. Llevaba dentro demasiado: ira, miedo, decepción. Quería a su padre; pero ese hombre al que quería había raptado de su casa a un niño elfo y lo había metido en una jaula.

Se secó los ojos con la palma de la mano y recordó las palabras que le dijo Papá Topo a Manduquita: «No debemos dejar nunca que el miedo se convierta en nuestro guía».

—Devolvamos al niño elfo —dijo Nikolas alzando la voz y mirando al resto de los hombres—. Los elfos se sentirán muy felices. Puede que incluso nos den una recompensa. Debemos llevar de vuelta a Rosquetillo con su familia.

—¡Nos matarían! —replicó, seguro de sí mismo, Anders, que llevaba su arco y sus flechas con plumas grises colgados a la espalda—. Escucha, chico, ¿por qué no vienes con nosotros? Será toda una aventura. Conocerás al rey.

—Ni hablar, lo estropearía todo —replicó el hombre de la voz ronca y el abrigo de reno.

—Silencio, Tomas —le ordenó Anders—. Es el hijo de Joel... Vamos, chaval, ¿qué respondes?

Durante un breve instante, Nikolas se imaginó cómo sería ir al palacio real y conocer al rey Federico. Le vino a la mente el rostro del monarca que figura en el reverso de las monedas, así como el peluche que siempre estaba en el escaparate de la tienda de juguetes, con esa gran nariz, la barbilla afilada y esa espléndida corona e indumentaria. Seguro que todo se hallaría recubierto de oro; es posible, incluso, que el palacio entero fuera de oro. Habría sido maravilloso ir allí. Pero nada lo era tanto como hacer el bien.

—Ven con nosotros, hijo —dijo Joel, esta vez con suavidad—. No seas tonto. Anders tiene razón. Será toda una aventura. Una aventura navideña. Anders podría enseñarte a disparar el arco. ¿No te parece divertido?



—Sí —añadió Anders—. Podrías ayudarme a cazar un ciervo. Y luego podrías encender una hoguera para asarlo. Hemos estado comiendo carne fresca todas las noches. Me da la impresión de que no le has hincado el diente a una buena comida desde hace bastante. Y te aseguro que no hay comida que sepa mejor que la que uno mismo ha cazado. Un día, incluso, le di a un reno. Pero se me escapó antes de que tuviera tiempo de matarlo. Desapareció entre los árboles.

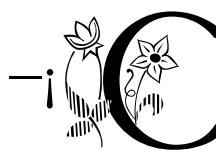
Nikolas se acordó de la flecha con plumas grises clavada en la pata trasera de *Relámpago*. Sabía, desde hacía rato, que su amigo aparecería en su busca, y que cuando eso sucediera, lo más seguro es que estos hombres altos y fornidos intentaran matarlo y convertirlo en estofado de reno. Miró a los ojos a Rosquetillo, esos ojos llenos de miedo. El niño elfo seguía sin pronunciar

palabra alguna. Fue en ese momento cuando, por primera vez en su vida, Nikolas odió a su padre.

Observó al resto de los hombres que seguían de pie junto a los árboles, como sombras petrificadas en la penumbra azulada de la noche. Secuestradores. Asesinos de renos. Tenía miedo. Sin embargo, también se sentía lleno de seguridad en sí mismo.

—No te preocupes, Rosquetillo, voy a sacarte de aquí y a llevarte de vuelta a casa.

La venganza de Relámpago



ontrola a tu hijo! —exclamó uno de los hombres.

Nikolas no le prestó atención. Se hallaba únicamente concentrado en los grilletes de hierro que mantenían preso a Rosquetillo dentro de la jaula.

Sintió la mano de su padre que lo agarraba del brazo e intentaba apartarlo del trineo.

—Vamos, Nikolas, estás haciendo que quedemos en ridículo los dos.

—¡Mételo también en una jaula! —sugirió Toivo.

—No podemos meter a un niño en una jaula —dijo Anders.

—Ya lo habéis hecho —replicó Nikolas—. ¿O es que los elfos no cuentan?

—No, hijo —le respondió Joel—. Por supuesto que no cuentan. ¡Son elfos! A ellos no les importó mucho meterte a ti en la cárcel. De hecho, se alegraron bastante, ¿no?

Nikolas se acordó de Papá Vodol, de la furia en su voz y del miedo que pasó.

—Sí, pero...

Pero ¿qué? Por un momento, Nikolas se preguntó qué es lo que estaba haciendo. ¿Por qué se molestaba tanto? Acto seguido, contempló el interior de la jaula.

El rostro de Rosquetillo estaba lleno de inquietud, todos sus rasgos crispados.

—¡Eres un elfo! —le susurró Nikolas con frustración—. ¡Sabes hacer magia! Usa tus poderes.

—¡No puedo! ¡Es imposible! —respondió Rosquetillo echándose a llorar de nuevo.

—¡No digas eso! ¡Eres demasiado joven para pronunciar esa palabra!

Rosquetillo lo miró a los ojos e inclinó la cabeza hacia un lado.

Nikolas sabía que le pedía mucho al joven elfo. Rosquetillo era..., pues eso, demasiado joven. Siempre es difícil acertar con la edad de los elfos, pero

no podía tener más de cinco años. Era posible que sus poderes mágicos no se hubieran desarrollado aún. Además, aunque lo hubieran hecho, Nikolas sabía que no era nada fácil usarlos sin visualizar en tu mente, clara y nítidamente, un deseo. La magia por sí sola no servía para nada. Hacer posible lo imposible era más complicado de lo que podía parecer.

El elfo cerró los ojos con fuerza. Los hombres comenzaron a burlarse de él.

—Hoy es Nochebuena —lo animó Nikolas—. ¿No lo sientes? Hay algo mágico en el aire. Vamos, Rosquetillo, usa tus poderes. Lanza un beljuro. Tú puedes.

—No —respondió con voz débil—. No puedo.

—Sí puedes. Yo sé que sí. Eres un elfo. Puedes hacerlo.

Rosquetillo frunció el ceño y lo intentó de nuevo.

—Aléjate de él, Nikolas. Lo digo en serio —dijo Joel cogiendo a su hijo de la mano.

Entonces se oyó un extraño tintineo. El pequeño elfo estaba cambiando de color debido al esfuerzo. Su rostro se puso morado como una ciruela. A continuación: ¡clanc!

Nikolas vio cómo una de las cadenas de hierro que sujetaban los grilletes del elfo se rompía con un chasquido, como si fuera una barrita de caramelo.

Luego la otra.

Y la otra.

Solo faltaba una.

—Eso es, Rosquetillo. Lo estás consiguiendo.

—¡Mirad! ¡Se está soltando!

—¡Detén tu brujería, maldito bicho de orejas puntiagudas! —le espetó Toivo al elfo—. ¡Si no quieres que te mate de un flechazo!

Toivo levantó de nuevo la ballesta y apuntó a Rosquetillo.

—Ni hablar —respondió el elfo.

Aunque lo que los hombres entendieron fuera: *Kalabash animbo*.

—¡Y déjate de esa jerigonza élfica! —añadió Toivo.

En ese momento, un pájaro salió despavorido de la rama de un árbol.

—Un elfo muerto no nos sirve de nada —dijo Joel.

—Un elfo muerto es mejor que uno fugado —soltó de nuevo Toivo con rudeza—. Si hace otro movimiento, me lo cargo.

Nikolas se soltó de la mano de su padre bruscamente. Nunca jamás se había sentido menos hijo suyo. De un brinco, se puso delante de la jaula. La respiración se le disparó sin que pudiera evitarlo debido al intenso miedo.

Levantó la vista y miró a los ojos a Toivo, unos ojos oscuros y nerviosos que parecían contener en su interior la noche más cerrada.

—No te lo voy a consentir.

—No me provoques, chaval. Podría acabar contigo también en un santiamén —replicó sin titubear lo más mínimo.

—¡Mirad! —exclamó de repente Tomas.

Nikolas se dio media vuelta y vio una especie de amalgama huracanada de nieve, cuernos, pezuñas y vaho aproximarse a toda velocidad. El bosque entero parecía retumbar con estrépito, como si hubiera sido atravesado por un trueno. Un reno gigantesco cargaba contra ellos.

—¡*Relámpago*! —gritó Nikolas, temiendo por la vida de la criatura.

—¡Dejádmelo a mí! —exclamó Anders.

Disparó una flecha, y esta salió despedida en línea recta cortando el aire a toda velocidad. *Relámpago* seguía al galope, más deprisa incluso, y, por lo que parecía, en la trayectoria de la flecha. Sin embargo, en el último instante, levantó la cabeza y con ella el resto del cuerpo, se elevó del suelo dando un salto hacia adelante y comenzó a trepar por el aire como si subiera por una colina invisible, sacudiendo en su ascensión las copas de los árboles cubiertas de nieve.

Nikolas vio cómo Anders apuntaba con su arco hacia arriba siguiendo al reno que cabalgaba por el cielo, su poderosa cornamenta iluminada por la luna.

—¡No le dispare! ¡Por favor! ¡Es mi único amigo! —suplicó Nikolas.

Joel observó el rostro delgado y pálido de su hijo. A continuación, miró su mano izquierda: al medio dedo que le faltaba.

—La vida es dolor —dijo con amargura.

—Pero también es magia, papá —respondió Nikolas sin que su padre le prestara atención.

—Tienes que tranquilizarlo, Nikolas. Estará más seguro si le dices que baje aquí, donde podamos verlo. No le dispararemos, ¿verdad, compañeros? Lo capturaremos y se lo llevaremos al rey. Seguro que estará encantado de ver un reno que vuela.

Anders bajó el arco.

—Sí. Dile que baje.

—¡*Relámpago*! —lo llamó Nikolas, preguntándose si se podía confiar en alguno de ellos—. ¡Baja aquí! Es más seguro.

El reno pareció comprender, ya que un minuto más tarde había aterrizado en el pequeño claro del bosque donde estaban todos, jadeando intensamente y

con los ojos brillantes por el esfuerzo realizado.



—Este es *Relámpago*. Por favor, no le hagáis daño —dijo Nikolas.

El reno comenzó a lamerse el cuello.

—Se llama como el lago... —añadió Tomas alisándose su abrigo de piel de reno.

Nikolas acarició al animal, que se quedó mirando a Anders, emitiendo un sonido a mitad de camino entre un resoplido y un gruñido.

—No pasa nada, *Relámpago*. No va a hacerte daño de nuevo —dijo Nikolas deseando poder creer plenamente en sus palabras.

No obstante, a medida que hablaba, Toivo levantó su ballesta.

—¡No, Toivo! —gritó Joel.

Nikolas reflexionó un segundo y observó a su alrededor, como si la respuesta se hallara en algún lugar perdido en la tenebrosa oscuridad de los árboles del bosque.

Solo había una cosa que pudiera hacer.

—Muy bien. Iremos con vosotros. Me encantaría conocer al rey.

—Está mintiendo —dijo Toivo.

Joel miró a los ojos a su hijo, y en ese instante Nikolas supo que su padre le creía como puede que solo un padre sea capaz de creer a su hijo.

—No. No miente. No estás mintiendo, ¿verdad, Nikolas? Porque sabe que si miente lo matarán y no habrá nada que yo pueda hacer al respecto.

—No, papá —respondió Nikolas respirando profundamente—. No estoy mintiendo. He cambiado de idea. Lo de antes fue una estupidez. Los elfos me encerraron en una celda en la que había un trol asesino. No les debo nada.

Durante unos momentos nadie dijo palabra alguna. El único sonido era el del viento frío susurrando entre los árboles.

Entonces, Anders le dio una palmadita en la espalda a Nikolas.

—Buen chico. Has hecho lo correcto. ¿No es así, Joel?

—Sí —respondió Joel—. Siempre hace lo correcto.

—Bueno, muy bien. Ya está todo arreglado. Será mejor que ahora descansemos un poco. Mañana nos espera un día muy largo —dijo Anders pasándoles un brazo por encima del hombro a Tomas y a Toivo.

—El chico y el reno deben dormir lejos de la criatura élfica. Solo por seguridad —dijo Tomas.

—Me parece bien —asintió Nikolas.

Joel no parecía del todo satisfecho.

—Esperad un segundo. ¿Y qué pasa con el elfo? ¿Y si utiliza su magia de nuevo? Uno de nosotros debería hacer guardia para asegurarse de que no escapa.

—Bien pensado —observó Toivo achicando los ojos—. Yo lo haré.

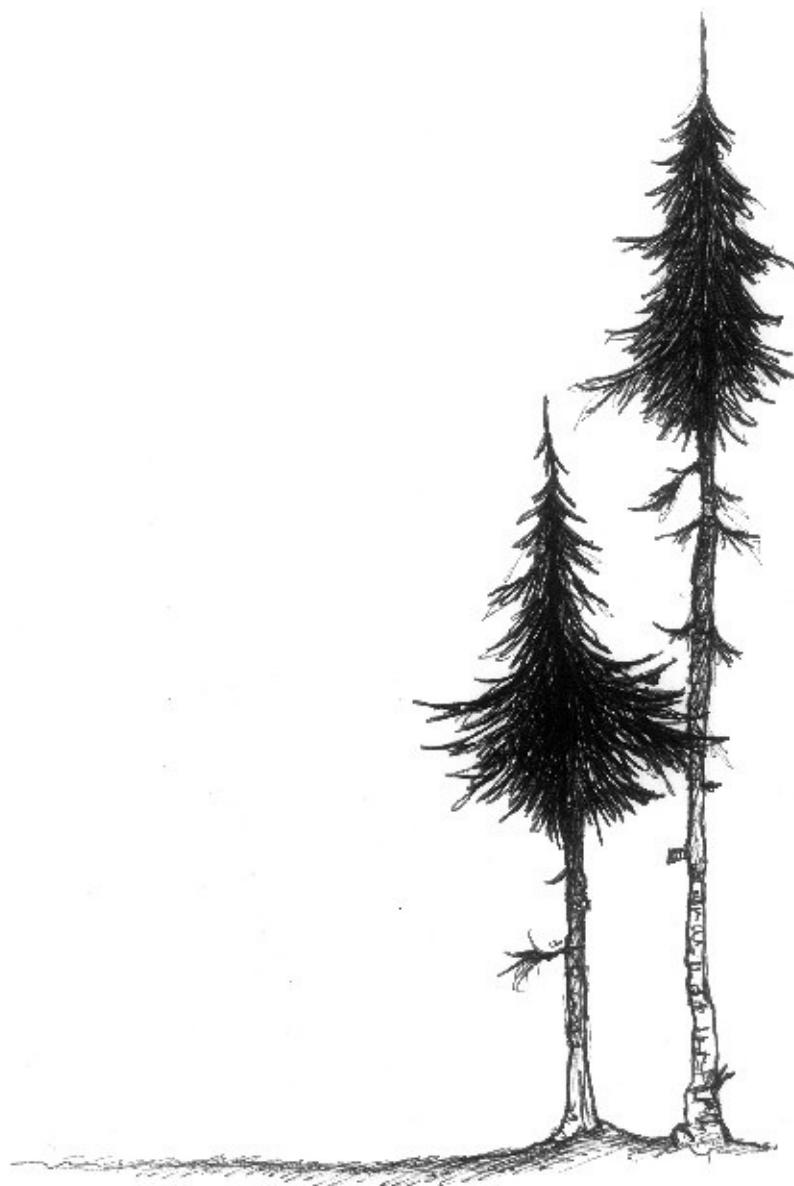
—Toivo, tú estás demasiado cansado —dijo Anders—. Has bebido demasiado licor de camemoro, como siempre. Tiene que ser otro de nosotros.

—Yo estoy bien despierto —se ofreció Joel—. Yo lo haré. A fin de cuentas, ha sido mi hijo el causante de todo esto. Me siento responsable.

—Muy bien, pues. Me parece lógico. Despiértame con las primeras luces del alba y te relevaré.

Anders señaló en dirección a los pinos que había en un extremo del campamento, más allá del claro del bosque, hacia el barranco.

—Podéis dormir allí —dijo refiriéndose a Nikolas y a *Relámpago*, al tiempo que le daba a este último una palmadita en el lomo y acariciaba con suavidad su pelaje salpicado de nieve—. Lo siento, compañero. No me guardes rencor por lo de aquella flecha, ¿eh?



Relámpago pareció pensativo por un momento, y entonces decidió hacerse pis encima de los calzones largos de Anders.

—¡Eh! —exclamó este.

Tomas se echó a reír. El propio Anders tampoco pudo evitar soltar una carcajada, lo que hizo que los demás se les uniesen también.

Así pues, los hombres volvieron a dormirse junto a la aún chispeante fogata, Nikolas y *Relámpago* se tumbaron entre los árboles que había más allá del campamento y Joel se sentó frente a la jaula en cuyo interior se hallaba Rosquetillo. Era difícil asegurar si este había desistido de sus intentos de escapar o no; sin embargo, lo que sí se puede asegurar es que Nikolas, desde luego, no había abandonado la idea de ayudarlo en su empresa. Se acurrucó contra *Relámpago*, con sus respectivos cuerpos dándose calor el uno al otro a medida que las voces de los hombres iban apagándose.

—Feliz Navidad, *Relámpago* —dijo con voz taciturna.
Pero el reno ya se había quedado dormido.

Un buen recuerdo

Nikolas, en cambio, siguió despierto, allí tumbado, contemplando la luna llena durante un buen rato. Antes de que el sueño acabara por vencerlo, oyó un ruido. Más bien un leve susurro que llegaba hasta él empujado suavemente por el viento. Levantó la vista y vio a su padre que arrastraba despacio y con sigilo el trineo hacia donde él estaba, alejándolo del campamento. El elfo no debía de pesar mucho, ya que el trineo parecía dejarse llevar con facilidad. Rosquetillo estaba dentro de la jaula agarrado a los barrotes, callado y con los ojos abiertos de par en par.

—¿Qué estás haciendo? —susurró Nikolas.

Joel se llevó un dedo a los labios en gesto de silencio y, acto seguido, se quitó de los hombros el arnés al que estaba sujeto el trineo. Se acercó a *Relámpago* y se lo pasó alrededor del cuello.

Nikolas no podía creerlo.

—Sé que ibas a acabar por intentar liberar al elfo —dijo Joel—. Lo cual era una idea espantosa, por cierto. Una idea en verdad horrible. Pero es Navidad. Y es tu cumpleaños. Y aún sigues siendo mi hijo. Y quiero que sigas con vida. Así que ayúdame.

Nikolas se inclinó sobre *Relámpago*.



—Tranquilo —dijo en voz tan baja que el reno podía perfectamente no haberlo oído.

Sin embargo, se incorporó lentamente y se quedó muy quieto mientras le ponían el arnés. La hoguera del campamento se había apagado ya del todo y los hombres seguían con sus sueños profundos y pesados. Nikolas estaba

nervioso, pero, extrañamente, también se sentía feliz y aliviado. Después de todo, a su padre le seguía quedando algo de bondad en su interior.

Uno de los hombres —puede que Toivo, aunque estaba demasiado oscuro y apartado para estar seguro de ello— se dio la vuelta en su improvisado catre y refunfuñó algo. Nikolas y Joel contuvieron la respiración y esperaron que se volviera a dormir.

El arnés ya estaba colocado.

—Muy bien, estamos listos —susurró Joel, justo en el momento en que el sonido del viento pareció apagarse de golpe.

Fue como si el bosque mismo se hubiera puesto a escuchar repentinamente sus planes.

—Ahora sube al reno y sal volando.

—Papá, por favor, ven con nosotros.

—No. Retrasaría vuestra huida.

—*Relámpago* es fuerte. Y veloz. Puedes ir en el trineo para comprobar si Rosquetillo está bien. No puedes quedarte aquí. Te matarán.

Toivo —sí, en efecto, se trataba de Toivo— comenzó a moverse en la oscuridad. Su larga y delgaducha silueta les fue perfectamente visible en ese momento.

Nikolas nunca había visto a su padre tan asustado. Ni siquiera cuando se enfrentó con el oso. El miedo que pudo ver en su rostro hizo que el corazón comenzara a latirle frenéticamente.

—Muy bien —asintió Joel—. Iré subido en el trineo. Tenemos que irnos. Rápido.

Nikolas se montó a lomos de *Relámpago*. Acto seguido, se echó hacia adelante para susurrar algo a oídos del reno.

—Vamos, chico, tan rápido como puedas. Salgamos de aquí.

En ese momento, Toivo acabó por despertarse del todo. Estaba dándoles patadas al resto de los hombres y metiéndoles prisa para que se levantaran.

—¡Se escapan!

Relámpago arrancó, giró metiéndose por un largo corredor que había entre los árboles, y fue acelerando cada vez más el paso.

—¡Vamos, *Relámpago*! Tú puedes, chico. ¡Vamos! ¡Es Navidad! ¡Usa tu magia!

Nikolas oyó un extraño sonido silbante detrás de él. Horrorizado, comprobó que se trataba de una flecha que surcaba el aire a toda velocidad. Se agachó instintivamente y consiguió salvar la cabeza por una décima de segundo.

Relámpago parecía tener problemas para ir al galope debido al peso del trineo, de la jaula, de Rosquetillo, de Joel y de Nikolas. Una segunda flecha pasó zumbando junto a ellos.

El animal iba ganando velocidad, pero no la suficiente. Además, había demasiados árboles, y se veía obligado a avanzar zigzagueando peligrosamente entre ellos. Nikolas, agarrado con todas sus fuerzas al reno, volvió la cabeza y vio que el trineo se inclinaba en cada curva cada vez más hacia los lados, haciendo que Joel estuviera a punto de caerse.

Las imágenes de los árboles se sucedían sin parar y se agolpaban en la mente de Nikolas de forma vertiginosa, paralizándolo de miedo y sin dejarlo apenas pensar en ninguna otra cosa.

Enseguida comenzaron a lloverles piedras, además de las flechas.

De pronto oyó un grito detrás de él, una especie de aullido ahogado que rasgaba la noche. Se dio la vuelta para mirar a su padre, que estaba justo en el borde mismo del trineo, a punto de caer, con un fino astil de madera con plumas clavado en un hombro. La sangre ya le había empapado la camisa hecha de retales.

—¡Papá! —chilló Nikolas mientras una nueva flecha le pasaba silbando junto a la oreja.

Justo en ese momento, sintió como el cuerpo de *Relámpago* empujaba hacia arriba. El milagro estaba acaeciendo.

Sin embargo, a medida que comenzaban a coger altura, una de las piedras lanzadas por una honda impactó en el pecho de *Relámpago*. Ya fuera solo por el susto o porque realmente le hizo daño, el caso es que el animal pareció flaquear momentáneamente y descendió de nuevo a tierra. Cogió impulso otra vez y se elevó por el aire. Sin embargo, Nikolas se dio cuenta de que tenían otro serio problema: iban directos hacia las copas de los árboles y no parecía que fueran a ser capaces de sobrepasarlas. Las ramas nevadas y las piñas que colgaban de ellas le azotaban la cara, mientras las flechas continuaban volando de un lado para otro dibujando finas líneas negras en la penumbra.

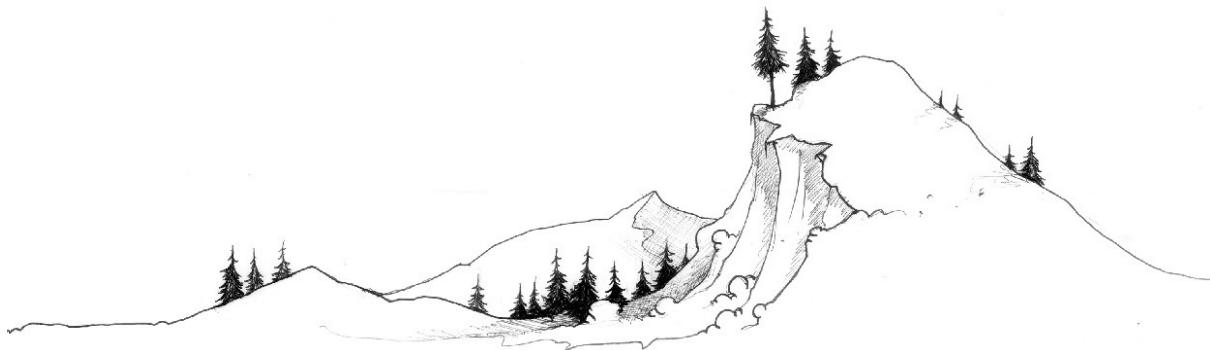
—¡Vamos, *Relámpago*! —gritó Nikolas metiéndole prisa al reno para que acabara de desafiar la gravedad con sus poderes mágicos.

El pobre reno lo intentaba, pero no podía. Volvió a golpear en el suelo y prosiguió al galope, intentando despegar de nuevo.

—¡Pesamos demasiado! —gimió Joel de forma agónica mientras se sujetaba la herida del hombro con la mano.

Nikolas sabía que las patas de *Relámpago* avanzaban ligeramente por encima del suelo, sin llegar a tocarlo, pero que aun así no era suficiente. Su

cuerpo robusto hacía todos los esfuerzos posibles, pero el peso del trineo tiraba de ellos hacia abajo. Él mismo intentó hacer magia. Sin embargo, el miedo había convertido su mente en un ciclón de pensamientos, de modo que era incapaz de concentrarse en un deseo el tiempo suficiente antes de que este se esfumara como una pluma arrastrada por el viento.



—¡Mirad adelante! —exclamó Joel—. ¡El barranco! ¡El río!

Entonces se percató. No eran solamente los árboles los que les impedían avanzar; también el propio camino estaba a punto de desaparecer bajo sus pies. Estaban a solo unos metros de distancia del barranco cuya profunda y oscura caída acababa en el río.

—¡No podréis cruzar! ¡La única manera sería volando! —gritó Joel—. ¡Pesa demasiado!

Sin embargo, Nikolas no iba a rendirse. Se concentró en el deseo con fuerza, con cada músculo de su cuerpo, con cada molécula de su organismo, y rogó y rezó para que la magia, la suya propia y la de *Relámpago*, hicieran acto de presencia.

—¡Vamos, *Relámpago*! ¡Vamos, chico, puedes conseguirlo! ¡Vuela!

El reno se elevó de nuevo en el aire, pero solo un poco, y volvió a estrellarse una vez más contra el suelo. Joel se agarraba con fuerza a la jaula. Nikolas oyó a Rosquetillo gimoteando de miedo.

—¡Oh, no! —dijo el elfo—. ¡Oh, no, oh, no, oh, no, oh, no!

—¡Soy un lastre para vosotros! —exclamó Joel—. Voy a saltar.

Sus palabras se clavaron en Nikolas como cuchillas.

—¡No, no, papá! ¡No!

Volvió la vista hacia atrás. La cara de Joel mostraba una expresión de dolor diferente: el dolor de la despedida.

—¡No!

—¡Te quiero, Nikolas! —aulló Joel—. ¡Quiero que te quedes con un buen recuerdo de mí!

—¡No, papá! Todo irá...

Ya estaban justo al borde del barranco cuando Nikolas pudo sentirlo antes de verlo siquiera. Ese cambio de ritmo. Esa repentina ligereza. El alivio de la carga después de que Joel se soltara de la jaula a la que había ido agarrado y cayera del trineo, les permitió echar a volar. Nikolas, con los ojos arrasados en lágrimas, vio cómo la figura de su padre se hacía un ovillo en la nieve y se empequeñecía cada vez más hasta, finalmente, desaparecer en la oscuridad. Igual que su madre cuando desapareció en la oscuridad de aquel pozo. Un inmenso terror se apoderó de Nikolas al darse cuenta de la amarga verdad: ahora estaba completamente solo en el mundo.

El reno, más ligero de peso y resuelto a llevar su cargamento a lugar seguro, planeó por encima del vacío, con fuerza y rapidez, y se alejó en la noche.

Cabalgando los cielos

 La tristeza que Nikolas sintió en aquellos momentos era indescriptible. Perder a alguien a quien amas es lo peor que le puede pasar a uno en el mundo. Crea un agujero invisible en tu interior que te hace sentir como si cayeras a un abismo sin fin. Las personas que uno ama son las que hacen tu mundo real y palpable, y cuando, de repente, desaparecen para siempre, nada, paradójicamente, se te antoja más real que dicha pérdida. Nunca más oiría la voz de su padre. Nunca más iría agarrado de sus fuertes manos. Nunca volvería a verlo con su gorro rojo en la cabeza.

Las lágrimas que surcaban el rostro de Nikolas se fueron congelando según cruzaban el gélido aire de la mañana. Era el día de Navidad más triste de su vida, el cumpleaños más triste de su corta pero intensa existencia. Se aferró al lomo de *Relámpago* para sentir su calor, volviendo la vista atrás solo de vez en cuando para comprobar que el trineo y la jaula seguían en su sitio.

Con la oreja pegada al pelaje del animal, Nikolas era capaz de percibir el fluir de la sangre en el cuerpo del reno, un sonido que casi amortiguaba el del ímpetu de su galope.

No había parado de llorar desde que su padre saltó del trineo. ¿Se habría matado al caer? ¿O le habrían dado alcance Toivo y Anders y todos los demás? De una forma u otra, mucho se temía que el resultado debía de haber sido el mismo. Nunca más volvería a ver a su padre. Lo sentía claramente: un vacío estruendoso en el corazón.

Poco a poco, la luz del día llenó el cielo por completo.

—Lo siento —dijo una voz menuda detrás de él—. Todo es culpa mía.

Nikolas apenas había oído decir a Rosquetillo una palabra hasta el momento, salvo por los «oh, no».

—¡No te lamentes! —le gritó Nikolas desde delante, secándose las lágrimas de los ojos—. ¡Nada de esto es culpa tuya!

Pasó un rato.

—Gracias por salvarme —oyó Nikolas decir al elfo con su frágil voz al cabo de un rato.

—Oye, sé que piensas que mi padre era un mal humano. Y es verdad que no estuvo bien lo que hizo. Pero también era bueno. Lo que le pasó es que fue débil. No teníamos nada de dinero... Los humanos son complicados.

—Los elfos también —dijo Rosquetillo.

Nikolas contempló la intensa blancura de las nubes que los rodeaban. Hasta la idea de trepar por chimeneas estrechas o de volar por los aires le resultaba más fácil en aquel momento que creer en la vida. Sin embargo, como *Relámpago* seguía al galope surcando los cielos, comprendió que tenía que seguir adelante y llevar de vuelta a Rosquetillo a su casa. Tenía que hacerlo y no había más que hablar.

—Eres un buen amigo —dijo Rosquetillo.

Pasaron volando por encima de la montaña, y esta vez Nikolas pudo distinguir enseguida el pueblo de Elfhelm: la calle de las Siete Curvas, la Torre, el Ayuntamiento, las Colinas Boscosas y el lago.

Una gran multitud se había agolpado en el Campo de los Renos en el momento en que *Relámpago* aterrizó en pleno centro. Nikolas ya no estaba asustado: no quedaba nada en el mundo que pudiera darle miedo. Había perdido a su padre. ¿Qué horror podía depararle ya la vida que fuera peor que ese? Ni siquiera sintió el más mínimo pánico cuando, después de bajarse del reno, vio cómo la muchedumbre se apartaba para abrirle paso a Papá Vodol, que iba derecho hacia ellos. Solo el mismo e inmenso vacío que antes.



—Así que el hijo de Joel, el leñador, ha regresado —dijo Papá Vodol.

Nikolas hizo un gesto con la cabeza señalando la jaula de madera.

—¿Qué pasa? —preguntó Papá Vodol.

—He traído de nuevo a Rosquetillo a Elfhelm —anunció Nikolas lo bastante alto como para que todo el mundo lo oyera.

—Es cierto, Papá Vodol —dijo un elfo de barba blanca aproximándose hacia ellos.

Era Papá Topo, seguido de cerca por Manduquita.

—¡Nikolas ha salvado a Rosquetillo! Lo que tanto esperábamos todos.

—Sí —asintió Papá Vodol sonriendo a Nikolas con renuencia—. Sí, supongo que sí. Pero ahora el humano debe volver a la torre.

La multitud rugió disconforme.

—¡Es Navidad!

—¡Dejadlo en paz!

—No. Esta vez, no —replicó Papá Topo negando con la cabeza y dirigiéndose a Papá Vodol.

—¡Ya está bien de tanta bondad! Papá Topo, no quiero oír ni una palabra más. El humano debe regresar a la torre. Ya está. Punto y final.

La inmensa congregación de elfos se mostró cada vez más colérica, y alguno de ellos arrojó varias migajas duras de galletas de jengibre a la cabeza de Papá Vodol.

Papá Topo se puso serio por primera vez en su vida.

—Vas a dar lugar a un levantamiento. El niño humano es un héroe.

Justo en ese instante, los elfos comenzaron a vitorear:

—¡Héroe! ¡Héroe! ¡Héroe!



—¡Elfos desagradecidos! —gritó Papá Vodol a pleno pulmón, lo cual significaba a un volumen ensordecedor. ¿No os dais cuenta de todo lo que he hecho por vosotros? ¿Lo segura en qué he convertido esta comunidad poniendo fin a la alegría y la bondad?

—A mí me gusta bastante la bondad —dijo un elfo.

—Y la alegría tampoco estaba tan mal —exclamó otro.

—Yo echo de menos poder bailar la cachizumba.

—¡Yo también!

—¡Y que se nos pague como es debido! Tres monedas de chocolate no dan para vivir.

—Yo quiero ser bueno con los no-elfos.

Y así continuó y continuó la lista de quejas, hasta que Papá Vodol, como líder elegido de forma democrática de Elfhelm, se dio cuenta de que no le quedaba otra opción.

—Está bien —asintió—. Antes de que decidamos qué hacer con el niño humano, llevemos primero a Rosquetillo a su casa.

Entonces, un clamor tremendo estalló entre los elfos y muchos se pusieron a bailar la cachizumba, a pesar de que estaba prohibido. Nikolas miró a su alrededor y comenzó de nuevo a llorar; aunque esta vez sus lágrimas eran un poco de felicidad, la felicidad que solo se experimenta cuando uno está rodeado de la alegría y la bondad de los elfos.

Un niño llamado Noel

Los padres de Rosquetillo se llamaban Buenhumor y Locuela. No eran más que humildes trabajadores, aunque especializados, de modo que llevaban túnica azul. Buenhumor se dedicaba a hacer galletas de jengibre y Locuela juguetes, sobre todo peonzas, las cuales, por cierto, habían caído en desuso en los últimos tiempos, ya que los elfos habían perdido las ganas de jugar a nada (además de que era ilegal). Vivían en una pequeña cabaña de madera —aunque con sillas, mesas y armarios hechos de galletas de jengibre— que se hallaba situada en una punta del pueblo, no lejos de las Colinas Boscosas.

Bueno, en cualquier caso, eso es lo de menos. Lo que importa es que Nikolas no había visto jamás a nadie ponerse tan contento como Buenhumor y Locuela cuando apareció con Rosquetillo a la puerta de su casa.

—¡Increíble! ¡Es un milagro! —exclamó Locuela, rompiendo a llorar—. ¡Muchas muchas gracias! ¡Este es el mejor regalo de Navidad de la historia!

—Es a Nikolas a quien debéis agradecérselo —contestó Papá Topo dando un pequeño empujón hacia adelante a Nikolas.

—Oh, gracias, gracias, Nikolas... —dijo Locuela abrazándose con fuerza a las rodillas de Nikolas y casi haciéndolo caer—. ¿Cómo podré jamás recompensarte por esto? ¡Te regalaré varios juguetes! Tengo un montón que he hecho yo misma; peonzas, sobre todo. Espera aquí.

—¡Y yo te voy a hornear las mejores galletas de jengibre que se hayan hecho jamás! —dijo Buenhumor, que tenía el pelo y la barba del color de las galletas de jengibre. En realidad, todo en él parecía estar hecho casi totalmente de galletas de jengibre.

Papá Vodol no pudo evitar fruncir el ceño ante la visión de un humano al que le daban las gracias tan efusivamente.

—Bueno, en realidad es un convicto fugado, de modo que debería volver a la torre.

Unos grandes lagrimones comenzaron a caer de los ojos color cielo de Rosquetillo.

Nikolas recordó la fría y oscura sala de calderas en la que había sido encerrado, y se dio cuenta, justo en ese momento, de que aunque la vida sin su padre podía ser desalentadora y deprimente, lo sería sin duda mucho más encerrado en aquella torre.

—Como puedes ver, esa sería una decisión muy impopular —declaró Papá Topo con firmeza.

—Yo ya sé que no es asunto mío, puesto que no formo parte del Consejo, pero, por lo que a mí respecta, este humano en particular es un héroe por haber rescatado a mi hijo. ¡Un verdadero héroe navideño! No solo ha salvado a mi hijo: ¡ha salvado la Navidad! —ratificó Locuela.

Incluso Mamá Ridi parecía estar de acuerdo en que no debería volver a la torre.

—Me parece que va siendo necesario reescribir algunas de las normas élficas —sugirió.

Papá Vodol no parecía satisfecho. Se puso a dar vueltas gruñendo malhumorado. Uno de los zuecos que había colgados en un escaparate cercano se descolgó solo y cayó estrepitosamente contra el suelo. Todo el mundo se quedó mirándolo. Sabían que eso significaba que Papá Vodol estaba de muy mal humor.

—¡Papá Vodol! —exclamó Mamá Ridi, escandalizada.

—Lo siento. Pero es un humano. Sabemos lo que los humanos son capaces de hacer. No podemos suavizar nuestra posición respecto a todos los humanos por un solo niño.

Papá Topo chasqueó la lengua, pensativo.

—Te das cuenta, ¿verdad?, de que este humano te va a hacer vender un montón de periódicos... Imagínate los titulares: «El chico que salvó la Navidad».

Papá Vodol hizo una pausa. Nikolas se dio cuenta de que aquello suponía para Papá Vodol un gran conflicto interno, ya que sabía que lo que decía Papá Topo era verdad. Al final, con la voz más apacible que pueda imaginarse, una palabra salió arrastrándose de la boca de Papá Vodol:

—Quizá.

Papá Topo le puso una mano en el hombro a Nikolas. O lo intentó. Era demasiado alto para él, de modo que se conformó con darle una palmadita en el brazo.

—Entonces, ¿obtiene nuestro perdón?

Hubo una pausa muy larga. Una pausa mucho más larga que estas dos frases; pero, finalmente, dicha pausa llegó a su fin.

—Sí —dijo Papá Vodol asintiendo con la cabeza de la forma más sutil e imperceptible que se haya visto jamás en humano o elfo.

—¡Hurra! —exclamó todo el mundo menos Papá Vodol.

—Creo que deberíamos organizar una fiesta de Navidad para celebrarlo —propuso Mamá Ridi.

Papá Vodol protestó:

—Ya tuvimos una fiesta de Navidad hace dos días.

—Esa fue una fiesta horrible —farfulló Mamá Ridi—. Vamos. ¡Se merece una mucho mejor!

—Sería un honor para mí —dijo Nikolas—. Pero *Relámpago* y yo lo único que queremos es descansar.

Locuela regresó trayendo siete peonzas, un pisapapeles de nieve, un oso de peluche y un estuche de pinturas. Las peonzas en particular eran preciosas: todas eran multicolor, rojas y verdes principalmente, y pintadas a mano. Eran los juguetes más bonitos que Nikolas había visto jamás. No podía con todos. Dos de las peonzas se le cayeron y comenzaron a girar en el suelo.

Papá Topo se sacó una galleta del bolsillo y comenzó a mordisquearla, pensativo.

—¿No es maravilloso el simple acto de hacer un regalo? —manifestó al fin.

—Yo no lo veo así —replicó Papá Vodol.

—La verdad —dijo Nikolas mientras Locuela intentaba recoger los juguetes del suelo— es que con una sola peonza me vale...

Locuela negó con la cabeza haciendo que sus largas trenzas se balancearan de un lado a otro, a la vez que más peonzas volvían a caer al suelo.

—No. Necesitas más de una sola peonza. Las peonzas son muy importantes. Relajan. Hacen que te olvides de las preocupaciones. Lo único que hace falta es algo donde meter todos tus regalos.

Locuela miró a su alrededor. Rosquetillo señaló los largos calcetines de su padre.

—¡Buena idea! —dijo Locuela, satisfecha—. Buenhumor, quítate los calcetines.

—¿Qué?

—Tienen el tamaño perfecto para meter todas estas peonzas. Vamos, quítatelos. Tienes muchos más.

De modo que Buenhumor se quitó sus largos calcetines de lana delante de todos. A Nikolas le sorprendió que las piernas de los elfos fueran tan peludas.

Bueno, al menos las de Buenhumor lo eran.

Una vez se los hubo quitado, Locuela introdujo todos los regalos dentro.

—¿Lo ves? Son perfectos. A lo mejor deberíamos usar siempre calcetines para llevar los juguetes de un lado a otro. ¡Ya está! ¡Aquí tienes! ¡Feliz Navidad!



Y aunque el hecho de recibir un calcetín lleno de regalos no es que le eliminara por completo el dolor, Nikolas se sintió un poco más feliz al saber que hacía también más feliz a otra persona. A continuación, se despidió de Rosquetillo y se marchó junto a Papá Topo. A unos metros de distancia lo esperaba *Relámpago*, mirándolo fijamente con unos ojos llenos de cariño que centelleaban como la nieve.

La gran decisión

 *elámpago* volvió a instalarse en el Campo de los Renos junto a *Trueno*, *Brioso*, *Juguetón* y todos los demás, y a lo largo de las siguientes semanas, Nikolas observó que al resto de la manada parecía gustarle mucho el travieso sentido del humor de *Relámpago*. Siempre estaban riéndose con él. Bueno, en realidad es imposible estar seguro de si se reían o no, ya que la risa de un reno es algo bastante difícil de distinguir; sin embargo, los ojos de los demás brillaban con más fuerza cada vez que él andaba por allí cerca.

Y Nikolas se alojó en la cabaña de Papá Topo. Se quedó allí durante bastante tiempo. Disfrutó de las deliciosas galletas de jengibre que Buenhumor le había preparado y se divirtió jugando a las cartas con Manduquita, las cuales estaban todas pintadas a mano por Locuela. Manduquita, como el resto de los elfos, era una jugadora de naipes increíble, aunque de vez en cuando dejaba ganar a Nikolas. El caso es que se integró muy bien en la comunidad e hizo amigos entre los elfos. Nunca se sentía superior ni hacía distinciones en función del color de la túnica que llevasen.

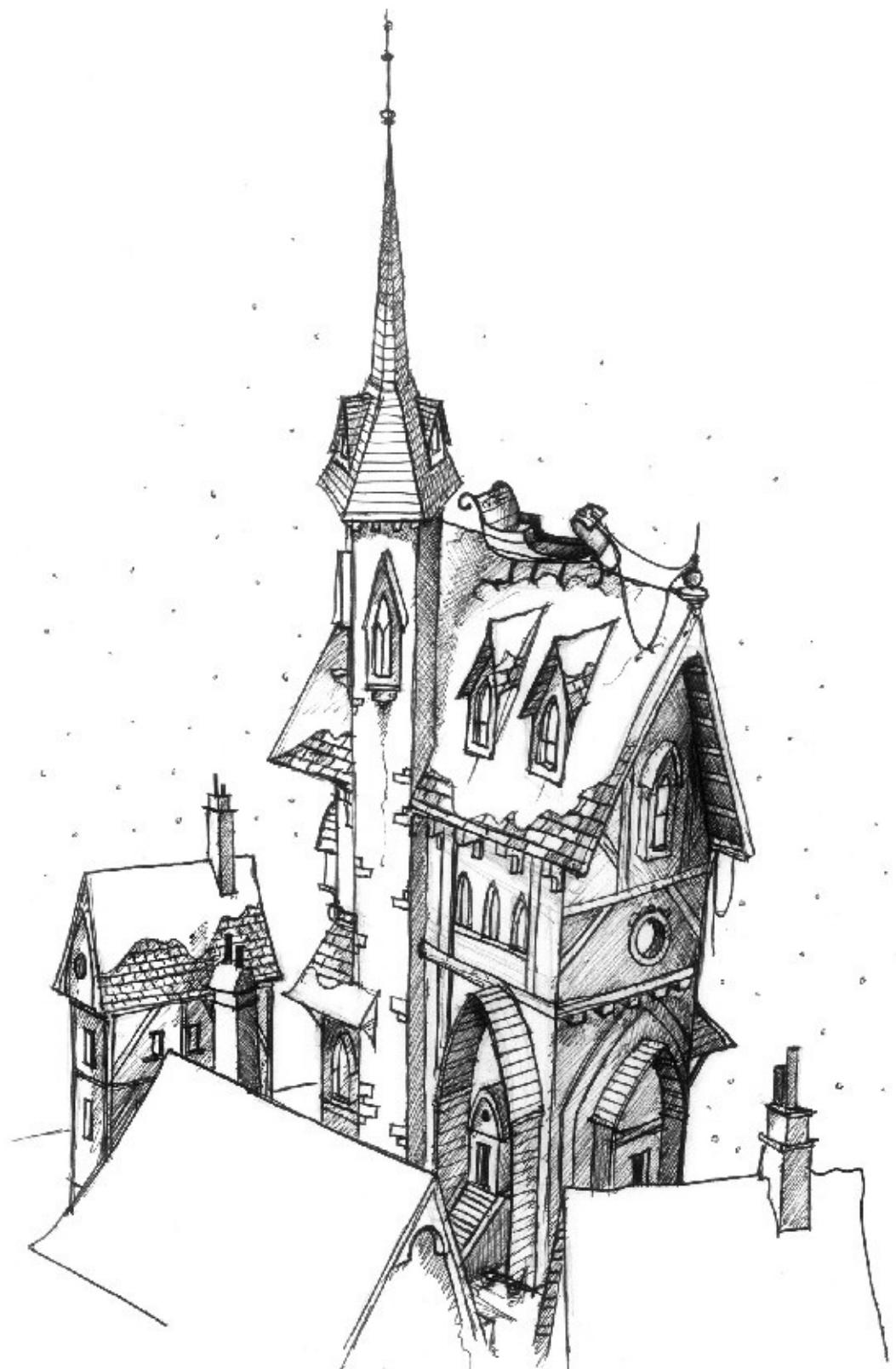
No obstante, la tristeza seguía viva en su interior. Intentaba recordar el lado bueno de su padre: siempre había estado ahí, por debajo de la superficie, como el rojo intenso y brillante de su gorro por debajo de la suciedad. Nikolas lo lavó y comenzó a llevarlo siempre, decidido a no perder nunca ese lado bueno de su progenitor y a hacer que estuviera siempre vivo en él.

—He estado pensando —dijo Nikolas al cabo de un mes de estancia en Elfhelm—, y creo que ya es hora de que vuelva al mundo humano.

—Bueno —le respondió Papá Topo—, si eso es lo que quieres hacer, entonces adelante.

Así que un día subió a lomos de *Relámpago* y fue volando con él hasta Kristiinankaupunki. Mientras surcaba los aires miraba de vez en cuando en busca de su padre, de la misma manera que lo había buscado antes, aunque, por supuesto, no había padre alguno al que encontrar. Aterrizaron en el tejado de una iglesia y Nikolas descendió por la torre. Pasó el día entero entre

humanos. Echó un vistazo al escaparate de la tienda de juguetes y contempló los muñecos con forma de elfo: demasiado simplones y sin gracia para ser elfos. También reparó de nuevo en el peluche del rey Federico. Entonces vio a un niño que salía con un reno de madera y recordó el tiempo en que solía quedarse embobado frente al escaparate de la tienda de juguetes junto a su padre, así como el deseo intenso que sentía de tener regalos como el resto de los niños. Ahora, el único deseo intenso que tenía en su interior era el de volver a estar con su padre.



El plan era regresar a la cabaña; sin embargo, no hallaba una buena razón para hacerlo. ¿Por qué vivir con una tía desagradable cuando puedes vivir en un lugar lleno de alegría y magia? ¿Por qué vivir en un sitio lleno de

recuerdos y fantasmas del pasado que no pueden volver a la vida? Así que, finalmente, tomó una decisión: viviría para siempre con los elfos.

Pero debería buscarse un hogar propio, ya que todo el tiempo que había estado en la cabaña de Papá Topo no había dejado de darse coscorrones con las vigas del techo. Así pues, los elfos le construyeron una casa de madera de pino, con muebles hechos de galleta de jengibre y bastones de caramelo. La única condición que Nikolas había puesto a los arquitectos es que la casa tuviera vistas al Campo de los Renos, de manera que desde cualquiera de las ventanas orientadas al sur pudiera ver a *Relámpago* en todo momento. Y así fue como se la hicieron.

A veces, cuando *Relámpago* estaba de buen humor, aparecía volando haciendo círculos alrededor de la casa de Nikolas, galopando a toda velocidad por el aire y pasando por delante de todas las ventanas. En ocasiones, algunos de los otros renos se le unían —normalmente, *Saltarín* y *Cometa*, y a veces *Brioso*; aunque *Trueno* nunca, ya que era demasiado sensible para esas cosas —. Nikolas recordó a la tía Carlotta y cómo lo obligaba a dormir a la intemperie, y se sintió afortunado. Había infinidad de formas peores de vivir para un niño de once años que rodeado de magia, elfos y renos.

Cuando cumplió los doce, Nikolas, después de ser propuesto como candidato por Papá Topo, fue elegido miembro del Consejo Élfico. Incluso Papá Vodol apoyó la idea, ya que estaba seguro de que aquello daría lugar de nuevo a un magnífico titular en su periódico *El Diario de la Nieve*; especialmente por el hecho de ser Nikolas la persona o elfo más joven que jamás había tenido dicho honor.

Más adelante, conforme Papá Vodol fue perdiendo influencia como líder elfo y regresando a su trabajo en los medios de comunicación, volvieron a convocarse nuevas elecciones. Elecciones a presidente de la Comunidad de Elfhelm y Portador del Báculo.

Nikolas las ganó con siete mil novecientos ochenta y tres votos y un solo voto elfo en contra.

Así es como Nikolas pasó a llamarse Papá Nikolas, lo cual le hacía mucha gracia, ya que solo tenía doce años y estaba claro que no podía ser padre de nadie; pero en fin, esa era la costumbre en Elfhelm. A Mamá Vodol, la hermana pequeña de Papá Vodol, y mucho más alegre que él, por cierto, se le ocurrió la idea de llamarlo con un nombre élfico, ya que Nikolas sonaba un poco a «nikalis», un tipo de queso hecho por los troles de sabor y olor muy desagradables.

—Sí —dijo Mamá Ridi apoyando la moción—. ¡No quiero que me venga a la mente ese queso repugnante cada vez que te llame por tu nombre!

—¡Oh, s-s-s-s-sí! —asintió Mamá Birra, la nerviosa curtidora de cinturones que había sido elegida recientemente miembro del Consejo gracias a un voto de simpatía a su favor por el hecho de haber sido atracada por un banda de duendes—. Es c-c-c-c-cierto. «Nikalis» es una palabra muy fea. Casi t-t-t-tan fea como «cacafungo asqueroso» o «imposible». Debemos pensar en a-aa-a-algun otro nombre.

En ese momento, Papá Topo intervino:

—¿Qué tal si se lo preguntamos a él mismo?

Solo había otro nombre que le viniera a la cabeza.

—Noel —dijo Nikolas.

—¿Noel?

—Significa Navidad —aclaró él.

—¿Qué dices de la Navidad? —refunfuñó Papá Vodol—. Quedan aún siete meses.

—No. Quiero decir, ¿por qué no me llamáis Noel? Papá Noel.

Todos los elfos sentados en la Sala del Consejo asintieron.

—¿Por qué ese nombre? —preguntó Papá Topo mientras jugueteaba con una galleta.

—Porque me recuerda a mis padres. Me llamaban así porque nací el día de Navidad. Era un mote cariñoso.

—¿Papá Noel? —dijo Papá Vodol con recelo—. No es que suene muy bien, que digamos.

—A mí me gusta —replicó Papá Topo masticando con deleite su galleta y quitándose las migajas del bigote—. Quiero decir que fue el día de Navidad cuando trajiste de vuelta a Rosquetillo, ¿no? Cuando salvaste la Navidad. Viene muy al pelo: Papá Noel.

—La Navidad es tiempo de regalos —añadió Mamá Ridi—. Y tú en sí fuiste un regalo para nosotros. Un regalo humano.

Nikolas vio cómo las imágenes de aquellos recuerdos inundaban de nuevo su memoria. Una lágrima se deslizó por su mejilla.

Papá Noel.

Entonces recordó aquellas primeras Navidades, cuando sus padres aún vivían e iban a cantar villancicos a la plaza principal de Kristiinankaupunki. Recordó la alegría de aquella última Navidad cuando su padre le enseñó el trineo que había estado construyendo para él después de haberlo guardado en

secreto en el bosque. Incluso el muñeco Boniatillo era algo especial para él por aquel entonces.

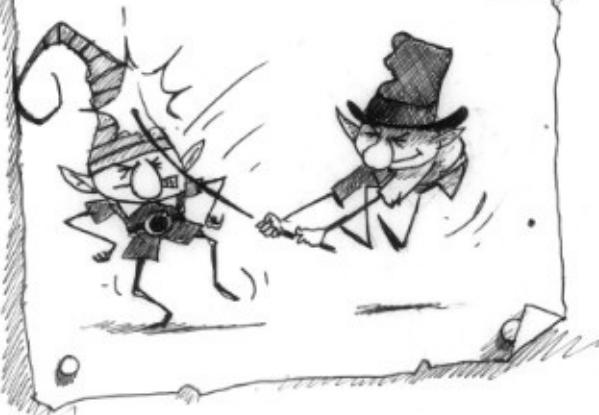
Nikolas sonrió, secándose aquella lágrima de felicidad, y pensó de nuevo en el nombre.

—¡Papá Noel me viene como anillo al dedo!

—¡Hurra! —exclamó Papá Topo engullendo el último pedazo de galleta —. ¡Esto requiere más galletas de jengibre!



Cómo bailar la cachizumba



Una última visita a la tía Carlotta

 o primero que hizo Papá Noel fue deshacer todo lo que había hecho Papá Vodol.

—Los elfos serán libres de llevar la túnica que quieran —dijo—. Nada de división en túnicas verdes, azules y todo eso. ¡Ah! Y pueden sentarse en el sitio que quieran a la mesa. Y la cachizumba será de nuevo bienvenida. Y los cánticos volverán a ser alegres y se volverá a disfrutar de la comida.

Todos los elfos estuvieron de acuerdo.

—Y volverá la alegría y la bondad...

—¡Alegría y bondad! —exclamó Mamá Ridi—. ¿En serio? Eso va a ser un poco polémico.

—Sí. Puede que lo sea. Pero los elfos antes eran felices y pueden volver a serlo.

Entonces alguien gritó:

—¡Alegría y bondad!

Y a continuación todo el mundo exclamó lo mismo. Bueno, no todo el mundo: Papá Vodol callaba poniendo una solemne cara de circunstancias; aunque, por lo menos, se atrevió a esbozar una leve sonrisa.

Sí, no cabía ninguna duda: el niño humano había hecho regresar la felicidad al pueblo de Elfhelm. Una felicidad duradera.

Aquella tarde, Nikolas volvió a subirse a lomos de *Relámpago* y partió otra vez para un último viaje. Quería ver la casa que, hacía una eternidad, había dejado atrás. Así que volaron en línea recta en dirección al sur, rápidos y veloces, hacia la cabaña en la que Nikolas había nacido. Aterrizaron junto al pozo en el que su madre cayó cuando él era pequeño, y se sentó sobre el tocón de un árbol cortado por su padre hacía mucho tiempo. A continuación, entró en la casa, que seguía oliendo ligeramente a boniato podrido, y vio que la tía Carlotta no estaba. Se sentó dentro y respiró hondo sabiendo que, con toda probabilidad, aquella sería la última visita a su casa natal.

Más tarde, volando de regreso hacia Elfhelm, divisó a su tía Carlotta que iba andando a Kristiinankaupunki. Según pasaban por encima de su cabeza,

ella levantó la vista. Nikolas pensó que la vida de su mezquina tía mejoraría mucho si lograra creer un poco en la magia, de modo que le gritó desde gran altura:

—¡Tía Carlotta! ¡Soy yo! ¡Subido a un reno que vuela! ¡Estoy bien, pero no volveré a casa jamás!

La tía Carlotta había levantado la vista justo a tiempo de ver a Nikolas, que la saludaba con la mano desde el cielo a lomos de un reno, así como una cosa marrón que se dirigía hacia ella a toda velocidad.

La cosa es que mientras Nikolas quería que la tía Carlotta comenzara a creer en la magia, *Relámpago*... Bueno, *Relámpago* tenía otros planes, y estaba a punto de hacerlos realidad dando en todo el blanco.

El reno se hizo pis y otra cosa más sobre la cabeza de la tía Carlotta, ensuciando su mejor vestido de los domingos.

—¡Bestias asquerosas! —gritó al cielo mientras se quitaba aquella cosa negruzca y apesada de la cara.

Pero *Relámpago* y Nikolas ya habían desaparecido entre las nubes.



Cómo pasó Papá Noel los siguientes diez años

1. Comiendo galletas de jengibre

Habiendo subsistido los primeros once años de su vida únicamente a base de sopa de champiñones, pasó los siguientes diez años disfrutando la típica comida de los elfos. No solo galletas de jengibre, sino también mermelada de moras boreales, bollos y pasteles de arándanos, sopa de higos, chocolate, gelatina y caramelos. Los principales componentes de la dieta élfica. Siempre había comida, a cualquier hora del día.

2. Creciendo

Llegó a ser muy alto; el doble de alto que el más alto de los elfos: Papá Vodol. Y además, de tanto comer, engordó bastante. Sobre todo, empezó a salirle una prominente barriga.

3. Hablando con los renos

Comenzó a darse cuenta de que los renos tenían su propio lenguaje. No era un lenguaje hablado, sino corporal. Y nada le gustaba más que salir y ponerse a hablar con ellos. Hablaban muchísimo del tiempo, y tenían un total de diecisiete mil quinientas sesenta y tres palabras para definir el musgo —aunque solo una para la hierba—. Creían que sus cornamentas explicaban el universo, les encantaba volar y pensaban que los humanos no eran más que elfos que habían salido un poco raros. *Saltarín* era el más hablador y siempre estaba haciendo bromas; *Trueno* se quejaba constantemente; *Cupido* hablaba de amor; *Raposa* era increíblemente melancólica y siempre estaba haciendo preguntas profundas del tipo «si un árbol cae en un bosque y nadie lo ha visto, ¿realmente se puede decir que ha caído?»; por otro lado, nada de lo que decía *Cometa* tenía nunca sentido alguno; y *Relámpago* siempre era el más tranquilo, aunque, lógicamente, su compañía era la que más le agradaba a Nikolas.

4. Creándose un estilo propio

Obviamente, Nikolas siempre necesitaba una ropa especial, ya que no había traje élfico de su talla. Así que Mamá Birra le hacía unos cinturones de piel negra con una bonita hebilla plateada; un elfo llamado Calzador —¡sí, no es broma!— le hacía las botas; y el sastre del pueblo, que se llamaba Papá Voltereta, le hacía la ropa, con un buen paño de color rojo brillante.

5. Llevando un gorro

El de su padre, para ser más exactos. Limpio, reluciente y con los colores vivos de nuevo.

6. Estando alegre

Cada día, no solo se ponía su traje rojo y blanco, su flamante cinturón y sus relucientes botas negras, sino que se proponía a sí mismo estar todo lo alegre que pudiera, o, por lo menos, hacer como si lo estuviera; porque aquella era la manera más fácil de hacer que los demás se sintieran del mismo modo. Así es como su madre lo había hecho. Y también su padre, mucho tiempo atrás.

7. Escribiendo

Escribió los tres libros más exitosos de la década en Elfhelm, de los que vendió más de veintisiete copias de cada uno: *Cómo estar alegre: el manual de felicidad de Papá Noel*, *Montar en trineo para tontos* y *El hombre que susurraba a los renos*.

8. Trabajando

Trabajó duro como presidente del Consejo Élfico. Abrió parques y guarderías. Asistió a cada una de las aburridas reuniones. Firmó un tratado de paz con los troles. Y convirtió Elfhelm en un lugar feliz lleno de juguetes y de cachizumba una vez más.

9. Recordando

A menudo se acordaba de su padre. También pensaba en el mundo de los humanos que había dejado atrás, y se sentía triste por no poder compartir con sus iguales las maravillas de Elfhelm. Poco a poco, con el paso de los años,

empezó a idear cómo coger parte de la bondad y de la magia del pueblo de los elfos y propagarla por el mundo de los humanos.

10. Haciendo amigos

Nikolas no había tenido amigos nunca. Ahora tenía siete mil novecientos ochenta y tres. Eran todos elfos en su mayoría, pero no le importaba: los elfos eran los mejores amigos que se podía tener.

Malos y buenos



í. Nikolas hizo cantidad de amigos fabulosos entre los elfos, y se convirtió en un modelo para Rosquetillo y Manduquita, los cuales habían crecido y ya se los llamaba Rosquete y Manduca a secas.

—¿Por qué crees que los humanos son tan malos? —le preguntó Rosquete un día mientras daban una clase de montar en trineo con Manduca.

Iban todos subidos en él, y ya tenía unos asientos como es debido, cómodos y confortables, hechos por Papá Topo. Rosquete era guapo, para ser elfo: tenía el pelo de color negro ala de cuervo y un hoyuelo en la barbilla; mientras que Manduca seguía conservando esa salvaje felicidad que tenía de pequeña. Ella siempre le evocaba a Nikolas la imagen de una hoguera que se hubiera convertido en elfa.

Sobrevolaban alguna parte de Noruega. Aunque fuera pleno día, siempre era seguro volar sobre Noruega, ya que solo vivían allí ocho personas.

Manduca llevaba las riendas, mirando al frente, mientras *Relámpago*, *Trueno* y todos los demás surcaban el aire con ímpetu.

—La mayoría de los humanos son una mezcla de cosas buenas y cosas malas —le respondió Nikolas.

—Como los renos —añadió Manduca.

—Supongo.

—Pero con los renos es fácil saberlo —replicó Rosquete sacando una hoja de papel arrugado de su bolsillo.

El elfo dibujó una línea en el medio y en un lado escribió: «Chicos malos», y en el otro: «Chicos buenos». Acto seguido, se la enseñó a Nikolas.

—Pobre *Raposa* —dijo Nikolas al ver que era el único reno que aparecía en la lista de los malos.

—Es que el otro día mordió a *Saltarín*.

—¿Eso hizo?

—Sí. *Saltarín* estaba en la misma lista negra la semana pasada. Entonces le dije que si se portaba bien le daría una galleta.

Nikolas reflexionó sobre todo aquello durante un rato, pero sus pensamientos se diluyeron rápidamente, como la nieve bajo el sol.

Manduca escoró el trineo con cuidado para evitar una nube cargada de lluvia que se acercaba. Era la mejor conductora de trineos de Elfhelm en aquel momento; no había duda.

—¿Por qué no les das algo de magia? A los humanos, quiero decir — preguntó Manduca.



—¡Jo, jo, jo, Manduca! No es tan sencillo. Vamos. Será mejor que volvamos ya a Elfhelm. Tu abuelo te está esperando y tus padres también. Y estos renos empiezan a estar hambrientos.

Unos minutos después de que hubieran aterrizado, Nikolas anunció a Papá Topo:

—La próxima semana cumpliré veintidós años.

Estaban dando de comer a los renos mientras, un tanto apartados, Manduca y Rosquete practicaban sus habilidades danzarinas acometiendo una endiablada sesión de cachizumba. Papá Topo levantó la vista hacia Nikolas; lo cual era levantarla bastante, ya que este medía metro ochenta, más alto de lo que había sido su padre. Sí, la verdad es que Nikolas era alto, fuerte, sonriente, un humano guapo y atractivo que, a pesar de su buen humor, siempre llevaba una nube de preocupación consigo. Como si estuviera en permanente estado de confusión por alguna razón o algún tipo de misterio no resuelto le rondara por la cabeza.

—Sí. Lo sé —dijo Papá Topo mientras la brisa le hacía cosquillas despeinándole la barba.

—¿Crees que este será el año en que descubra qué quiero hacer de verdad en esta vida?

—Tal vez. Pero no te preocupes, el día en que lo descubras lo sabrás, porque ese día dejarás de crecer.

Nikolas ya lo sabía. Sabía que todo ser que tuviera magia dentro de sí nunca seguía creciendo una vez descubría la auténtica felicidad en su interior.

—A ti te llevó noventa y nueve años, ¿no?

Papá Topo suspiró.

—Sí, no es lo normal —respondió mientras le daba a *Raposa* una galleta

—. Toma. Aquí tienes, gruñona.

—Pero...

—No pienses en ello. Mira a *Relámpago*. Mira su cornamenta. No ha cambiado lo más mínimo desde hace dos años. Ha llegado a su edad perfecta sin ni siquiera pensar en ello.

Nikolas volvió la mirada hacia el Gran Sendero, la calle que conducía a la de las Siete Curvas. Observó el zueco gigante que colgaba de la fachada de la tienda de zuecos, así como la pequeña peonza pintada en el letrero de la tienda de peonzas; también vio a Mimí en su quiosco de periódicos vendiendo *El Diario de la Nieve*. Todos los elfos tenían una ocupación en la vida. A continuación, dirigió de nuevo su mirada hacia los renos y el lago ovalado, que hoy parecía un poco menos espejo de lo normal, ya que sus aguas ondeaban por la brisa.



—Necesito hacer algo. Algo importante. Algo bueno. No tiene sentido ser el líder de los elfos a no ser que sea capaz de liderarlos hacia alguna parte.

—Bueno —respondió Papá Topo con voz tranquila—, sea lo que sea lo que decidas hacer, sabes que todos nosotros te seguiremos. Todo el mundo te quiere. Todo el mundo es feliz como no lo era desde los tiempos en que mandaba Mamá Hiedra. Incluso a Papá Vodol le caes bien últimamente...

—No me lo puedo creer —respondió Nikolas soltando una gran carcajada.

—Oh, sí —añadió Papá Topo—. La bondad ha acabado por vencerlo. Y se está propagando por todas partes, a lo largo y ancho del pueblo, e incluso más allá de sus límites. ¿No te has enterado de que los duendes han dejado de plantar hachiflora? ¿Y de que no ha habido robos desde que le robaron los cinturones a Mamá Birra...? La torre lleva ya un año vacía y los troles han dejado de molestarnos, aunque eso creo que es porque saben que vives con nosotros y la historia de tus hazañas se ha propagado: ¡Papá Noel, el asesino de troles! ¡Ja, ja, ja!

Nikolas asintió con la cabeza y recordó avergonzado el incidente de aquel día en la torre.

—Algo se te ocurrirá. Y será algo bueno. Te admiramos. Todos nosotros. ¡Y no solo porque seas el doble de alto!

Nikolas y *Relámpago* encontraron muy gracioso el comentario de Papá Topo.

—¡Jo, jo, jo! —se rio Nikolas mientras le daba una zanahoria al reno.

Entonces se le ocurrió algo.

—Hummm... ¿Dónde podría hacerme con un catalejo?

Cómo estar alegre incluso cuando las cosas van mal

1. Comer más galletas de jengibre, más chocolate, mermelada y pasteles.
2. Pronunciar en alto la palabra «Navidad».
3. Hacerle un regalo a alguien. (Por ejemplo, un juguete, un libro, una palabra amable o un fuerte abrazo.)
4. Reírse. Aunque no haya ocurrido nada divertido. (Sobre todo cuando no ocurre nada divertido.)
5. Pensar en un recuerdo feliz del pasado.
o en un futuro feliz.
6. Ponerse algo rojo.
7. Creer.

(Extracto del libro Cómo estar alegre: manual de felicidad de Papá Noel)

Papá Noel busca la verdad



1 día siguiente, Nikolas se dirigió a las Colinas Boscosas con un regalo para alguien en particular. Allá donde se encontraba alguien a quien no había visto desde hacía tiempo, lo obsequiaba con algún presente. Nada lo hacía sentirse mejor que el simple acto de dar. Esta vez llevaba consigo un catalejo que le había construido Pepinillo, el elfo que en una ocasión lo insultó cuando se hallaba encaramado al tejado de la torre. El pobre seguía sintiéndose mal por aquello, a pesar de las veces que Nikolas le había dicho que dejara de mortificarse.

Bueno, el caso es que Papá Topo tenía razón. Ya no había plantas de hachiflora creciendo en las colinas. Quedaban algunos agujeros escarbados en el suelo que no habían sido replantados, pero el resto eran ahora arbustos llenos de moras boreales y arándanos.

Caminó hasta llegar a una cabaña amarilla con el tejado de paja. Era diminuta. Llamó a la puerta y esperó. Al poco, apareció en el umbral una pequeña duende de cara angelical y cabellos largos.

—Hola, duendecilla de la verdad —la saludó.

La criatura sonrió con una de esas amplias sonrisas características de los duendes.

—Hola, Nikolas —respondió—. ¿O debería llamarte Papá Noel? ¿O quizá... Santa Claus?

—¿Santa Claus? —preguntó Nikolas—. ¿Eso qué significa?

—Oh, no es más que un nombre que te hemos puesto los duendes —respondió con una sonrisita nerviosa—. La traducción literal es «Estrafalario Barrigudo».

—¡Me encanta! —replicó Nikolas dándole el catalejo—. Esto es para ti. Pensé que te gustaría; sobre todo con las vistas que tienes desde aquí.

Nikolas sintió un cosquilleo de placer al ver la mirada luminosa de la duendecilla de la verdad.

—¡Un palo de visión mágica! ¿Cómo sabías que quería uno?

—Oh, bueno, me lo imaginaba.

La duendecilla puso un ojo en el catalejo y dirigió el aparato hacia Elfhelm.

—¡Guau! ¡Guau! ¡Es todo igual pero más grande!

Entonces le dio la vuelta al aparato y pasó a mirar por el otro extremo, viéndolo todo más pequeño.

—¡Ja! ¡Mírate! ¡Papaíto Noel, el duendecillo! —exclamó.

—¡Jo, jo, jo!

—¡Bueno, pasa! Adelante.

Nikolas tuvo dificultades para pasar por la puerta de la diminuta cabaña, pero consiguió entrar en una pequeña estancia amarilla llena de preciosos platos de duendes colgados de las paredes. Se sentó en un pequeño taburete de madera, manteniendo siempre la cabeza agachada para no golpearse con el techo. La habitación era acogedora y olía muy bien: a azúcar y canela, y con un ligero aroma a queso fuerte.

La duendecilla sonrió.

—¿De qué te ríes?

—Creo que todavía sigo un poco enamorada de ti. Después de que me salvaras la vida aquella vez.

Su rostro se ruborizó. No quería admitirlo, pero cuando se es una duendecilla de la verdad no se puede remediar.

—Bueno —continuó—, sé que la cosa no funcionaría entre nosotros dos. Una duende y un humano. Eres demasiado alto para mí; además, esas extrañas orejas redondas tuyas me harían tener pesadillas.

Suspiró profundamente y se quedó mirando el suelo de baldosas amarillas.

—De verdad que me gustaría no haber dicho eso —añadió a continuación.

—No te preocupes; no pasa nada. Estoy seguro de que hay un montón de duendes estupendos por ahí.

—No. No. Los duendes son increíblemente aburridos y sosos. La verdad es que a mí me gusta estar sola.

Se produjo un incómodo silencio. No un silencio total, ya que había un ruidito como de algo que estuviera escarbando concienzudamente: un sonido que Nikolas reconocía pero que no era capaz de averiguar de dónde procedía.

—Todos los días leo alguna noticia sobre ti en *El Diario de la Nieve*. Eres toda una celebridad.

—Hummm... sí —reconoció Nikolas mientras contemplaba desde una de las minúsculas ventanas las preciosas vistas que se disfrutaban de Elfhelm desde allí, con la gigantesca montaña al fondo, en la distancia.

En ese momento, vio a un delicado ratoncillo que mordisqueaba un apesento trozo de queso de trol. Ese era el ruido que había oído hacia un segundo.

No podía ser. Sin embargo, así era. Se trataba de *Miika*.

—¡*Miika!* ¡*Miika!* ¿Eres tú?

El ratón volvió la cabeza y contempló a Nikolas durante unos instantes.

—*Miika*, eres tú. Es maravilloso.

—De hecho, su nombre es *Zampón* —dijo la duendecilla de la verdad—. Lo encontré en la puerta de mi casa después de ser liberada de la torre. Siempre le gusta lo que le doy de comer. Sobre todo el queso de trol.

—Está más rico que las raíces de boniato, ¿eh? —le preguntó Nikolas con cariño.

—Queso —respondió *Miika*. El queso existe. Tengo queso.

Mientras observaba al pequeño roedor, Nikolas recordó su infancia hacía diez años: le parecía que estuviera a un mundo de distancia. Se acordó de su padre, y de su madre, y de la tía Carlotta. Era curioso. Solo ver a alguien, aunque únicamente fuera un ratón que había compartido con él habitación en aquellos tiempos, abría la puerta en su cabeza a cientos de recuerdos. Sin embargo, *Miika* no pareció ponerse demasiado sentimental y siguió royendo su queso.

—No entiendo —dijo, extrañada, la duendecilla de la verdad.

Nikolas estaba a punto de decirle que, en realidad, *Miika* era un viejo amigo; no obstante, al ver al pequeño roedor masticando feliz y ruidosamente su trozo de queso, decidió guardarse la información para sí mismo. Era evidente que su antiguo compañero estaba a gusto en su nuevo hogar.

—Nada. No importa... Por cierto, he oído que los duendes ya no sois violentos.

—Oh —respondió la duendecilla de la verdad—, bueno, todavía nos encanta la idea de hacer explotar cabezas. Pero ¿sabes qué?, después de que suceda, una se siente muy vacía por dentro. Y, además, mira, he inventado esto...

Se acercó a uno de los cajones del aparador que había al otro lado de la habitación y sacó una cosa. Era una especie de tubo rojo hecho de cartulina.

—Agarra de ahí y tira —dijo ella, sujetando el otro extremo.

Los dos tiraron a la vez y, de repente, se produjo un enorme ¡BANG!

Miika dejó caer el trozo de queso para, un instante después, volver a recogerlo con sus diminutas patitas.

—¿No te encanta? —preguntó la duendecilla de la verdad tronchándose de la risa.

—Vaya. No me esperaba esto.

—Yo los llamo «petardos». Siempre puedes meter dentro algún regalito. Y ensucian mucho menos que la cabeza de un trol al explotar. Bueno, pero dime, ¿para qué habías venido?

—He venido a verte porque necesito alguien que sea sincero conmigo. Puedo hablar con los elfos, pero siempre están pendientes de ser amables y agradables y no se les da tan bien decir lo que piensan sin rodeos. Pero a ti, sí.

La pequeña criatura asintió.

—A eso es a lo que me dedico: a decir la verdad.

Nikolas dudó por un instante. Se sentía un poco avergonzado. Era tan grande y tan alto comparado con el ratón y con la duendecilla... y, sin embargo, tanto el ratón como ella sabían exactamente qué querían hacer en la vida. Habían encontrado ya su misión en el mundo.

—La cosa es que yo... Bueno, soy un humano que también tiene poderes mágicos. Soy Nikolas. Pero también soy Papá Noel. Estoy un poco en medio de dos mundos. Y es complicado. Me dicen que lo único que tengo que hacer es encontrar una ocupación, algo que me guste a lo que dedicarme. Los elfos dicen que hago el bien. Pero, en realidad, ¿qué bien hago yo?

—Tú instauraste el día de la bondad en honor a Mamá Hiedra, por ejemplo. Has vuelto a permitir la cachizumba. Les has dado a los elfos más dinero de chocolate. Abriste la nueva guardería élfica. Y el parque. Y el museo de zuecos. Y convertiste la prisión de nuevo en la Torre de la Bienvenida. Tus libros están funcionando muy bien. No es que a mí me gusten esas tonterías de elfoayuda, pero bueno... Aprobaste el examen de conducir trineos y ahora les enseñas a los elfos jóvenes a volar en trineo.

—Todo el mundo aprueba el examen de conducir trineos, bueno, sí, enseño un poco, pero no estoy seguro de si ese es mi destino.

La duendecilla de la verdad reflexionó un instante.

—Salvaste a Rosquetillo.

—Hace ya diez años de eso.

—Sí, es posible que vivas un poco de glorias pasadas, solo un poquito —replicó la duendecilla de la verdad con solemnidad—. Pero los elfos te admirán.

—Sé que me respetan. Pero no deberían hacerlo. Necesitan un objetivo en la vida. Un objetivo de verdad. Y yo no he sido capaz de darles eso.

La duendecilla de la verdad reflexionó sobre ello un instante y esperó que la verdad le llegara. Lo cual fue cuestión de un par de segundos. Tres segundos, para ser exactos. A continuación, la soltó:

—A veces —dijo con los ojos brillantes y luminosos abiertos de par en par—, las personas admirarán a otras personas no por lo que han sido, sino por aquello en lo que pueden convertirse. Por lo que saben, a ciencia cierta, que pueden llegar a ser. Ellos ven en ti algo especial.

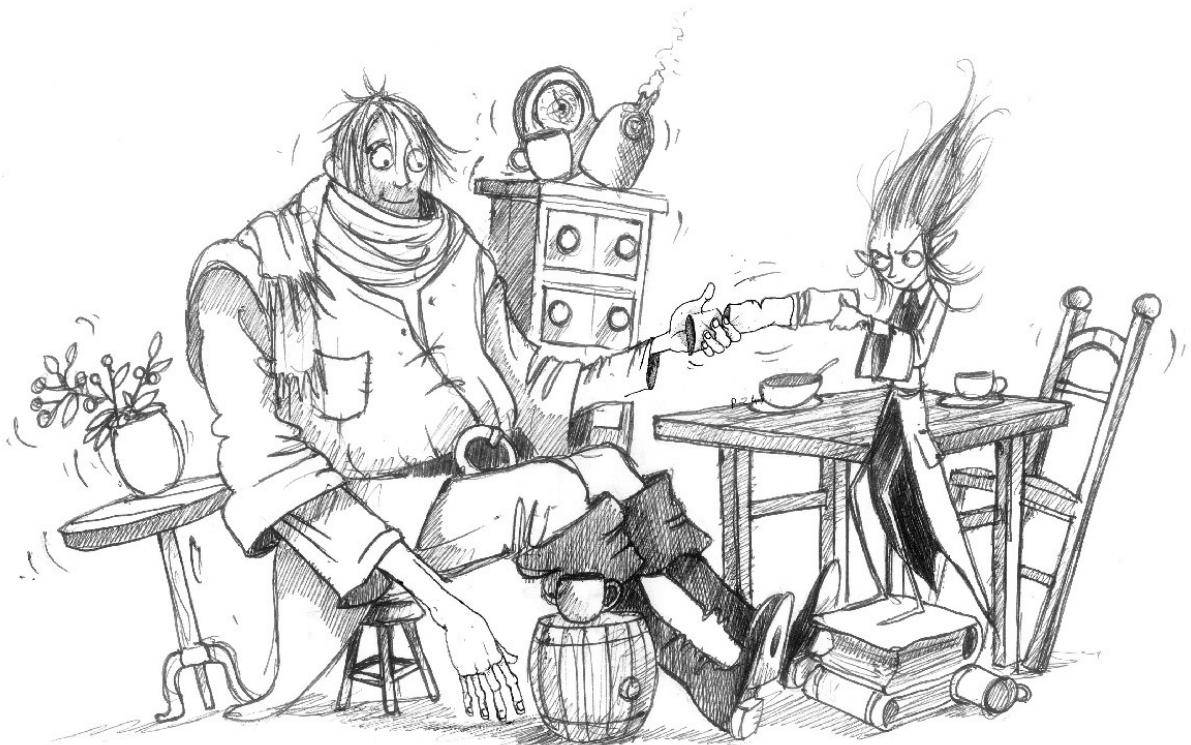
Miika acabó de comerse el queso, fue corriendo hasta el extremo de la mesita y saltó sobre el regazo de Nikolas.

—Vaya, parece que te gustas —dijo la duendecilla de la verdad—. Eso sí que es raro. Normalmente es bastante quisquilloso. Fíjate, te contempla con admiración. Igual que los elfos.

—Sí que me gustas —añadió *Miika* en su pausado ratonés—, aunque no seas algo que me pueda llevar a la boca.

—Todo el mundo te admira.

Conforme hablaba la duendecilla, Nikolas comenzó a sentir un revuelo en su interior. Era esa incomparable dulce y cálida sensación mágica de esperanza y bondad. Una sensación que le recordaba, una vez más, lo que siempre había sabido desde hacía ya diez años: nada es imposible. Y lo que es aún mejor: la sensación de saber, de repente, que estaba en Elfhelm por algo. Es posible que nunca llegara a ser un verdadero elfo, pero el hecho es que es allí donde estaba, y como todo en la vida, ocurre por una razón.



—Tienes el poder de hacer el bien, y lo sabes.

Efectivamente, sabía que tenía el poder de hacer el bien, y encontraría un modo de sacarle partido. Un modo de unir lo que llevaba dentro de Nikolas y de Papá Noel. Uniría su parte humana y su parte mágica, y puede que, algún día, fuera capaz no solo de cambiar la vida de los habitantes de Elfhelm, sino también la de los humanos.

La duendecilla de la verdad se sonó la nariz. A juzgar por la expresión de su pequeña cara triangular, parecía absorta en sus pensamientos. Entonces, de pronto, lanzó una palabra al aire:

—¡Regalar!

—¿Qué?

—Regalar es lo que te hace feliz. Me fijé en tu cara cuando me diste el palo de visión mágica. Seguía siendo una cara humana, pero ¡parecía tan feliz!

—Regalar... Gracias, duendecilla de la verdad. Te debo la vida.

—Me basta con esta humilde cabaña y mis Colinas Boscosas —respondió la duendecilla de la verdad con una sonrisa aún mayor.

En ese instante, *Miika* reptó hasta el borde de la rodilla de Nikolas para saltar al suelo; este extendió una mano para que se subiera en ella y lo dejó con cariño en el suelo.

—Mejor el queso que el boniato, ¿eh?

—Desde luego que sí —respondió *Miika*.

Nikolas pareció entenderlo.

Se levantó de la pequeña silla y se dirigió hacia la puerta de la diminuta cabaña para marcharse.

La duendecilla de la verdad se detuvo a pensar en algo un instante mientras Nikolas iba ya colina abajo de vuelta a Elfhelm.

—¡Ah! ¡Y deberías dejarte crecer la barba! ¡Te quedaría muy bien!



Cuarenta años más tarde...

PAPÁ NOEL NOS LO CUENTA TODO EN

PRECIO:
2
MONEDAS
DE CHOCOLATE

EL DIARIO DE LA NIEVE

EL PERIÓDICO FAVORITO DE TODO ELFO

PAPÁ NOEL NOS REVELA LOS MISTERIOS DE SU NUEVO LOOK

Papá Noel fue visto en el Campo de los Renos este fin de semana luciendo una hermosa barba. Al hablar con nuestra corresponsal de política de *El Diario de la Nieve*, Mamá Cascabel, Papá Noel le comentó: «Sí, es cierto. Se trata de una barba y la llevo en la cara. Aunque en realidad de lo que me gustaría hablar es acerca de la necesidad de más bondad y...». Así que, ya lo sabéis, amigos, la barba de Papá Noel es real.



En las páginas 33 a 47, consejos sobre
CÓMO CONSEGUIR EL LOOK DE PAPÁ NOEL

La magia de dar



algunas personas les lleva bastante tiempo averiguar su misión en la vida. En el caso de Nikolas, le llevó otros cuarenta años más.

Ya tenía sesenta y dos años. No solo se había dejado la barba, como le había sugerido la duendecilla de la verdad, sino que se había convertido en Presidente del Consejo Élfico A Perpetuidad.

Durante todo ese tiempo se había dedicado a preservar y expandir la felicidad por todo Elfhelm. Había instaurado en el Ayuntamiento una sesión semanal de cachizumba —con el acompañamiento de una banda de músicos gnomos—; regalado juguetes gratis a cada elfo recién nacido; convertido la torre en un taller artesano de juguetes; establecido asimismo la Universidad Avanzada de Artesanía de Juguete; ampliado la Autoescuela de Trineo; afianzado la alianza entre los elfos y los duendes; firmado un tratado de paz con los troles; creado el pastel de carne picada y el vino de arándanos así como las figuritas de galleta de jengibre; y elevado el salario mínimo élfico a quinientas monedas de chocolate a la semana.

Sin embargo, seguía sintiendo que necesitaba hacer más. Sabía que tenía que hacer algo más porque seguía envejeciendo día tras día. La mayoría de los elfos, con la excepción de Papá Topo y unos cuantos más, habían dejado de crecer alrededor de los cuarenta, y en su caso la cosa comenzaba ya a ser un poco absurda. No era posible que le estuviera llevando tanto tiempo encontrar su objetivo en la vida... Amaba ayudar a los elfos, pero ya era hora de ayudar igualmente a aquellos a los que parte de su ser también pertenecía. Aquellos a los que había dejado atrás en su mundo original, un mundo a menudo demasiado lleno de dolor, tristeza y pérdida. Lo sentía: por las noches, permanecía despierto oyendo las voces de todas esas personas dentro de su cabeza. Las voces del mundo entero. Los buenos y los malos.

Una noche de domingo sin luna, durante la primavera, recogió a *Relámpago* del Campo de los Renos y voló con él, de nuevo, hacia el sur, más allá de la montaña.

No había sensación más maravillosa que volar por los cielos a lomos de un reno. A pesar de haberlo estado haciendo toda la vida, Nikolas —que a esas alturas se había acostumbrado tanto al nombre de Papá Noel que ya lo usaba siempre para referirse a sí mismo— adoraba la sensación mágica de cruzar el cielo a toda velocidad. Volaron cruzando toda Finlandia. Volvió a pasar por encima del bosque en el que vio a su padre por última vez. Siempre que lo hacía, miraba de nuevo para ver si lo divisaba. Era absurdo. Su padre había muerto hacía ya mucho tiempo, pero hacerlo se había convertido en una vieja costumbre. Pasaron por encima del pequeño puerto pesquero de Helsinki, en el que las barcas aguardaban la llegada de los pescadores para ser sacadas un día más a las hostiles aguas del mar.

Papá Noel sentía un desesperado deseo de hablar con alguien de su especie; sin embargo, había jurado hacía tiempo a los elfos mantener el secreto de su existencia. Sabía que tenían razón y que era lo mejor. Seguramente, los humanos seguían siendo gente en la que no se podía confiar respecto al tema de los elfos y su magia. No obstante, eso no era sino a causa de lo dura que resultaba la vida para los humanos.

Siguieron volando sin parar hasta el sur de Dinamarca, pasando por encima de pueblos y ciudades. Luego llegaron hasta el reino de Hannover, hasta Holanda y Francia. Las tierras que sobrevolaban se veían completamente a oscuras, salvo por los ocasionales chispazos de luz procedentes de las urbes que centelleaban allá abajo, del fuego de sus hogares y las farolas de gas de sus calles.

Después de pedirle a *Relámpago* que volvieran a casa, Nikolas reflexionó durante unos instantes y llegó a la conclusión de que, para él, la vida humana —sobre todo la que él recordaba— era igual que aquel paisaje contemplado desde las alturas: oscura y con ocasionales chispazos de luz.

Mientras volaban de nuevo rumbo al norte, bajo aquel cielo sin luna, se dio cuenta de que, a pesar de que él no había sido capaz de volver a vivir con los humanos, la pregunta seguía rondándole la mente: ¿cómo podía hacer mejores, más felices, sus vidas?

Al día siguiente, planteó la misma pregunta en la reunión del Consejo Élfico.

—Tenemos que encontrar una manera de expandir la felicidad todo lo que sea posible —anunció.

Papá Vodol, que llegaba un poco tarde, se encontró con una pila de regalos.

—¡Feliz cumpleaños, Papá Vodol! —exclamó Papá Noel.

Todos le cantaron el *Cumpleaños feliz*. Una vez que Papá Vodol se hubo sentado, se volvió levemente hacia su ahora buen amigo Papá Noel y le dedicó una sonrisa, deseando poder volver atrás en el tiempo y deshacer aquel día en que lo metió en prisión.

—Pero si todo el mundo es ya feliz —observó Mamá Manduca, que era una periodista de éxito como corresponsal jefa de la sección de renos de *El Diario de la Nieve*.

—Todo el mundo es feliz aquí —la corrigió Papá Noel—. Pero lo que yo quiero es propagar esa misma felicidad más allá de la montaña.

Hubo un gesto de sorpresa en cada uno de los allí presentes, que no eran muchos, ya que había a la misma hora un concurso de comer pasteles en el vestíbulo del Ayuntamiento.

—¿Más allá de la montaña? —preguntó Papá Topo—. Pero eso es muy peligroso. Ahora todo es perfecto aquí. ¡Si dejamos que todos los humanos sepan dónde estamos será el caos! Sin ánimo de ofender, Papá Noel.

Papá Noel asintió pensativo mientras se acariciaba la barba, la cual era ya tan blanca como la de Papá Topo. Papá Topo siempre daba en el clavo, y este caso no era una excepción.

—Estoy de acuerdo, Papá Topo, estoy de acuerdo. Pero ¿y si hacemos algo que les reporte un poco de magia, algo que pueda dar un poco de luz a sus vidas?

—¿Como qué? —preguntó Papá Vodol mientras abría otro de sus regalos de cumpleaños—. ¡Un reno de peluche! ¡Es igualito a Relámpago! ¡Gracias, Papá Noel!

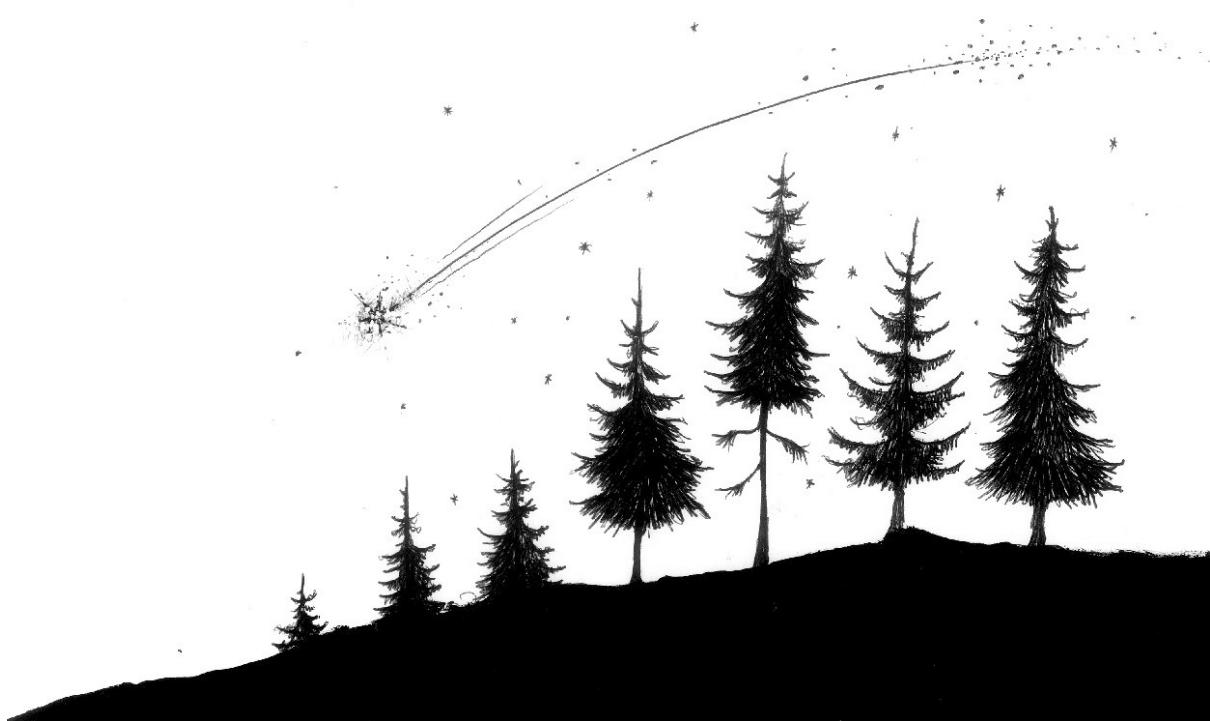
—Un placer —respondió este viendo la alegría en el rostro de Papá Vodol y pensando, como solía hacer, en la magia de dar.

Nikolas se acordó del día en que le regalaron el trineo. Y del día, años más tarde, en que le regalaron a Boniatillo. Aunque el trineo era bastante mejor que el muñeco de boniato, la alegría de recibir que sintió había sido la misma. La duendecilla de la verdad tenía razón: él era bueno dando.

Así pues, aquel mismo día, alrededor de medianoche, le vino la idea.

Era la mayor y más disparatada idea que había tenido en toda su vida.

Una idea que implicaría un montón de cosas. Lo primero, trabajar mucho y muy duro. No obstante, si se trataba de algo divertido, a los elfos les encantaba trabajar; de modo que se aseguraría de que fuera algo divertido. Tenía que serlo, porque de lo contrario todo saldría fatal. Convertiría la torre, en lugar de en un mero taller artesanal de juguetes, en la más gigantesca fábrica de juguetes que se pueda imaginar.



El plan había de contar también con la participación de los renos. Sí, todos los renos serían necesarios. Necesitaría que *Relámpago* guiara a los demás, ya que no había nadie que volara tan bien como él: no solo era fuerte y rápido, sino que tenía una gran determinación. Nunca abandonaba un viaje a mitad de camino, igual que Nikolas jamás dejaba de escalar una montaña a mitad de la ascensión. Junto a *Relámpago*, necesitaría también al frente a *Trueno*, para ayudar con la navegación; o tal vez a ese nuevo reno que Mamá Manduca encontró vagando por las Colinas Boscosas, ese del extraño hocico rojo al que acabaría llamando *Rodolfo*.

Y necesitarían un buen trineo. De hecho, necesitarían el mejor trineo que jamás haya existido. Tendría que reclutar a los mejores fabricantes de trineos de Elfhelm. Tenía que ser resistente, aerodinámico y silencioso en el aire.

Sin embargo, seguía habiendo un problema. Se puso a dar vueltas por su dormitorio mientras mordisqueaba un poco de chocolate. Se asomó a la ventana y contempló, más allá de *Relámpago* y los otros ocho renos que dormían en la oscuridad, el Ayuntamiento del pueblo. Observó el reloj de la fachada. Ya habían pasado quince minutos desde que se le había ocurrido la idea. El tiempo pasaba muy deprisa.

Tenía que hacer frente a eso.

Hacer frente al tiempo.

¿Cómo podía llegar a todos los niños del mundo en una sola noche? Era imposible.

No obstante, las palabras de antaño de Papá Topo volvieron otra vez a su cabeza:

«Algo imposible es solo algo que aún no sabes que es posible...».

Levantó la vista hacia el cielo y vio la estela de un brillante cometa que pasaba entre las estrellas antes de desaparecer en la noche como si fuera un sueño.

«Una estrella fugaz», se dijo para sus adentros, recordando que había visto una hacía muchos años junto a *Miika*.

—¡Yo creo en la magia, *Miika*! —proclamó en voz alta imaginándose que aquel ratón, que tanto tiempo hacía que se había ido, seguía a su lado—. ¡Igual que tú creías en el queso!

Y cuando la magia existe, cualquier cosa es posible.

De modo que, en ese momento, supo a ciencia cierta que encontraría la manera de solucionar el problema. Permaneció despierto toda la noche pensando cómo, hasta que, de repente, en un momento determinado, dejó de pensar en ello y comenzó a creer en ello. A creer en ello de una manera tan intensa que enseguida se había convertido en algo real. No tenía sentido pensar en encontrar la manera de hacerlo, porque era imposible. El único modo de conseguir que algo imposible se hiciera realidad no era a través de la lógica ni del pensamiento racional. No. Era creer que se podía hacer. Era una cuestión de fe. Esa era la manera. Con la ayuda de la magia y de la fe, uno puede parar el tiempo, ensanchar chimeneas, incluso recorrer el mundo en una sola noche.

E iba a suceder en Navidad.

Nada más comprenderlo, sintió una ola de calidez en su interior, como un resplandor dentro de sí mismo. Empezó a notarlo en la barriga y, poco a poco, se fue propagando por todo su cuerpo. Es el tipo de sensación que le viene a uno cuando descubre quién es realmente y se da cuenta de quién será desde ese momento en adelante. Justo en ese instante, al encontrarse a sí mismo, dejó de crecer y hacerse mayor. De la misma manera en que uno se detiene cuando ha llegado a su destino después de un largo viaje, o al llegar a la última página de un libro una vez se ha completado una historia y ahí se queda para siempre. Así pues, se dio cuenta de que él, ese al que llamaban Papá Noel, y que en realidad seguía sintiéndose como un niño a sus sesenta y dos años, no envejecería ni un solo día más.

Agarró el gorro rojo de su padre, se lo acercó a la cara y percibió con nitidez el aroma de los pinos del viejo bosque en el que solía verlo pasar el día entero talando un árbol tras otro. Se lo puso en la cabeza y, a continuación, comenzó a oír el sonido distante de unas voces procedentes del Ayuntamiento. ¡Pues claro! Era lunes. Noche de cachizumba. Abrió la ventana de par en par y vio a cientos de felices elfos que volvían a sus casas. Se sentía tan lleno de júbilo que se apoyó sobre el alféizar de la ventana y les gritó todo lo alto que pudo:

—¡Feliz Navidad a todos! ¡Y que paséis una buena noche!

Y todo el mundo se volvió hacia él y, sin pensarlo dos veces, le respondieron:

—¡Feliz Navidad!

Y todos, incluido Papá Noel, se echaron a reír.

—¡Jo, jo, jo!

Entonces cerró la ventana, terminó su chocolate y volvió a la cama. Cerró los ojos y sonrió con felicidad, pensando en la magia y en todas las maravillas que iba a compartir las próximas Navidades.

HAZ PASTELES COMO LOS DUENDES

PRECIO:
2
MONEDAS
DE CHOCOLATE



EL DIARIO DE LA NIEVE

EL PERIÓDICO FAVORITO DE TODO ELFO

LA GRAN APUESTA DE PAPÁ NOEL



Después de meses de intensos preparativos, Papá Noel informó hoy en el taller de juguetes que los planes avanzan según lo previsto.
«Todo va sobre ruedas», le comentó a Mamá Cascabel,

- nuestra corresponsal política de *El Diario de la Nieve*.
- Tuvimos algún problemilla a principios de mes con unas cuantas piezas de puzzle que se habían perdido, pero ya está todo resuelto...

CONTINÚA EN LAS PÁGINAS 2 y 3



El primer niño en despertarse

 l primero de todos en despertarse la mañana del día de Navidad fue una niña de ocho años llamada Amelia, que vivía en una casa pequeña a las afueras de Londres, en ese gris y lluvioso país conocido con el nombre de Inglaterra.

Abrió los ojos y se desperezó en la cama. Oyó a su madre que tosía al otro lado de la pared. Vio algo en la penumbra de su habitación: un bullo al final de la cama. Amelia sintió curiosidad. Se incorporó y se dio cuenta de que era un calcetín grande y abultado lleno de paquetitos.

Abrió el primero de ellos. El corazón le latía con fuerza.

—Imposible —dijo al ver lo que había en su interior.

Era un caballito de madera. Exactamente igual al que siempre había querido. Abrió el siguiente regalo: una peonza, pintada cuidadosamente a mano con unos colores vivos en forma de zigzag. Había algo más: ¡una naranja! Era la primera vez en su vida que veía una naranja. ¡Y una moneda de chocolate!



Advirtió entonces un pedazo de papel de color crema en el fondo del calcetín. Lo desdobló. En él se leía lo siguiente:

Querida Amelia:

Es un placer para mí comunicarte que
has sido una NIÑA MUY BUENA este año.

Espero que te gusten los regalos.
Los elfos los han hecho expresamente
para ti.

Me llamo Papá Noel.

Cuando tenía tu edad me llamaba Nikolas.

A lo largo de tu vida te encontrarás un
montón de gente que te dirá que has
de «madurar», o que te insistirán en que
dejes de creer en la magia.

NO los escuches. Si que existe la magia
en este mundo.

Y tanto los elfos como yo mismo, y algún
que otro bonito reno volador, os lo
demostraremos, a ti y a todos los niños del
mundo, cuando todas las mañanas
del día de Navidad os encontréis un
calcetín lleno de regalos.

Ahora, ve y cuéntaselo a todo el mundo.
¡Feliz Navidad!

Afectuosamente,

P.N.

Agradecimientos

Todo libro es un trabajo en equipo, y este no es una excepción. Así que aquí va la lista de los «chicos buenos» de *El chico que salvó la Navidad*.

Me gustaría dar las gracias a:

Chris Mould, por convertir mis palabras en unos dibujos fantásticos. Francis Bickmore, líder elfo, por ayudar a mejorar mi lenguaje. Jamie Byng, el Santa Claus de la editorial Canongate. Jenny Todd, Mamá Noel. Rafaela Romaya, Sian Gibson y el resto de los elfos de los talleres Canongate. Kirsten Grant y Matthew Railton por hacer que la bola de nieve echara a rodar. Clare Conville, por esparcir sus polvos de hada sobre mi trabajo. Camilla Young y Nick Marston por su chispeante cultura cinematográfica. Toda la gente de Conville y Walsh y Curtis Brown. Todos los amigos cinéfilos de Blueprint Pictures y Studio Canal por su alegría y su bondad. Todos los maravillosos libreros que dedican su vida a extender el milagro de los libros, y no solo en Navidad. Mi compañera del alma, Andrea Semple, por ayudarme de infinitas maneras con este libro y por hacer de mi mundo algo mágico.



MATT HAIG (Sheffield, Inglaterra, 1975), es un escritor y periodista inglés. Estudió lengua y literatura inglesa e historia en la Universidad de Hull y ha trabajado para medios como The Guardian, el Sunday Times o The Face. Su obra literaria se enmarca en la ficción y no ficción para niños y adultos, enfocándose principalmente en el género de ficción especulativa.

A la edad de 24, sufrió una crisis nerviosa y tras luchar contra la depresión durante años, se volcó en la escritura. Leer y escribir libros le salvó la vida, pues «en un mundo que intenta cada vez más aislarlos del entorno y de nuestro verdadero yo, los libros son nuestro camino hacia la libertad, hacia los otros». Esto lo trata en su libro Razones para seguir viviendo (2015) donde, basado en su propia experiencia, revela cómo se recuperó y aprendió a vivir con la depresión, intentando aprovechar al máximo el tiempo que uno tiene en la tierra.

De sus novelas se destacan Los Radley (2010), Los humanos (2013), El chico que salvó la Navidad (2015) y Cómo detener el tiempo (2017), con narraciones que a menudo mezclan los mundos de la realidad doméstica y la fantasía absoluta, con un giro peculiar y ocasionalmente oscuro.

En el ámbito personal, ha vivido en Nottinghamshire, Ibiza, Londres, Nueva York y actualmente en Brighton, donde reside con su esposa e hijos.